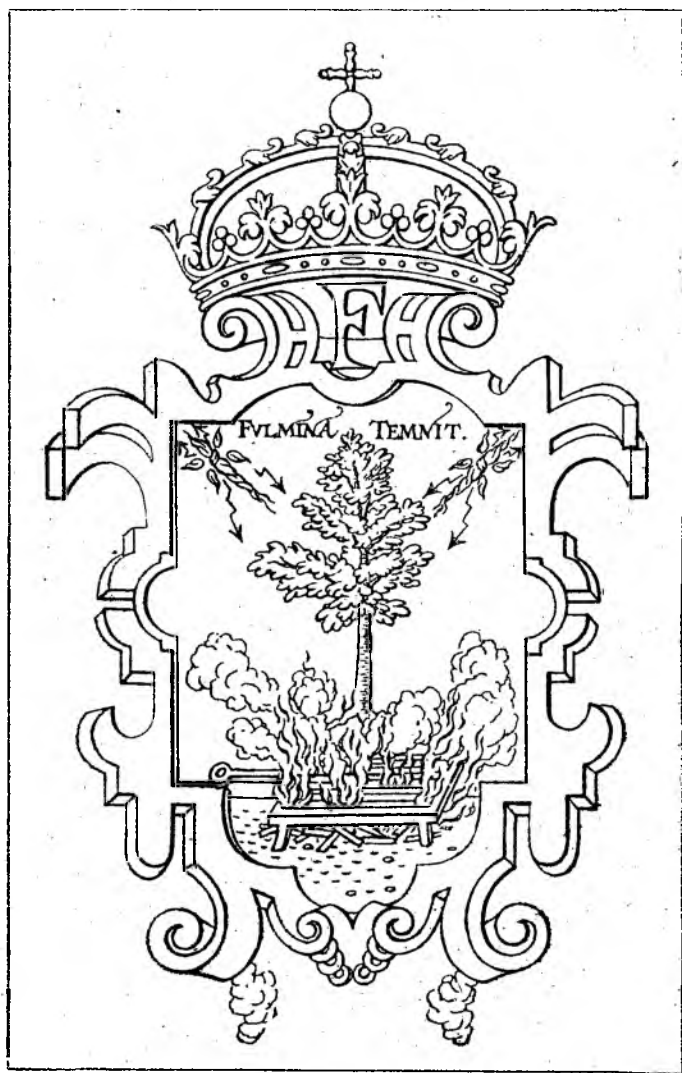


ESCORIAL



*De este número se hicieron 100 ejemplares
numerados para los suscriptores de honor.*

**DIRECCION Y ADMINISTRACION:
ALFONSO XII, 26
TELEFONO 14491**

Silverio Aguirre, impresor - Teléfono 30366 - Madrid.

NOSOTROS ANTE LA GUERRA

NOSOTROS —nadie se asuste— somos los falangistas que escribimos ESCORIAL, y que porque así lo quiso nuestro destino, día a día y número a número vamos dando forma y expresión, con mejor o peor fortuna, pero con probada vocación de exactitud, a los pensamientos que el Fundador, en horas lejanas, nos dejó —inapreciable herencia— sobre lo que en este doloroso parto de una España mejor ha de ser la Cultura. Con lo cual queda dicho que nuestro pensamiento no es nuestro, sino común, y que nuestra obra es la misma, en la parcela de herencia que nos ha correspondido labrar, que la de nuestros camaradas en la generación y en la Falange dentro de vecinas parcelas de actividad, que juntas constituyen el solar espiritual de España, a barbecho muchos años, ahora entregado a nuestro amoroso trabajo. Todo lo cual nos autoriza para ampliar este inicial “nosotros” a cuantos, gemelos en el afán, sienten, padecen y esperan conjuntamente.

Enfrente está la guerra, que ya no es nuestra guerra, sino una guerra universal y terrible que ha partido en dos bandos los hombres del mundo, no tanto por la nación cuanto por las ideas —algún día estará bien precisar hasta qué punto es una guerra

civil gigantesca—, y que a todos obliga, quiéranlo o no, a tomar partido y bandería, como si toda humana existencia —puede ser que sea así—, en su porvenir, dependiera, para fortuna o desdicha, de cómo sea la partida final y de quién sea el victorioso. La guerra, que es no sólo el hecho político, sino el hecho espiritual de más calibre de nuestro tiempo, por cómo lo político cala hoy en el fondo de las almas, las forma o deforma, y las conmueve. Por hecho espiritual, hecho de cultura, de cultura militante, agónica y viva; y tan totalitario en sus efectos, que toda la historia, la cultura también, tendrá, en relación con esta guerra, un antes y un después: experiencia crucial, horas cruciales, cabeza de otro milenio.

Nosotros, gentes de cultura, y por eso mismo hombres de nuestro tiempo, con voluntad de alerta a toda conmoción del espíritu; nosotros, que hemos recabado para nuestras manos la parte que nos corresponde por la reconstrucción de España, tomamos posición ante el hecho enorme de la guerra. Pero el repertorio de posiciones es muy escaso: no caben más que dos: la muerta, que es inercia, indiferencia (como si dijéramos, cultura entendida al viejo estilo, entrega a supuestos valores permanentes, a inalterables esencias: es decir, al mundo petrificado de la investigación y el fichero, sin pasión y sin palpito), y la viva, que por vida es temblor, angustia, inquietud y batalla; que es pasión, partido y combate: es decir, beligerancia. En esta última, por necesaria conclusión, por acuerdo irremediable con nuestra textura y nuestra biografía, nos situamos nosotros, los falangistas que hacemos ESCORIAL, de igual manera que nuestros camaradas en el trabajo o en la milicia, que ensanchan, hasta hacerlo de nuevo ingente y temible, el primer “nosotros”, para que nadie lo tome por cenáculo trasnochado o disidente capilla.

Pero, beligerantes, ¿contra quién? Sin un sentido, un enemigo y una meta, la pura combatividad es fuerza ciega, no es un valor. Sin precisar el “contra quién”, nuestra declaración de be-

ligerancia no pasará de alarde inútil, estocada en el vacío, tiempo perdido. Pero si contemplamos el campo, y los cuadros combatientes, a uno de ellos nos llevará la simpatía, también el deber.

De una parte, está el comunismo. Más de medio siglo de marxismo, lucha de clases, mesianismo proletario y materialismo condujeron a la Revolución rusa. Europa toleró que al este de su cuerpo, sobre la ancha estepa, el cáncer se instalara cómodamente, a hacer él solito su experiencia, como si se pudiera experimentar sobre cuerpos y almas de hombres; como si viniéramos al mundo de vez en cuando, y el error o la desventura de una vida pudieran repararse en otra nueva. Esta Europa impasible, hecha a laboratorios, creyó en un posible gran laboratorio político, donde se viera qué pasaba en el mundo si en el ser del hombre se introducían ciertas deformaciones como microbios en cuerpo de conejo; y qué pasaba si la infección transcendía a otros miembros; y andaban los pueblos enfermos y por todos el desasosiego. Y todo esto, no sólo a meras formas de política, gobierno y organización social referido, sino a las almas mismas de los hijos de Dios, de las que se arrancaba la Divinidad como se arranca una espina, dejándolas en universal, metafísico desamparo. Haciendo del hombre por quien Cristo vino al mundo no más que número, unidad biológica, factor político y económico. Que ésta es la realidad espeluznante que hay por detrás de la lucha de clases, la redención del proletariado y el final, paradisiaco anarquismo prometido.

Está claro que nosotros nos oponemos al comunismo, y que la carne desgarrada de la Patria sabe ya de esta oposición. Nosotros, nacidos en la fe de Jesucristo, que estimamos al hombre como "portador de valores eternos", ni podíamos ver impasibles la experiencia rusa, ni mucho menos que quisieran extenderla a nuestra Patria, y por eso fué nuestra guerra. Toda una estructura de creencias latía y late por bajo nuestras consignas, gritadas en las calles y en los campos de batalla. Frente a ese hombre

reducido a los solos límites materiales, la "persona" cristiana; frente a la unidad biológica y económica, el hombre que puede orar y hacer hermosos versos; frente al alma aniquilada en una comunidad amorfa, nuestra intimidad de hombres occidentales, ganada día tras día de una larga historia.

Pero esta nuestra creencia nos obliga frente a alguien más que el comunismo, porque es injusto achacarle todas las experiencias crueles. Ese mismo desamparo y yermo de las almas, ese arrebatarse al hombre su ser más personal y escondido, ese aniquilamiento del yo espiritual por la pura economía se produce en muchas más partes que en la doliente Rusia. Busquemos sus antípodas en la geografía y en el pensamiento. ¿Qué ha hecho del hombre el capitalismo? ¿No es también inhumano y anticristiano? ¿Hay sensible diferencia entre los hacinamientos rojos de Moscú y las colmenas humanas de Chicago? Contra él también, por las mismas causas, nuestro combate.

Pero aún hay más, y el enemigo no está bien claro. El liberalismo democrático defiende, o dice defender, a su modo, esos mismos valores. Y los campeones actuales del liberalismo se proclaman campeones de la civilización. Mas para precisar el campo y señalar al enemigo, se impone el método contrario, es decir, definirnos a nosotros para que ellos queden definidos.

Nosotros juramos defender la unidad del hombre. Mucha gente se cree que esto no es más que una hermosa frase, sin comprender que esta frase encierra la más pavorosa realidad de nuestros tiempos: justamente, que el hombre anda partido, quebrantada su unidad, escindido en porciones desacordes y aun contrarias, pecando contra el espíritu. Por debajo de los males presentes, uno fundamental encontrarán los finos analistas del porvenir: esa rotura íntima del hombre, de que nacen los restantes; como si Dios, que vino al mundo por concordar las partes desacordadas y hacer con ello posible la Redención, hubiera encarnado, vivido y muerto en inútil sacrificio.

El hombre perdió su unidad, y fué por obra de la civilización presente, hija del liberalismo democrático y del capitalismo en monstruosa alianza. Y como no hemos encontrado aún la fórmula de separar democracia liberal y capitalismo, contra una y contra otro nos proclamamos beligerantes, por obligación de juramento, por la sagrada unidad del hombre.

Pero esto no es todo. Hablamos de "unidad del hombre", no del individuo; de "unidad personal", no biológica; y la persona, para serlo, requiere los demás; nadie es "uno" sino entre los otros, se dijo, y, por ende, que unidad significa comunidad. Pero de toda comunidad posible, dos hay eminentes en la jerarquía, y son la comunidad de los hombres en Dios y la comunidad de los hombres en la Patria. Contra esta doble comunidad, que supone hondas consecuencias en lo intelectual, en lo económico y en lo vital, asestó el mundo moderno, el mundo del capitalismo y la democracia, sus mejores baterías, porque comunidad en Dios es opuesta a capitalismo, y comunidad en la Patria acaba oponiéndose a democracia. A comunismo también.

Nosotros los españoles sabemos mucho de eso. Teníamos una Patria, que fué grande y altiva, y un día la vencieron. Pero no fué bastante la victoria de otras patrias más fuertes sobre la nuestra, sino que llevaron su enemiga hasta maltratarla y desbaratarla, y, por fin, no teniendo ya que hacer con ella, hasta partirla. Y vimos cómo pedazos de España se nos iban de las manos porque, no ya a otras patrias, sino a entidades internacionales del poder y la riqueza, así convenía.

Y como cristianos también lo sabemos; porque la catolicidad anda partida por el cisma, y de tal manera apartados los hombres de su centro, que ya no a mínimas "ecclesias", sino a sólo hombre se ha reducido la unidad creyente frente a Dios; y el santo Dios a imaginación subjetiva y libre del hombre mismo.

Esta es la obra de la Europa moderna; y de la Europa moderna, lo que en su obra cupo a sus primeros paladines, Francia

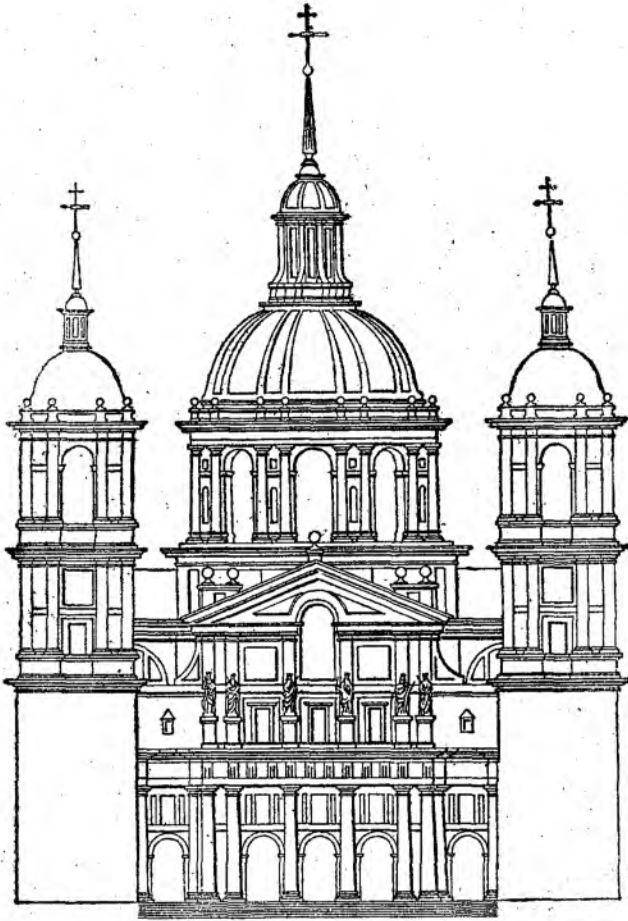
e Inglaterra, quienes vengan lo dirán con mayor objetividad que nosotros.

Y con todo esto queda ya puntualizada nuestra beligerancia. Sólo nos queda ahora proclamar de qué modo total y entero tenemos que ejercerla y la ejercemos.

*Nosotros somos intelectuales, pero no lo somos al modo conocido y despreciado, que no era más que modo parcial, y, por lo tanto, incompleto: un modo más de andar partido y descoyuntado. Somos intelectuales pertenecientes a una generación ante todo política, que entiende la política de manera radical, y, por lo tanto, vinculada a principios trascendentales. Como estilo de vida hemos elegido la milicia, porque así es la manera más desnudamente cierta de vivir —“*militia est vita hominis super terram*”— y porque por ese lado van las exigencias de los tiempos: y esta milicia la practicamos con la pluma, pero también con la espada. En consecuencia, nuestra beligerancia contra esto y contra aquello va más allá de las armas intelectuales de nuestros escritos: va hasta dar la vida. Y la vida, hoy, se da en un lugar concreto y de una forma muy concreta: luchando en las etapas moscovitas. Por encima de todos los demás, nuestro ejercicio cultural supremo es la guerra, con la pluma, pero también con el máuser. Y así fuimos siempre, porque el combate que la Falange empenó antes del primer tronar de ametralladoras en las calles desapacibles de España, contra el marxismo y contra el liberalismo de izquierdas o de derechas, fué ante todo “*dialéctica de puños y de pistolas*”. Tenemos la honra de haber disparado los primeros tiros contra el marxismo de Negrín y Largo Caballero y contra el liberalismo de Azaña y de Martínez Barrio; pero también contra Ossorio y Aguirre. Nuestra guerra amplió a nacional este primer combate. Ahora, aquel germen español, derramado por el mundo, colma las más grandes proporciones y se hace europeo y universal. El último sentido de nuestros libros y nuestros versos está en la línea, cada día diversa, del combate.*

Toda nuestra existencia se juega a este albur de la guerra. Como nunca, vivimos peligrosamente, porque sabemos que esta tierra sagrada que pisan nuestros pies y sostiene nuestra alma, una hora cualquiera de fortuna adversa podría arrebatárnosla. Se está jugando, como hace cuatro años, el porvenir de España y de los españoles. Hoy, como entonces, la Falange quiere la primera ofrecer su sangre y su esfuerzo por la victoria, que es la libertad. Estos camaradas nuestros, flor selecta de la Patria, que están camino de Rusia, son nuestro símbolo. Su destino será el de todos. Que Dios nos los devuelva íntegros y vencedores, porque sólo así nuestro más alto amor, también nuestro mejor servicio, serán posibles.

¡Arriba España!



Estudios

Dámaso Alonso: *Estilo y creación en el poema del Cid.* — **Julio Caro Baroja:** *Reyes de aldea.* — **Alfredo Sánchez Bella:** *El Marqués de Valparaíso y su plan de defensa y ataque del Imperio.*

ESTILO Y CREACION EN EL POEMA DEL CID

POR

DAMASO ALONSO

(Deuda:
A Ramón Menéndez Pidal.)

SIEMPRE he creído que para llegar a las obras máximas de la literatura no hay más que una actitud posible: inocencia y voluntad de comprender el prodigio. En las notas que siguen quisiera llegar al *Poema del Cid* como nos debemos aproximar a los grandes santuarios, en el rastro secular y anónimo: con humildad y en estado de gracia.

Quisiera llevar una pajita al acervo. Y he pensado tratar el *Poema* del mismo modo que he intentado estudiar otras obras de nuestra literatura, es decir, desde un punto de vista estilístico. Estos esfuerzos apuntan a la eterna y más íntima maravilla del arte literario: cómo la palabra se convierte en atañor del tembloroso y aun no consciente manantial, y cómo sella ese pacto eterno entre dos corazones, el pequeño y encendido del autor y

el vago y volandero (en viento de siglos) de la desvaída humanidad. Tal vez mi concepto de estilo sea demasiado amplio. No quiero escandalizar a nadie; y me disculpo para decir que apunto al estilo del “estilo” y al estilo de la “creación”. Estilo y creación, o estilo creativo del *Cantar*: éste es nuestro tema.

Andadura estilística.

A todo lector del *Poema*, sobre todo si es lector en voz alta, le habrá ocurrido lo mismo que a mí: la lectura “exige” una constante dramatización. Son aquí necesarias, como nunca, aquellas cualidades que se recomiendan en las coplas del final de la *Celestina* para el que la quiera leer en voz alta:

*Si amas y quieres a mucha atención
leyendo a Calisto mover los oyentes,
cumple que sepas hablar entre dientes,
a veces con gozo, esperanza y pasión,
a veces airado con gran turbación.
Finge leyendo mil artes y modos,
pregunta y responde por boca de todos,
llorando y riyendo en tiempo y sazón.*

“Pregunta y responde por boca de todos”: así tiene que hacerlo, imitando cada voz, cada carácter, el lector del poema, so pena de no ser entendido por su auditorio. No debemos ni un momento olvidar que la recitación juglaresca debía ser una semi-representación, y así no me parece exagerado decir que la épica medieval está a medio camino entre ser narrativa y ser dramática. ¡Qué milagros de mímica no tendrían que hacer los juglares para ser entendidos aun en tierras lejanas, como aquel al que unos versos latinos del siglo XIII nos le presentan en una ciudad

italiana recitando en lengua francesa una canción de gesta carolingia, y sabiendo mantener tensa la atención de su humilde auditorio! Es testigo de la escena el que habla:

*celsa in sede theatri
Karoleas acies et gallica gesta boantem
cantorem aspicio: pendet plebecula circum,
auribus arrectis. Illam suus allicit Orpheus.*

Más aún. Creo que todo lo elemental humano que se produce a nuestro alrededor se ha podido producir también así en el siglo XI o en el XII. Y al ver en ferias y mercados cómo a veces toda la familia del moderno juglar, del ciego que refiere (¡musa de Valle-Inclán!) cualquier horrible crimen, participa en la que podemos llamar representación —el ciego, por ejemplo, lleva la narración y habla por los personajes masculinos, la mujer interpreta los femeninos, la niña desmedrada que vende las hojillas de colores se detiene un momento para decir las palabras puestas en la boca de un niño—, al ver esto me he preguntado si la recitación de algunos cantares de la Edad Media no se haría también así, no ya representada, sino dramatizada entre varias personas.

Sea de esto lo que fuere, en lo que voy a decir habrá que tener en cuenta que seguramente estuvo presente en el cerebro del poeta en el momento de la redacción el sentido de que aquellas palabras habrían de ser más o menos representadas, o por lo menos subrayadas por la mímica del juglar.

Tenido esto presente, notemos ahora que en el *Poema del Cid* el paso al lenguaje directo se hace muchas veces sin verbo introductor, es decir, sin empleo de las fórmulas del tipo “A dijo”, “B oítestó”. Claro que los novelistas procuran ingeniosamente variar la cansada fórmula por medio de matizaciones, como “A subrayó”, “B asintió”, “C rezongó”, etc. Algunas veces la

omiten completamente, cuando el diálogo mismo indica el cambio de personaje, por ejemplo, en la respuesta inmediata a una pregunta. Novelistas amigos de la variación estilística (esto es muy característico de Valle-Inclán), omiten el verbo *dicendi*, pero dan por lo menos, casi siempre, un dato que permita identificar el personaje.

Y ahora oigamos un pasaje del *Poema del Cid*. Martín Antolínez llega a casa de Raquel y Vidas a proponerles el famoso negocio de las arcas:

*Raquel e Vidas en uno estavan amos,
en cuenta de sus averes, de los que avién ganados.
Llegó Martín Antolínez a guisa de membrado:
“¿O sodes Raquel e Vidas, los mios amigos caros?
En poridad fablar querría con amos”.
Non lo detardan, todos tres se apartaron.
“Raquel e Vidas, amos me dat las manos”... etc.*

Y poco más adelante:

*Raquel e Vidas seiense consejando:
“Nos huebos avemos en todo de ganar algo...
Mas, dezidnos del Cid de qué será pagado
o qué ganancia nos dará?...” Etc.*

Ante las primeras palabras de Martín Antolínez se da la indicación del personaje (sin verbo introductor de cita), y lo mismo en el segundo fragmento transcrito, antes de las palabras con que los judíos inician su aparte. Pero después de la indicación “todos tres se apartaron”, sigue hablando sin introducción ninguna Martín Antolínez, y, en el segundo fragmento, sin indicación ninguna se rompe el aparte y los judíos continúan ahora dirigiéndose a Martín Antolínez.

Ni en las Crónicas ni en los poemas de clerecía se hallará

nada semejante, o por lo menos este rasgo no es característico de ellos como lo es del *Cantar*, pues en éste se encuentra una y otra vez. Notemos que se da lo mismo en poemas juglarescos franceses y también en nuestros romances. ¡No en la *Chanson de Roland*! Falta allí rarísimas veces el verbo introductor, mientras que en nuestro *Poema* el procedimiento estilístico de la *dramatización* es constante: se produce en un cincuenta por ciento de los casos en que ocurre lenguaje directo. Esta divergencia abre una sima entre una y otra canción de gesta e inutiliza las teorías que quisieron explicar nuestro *Mio Cid* como consecuencia del *Roland*. El procedimiento estilístico tal vez más ligado a la técnica medular del poema es, pues, totalmente distinto en uno y otro caso. Mas tengo que dejar para otro sitio el desarrollo de esta observación (que refuerza la idea de Menéndez Pidal acerca del carácter autóctono de nuestra épica). ¿Qué valor tiene tal *dramatización* del diálogo?

Para el poeta, repito, esto pudo ser sólo previsión del recitado y la mímica juglaresca ante un auditorio. Para nosotros —meros lectores, y no representantes, del poema—, el hecho da una andadura estilística rapidísima y modernísima. Hágase la comparación con el diálogo de una página de Miró, con una página de Valle-Inclán. Velocidad es, pues, la consecuencia, y también predominio de los elementos afectivos, impulsivos y dramáticos en el movimiento de la narración.

A una conclusión semejante nos va a llevar el examen de otras peculiaridades. Por ejemplo, un poco más arriba, en el *Poema*, habla el Cid con Martín Antolínez explicándole su penuria y la necesidad de acudir al engaño de las arcas:

Fabló Mio Cid, el que en buen ora cinxo espada:

“Martín Antolínez, sodes ardida lança!

Si yo bivo, doblar vos he la soldada.

Espeso e el oro e toda la plata.

*Bien lo veedes que yo no trayo nada.
Huebos me serié pora toda mi compañía:
ferlo he amidos, de grado non avrié nada.
Con vuestro consejo bastir quiero dos arcas.
Inchámoslas d'arena, ca bien serán pesadas,
cubiertas de guadalmeçi e bien enclaveadas."*

Notemos el desligamiento de las oraciones y la sencillez de éstas. No nos asombra la escasez de oraciones subordinadas. Pero sí la total ausencia de los pesados, machacones, enlaces que va a tener un siglo más tarde la prosa de las crónicas y que no dejarán de pesar en el verso de clerecía. Pero, si comparamos con nuestra lengua moderna, notaremos también la completa omisión de nuestras partículas, de los *pues, por tanto, mientras tanto, como quiera que*, expresiones que debían servir inicialmente para matizar, moderar, ligar y compensar, pero que en nuestro pobre estilo moderno llegan a ser simplemente inútil hierro viejo, ociosas muletillas de apoyo. Las oraciones del pasaje citado son nítidas, están puestas ahí enteras, diríamos que brutalmente ante el cerebro del lector. Notemos cómo los traductores modernos, aun los que quieren mantenerse más cerca del estilo del poema, han de suplir algunos nexos. El verso: "Ferlo he amidos, de grado non avrié nada", lo tiene que verter Alfonso Reyes "Me lo tengo que procurar a la fuerza YA QUE de voluntad no me lo han de dar". Y ved cómo traduce Luis Guarner (en una versión hace poco publicada) ese mismo verso y el siguiente:

*a la fuerza he de buscarlo, SI a buenas no logro nada;
con vuestro consejo, PUES, quiero construir dos arcas.*

Si estudiamos ahora la tirada siguiente, encontraremos condiciones semejantes, más otras nuevas que nos han de interesar: (Sigue hablando el Cid.)

“Los guadamecís vermejos e los clavos bien dorados.
 Por Raquel e Vidas vayádesme privado:
 quando en Burgos me vedaron compra y el rey me ha ayrado,
 non puedo traer el aver, ca mucho es pesado,
 empeñárgelo he por lo que fore guisado;
 de noche lo lieven, que non lo vean cristianos.
 ¡Vealo el Criador con todos los sos santos,
 yo más non puedo e amidos lo fago!”

Encontramos la misma omisión de elementos lógicos, de enlace, que antes hallábamos. Pero lo interesante aquí es el tránsito entre el mandato ‘Idme por Raquel y Vidas’ y los cuatro versos que siguen: “quando en Burgos”, etc.

En esas palabras la complejidad intencional estilística es extraordinaria: 1.º) Es el Cid quien habla. 2) Pero está representando en lenguaje indirecto lo que Martín Antolínez ha de decir a los judíos. 3.º) Lo que ha de darles como razón es falso, pues falsas eran las murmuraciones de los *mestureros*, acerca de un ilegal enriquecimiento del Cid. A estas murmuraciones se alude, pues, despectiva e irónicamente. 4.º) Al mismo tiempo se alude picarescamente al engaño que van a sufrir los judíos. El lector no posee más punto de referencia que el conocimiento que debía tener (por la parte inicial del poema, hoy perdida, y por las palabras anteriores del Cid: “Espeso he el oro”, etc.) de la realidad de los hechos. Y por lo que respecta al cambio de dirección que implica el que el Cid pase de hablar personalmente a representar lo que debe decir Martín Antolínez, resulta otra vez ilustrador echar mano de una versión moderna. Versión de Reyes (corrijo un evidente error): “Puesto que me vedan la compra en Burgos y me destierra la ira del rey —LES DIRÉIS— no puedo llevar conmigo mis bienes que pesan mucho; POR LO CUAL [nótese la forzosa introducción del nexo] prefiero empeñármelos a un precio razonable”.

No deja de ser ejemplar también la comparación de estas dos tiradas con la versión prosificada (bastante reducida) que da de ellas la *1.ª Crónica General*:

“ET, pues que el Cid ovo comido, apartósse con Martín Antolínez, ET dixol cómo non tenié de qué guisasse su compañía, ET que querié mandar fazer con su conseio dos arcas cubiertas de guadamecí ET pregarlas ET clavarlas muy bien ET enchirlas de arena; ET AUN DIXOL: “levármelas edes vos a dos mercaderos que [h]a aquí en Burgos, que son muy ricos; ALL UNO DIZEN RACHEL E ALL OTRO BIPDAS; ET DEZIRLES EDES que yaze en ellas muy grand aver en oro ET en piedras preciosas, ET que ge las quiero empennar por alguna poca cosa CA non quiero levar conmigo agora tan grand aver como esto...” Etc.

¡Qué diferencia! Lo primero que notamos es la pesadez de todo el período. Ha desaparecido la alacre agilidad de las palabras del poema; surgen por todas partes los nexos copulativos “et, et, et”; se dan explícitos los nexos lógicos o explicativos (“et dezirles edes”, “ca”, exactamente lo mismo que en las versiones modernas), y abundan las pesadas amplificaciones inútiles (“et aun díxol”, “all uno dizen..., et all otro”). Difícil era crear una prosa. Muchos méritos tiene la *1.ª Crónica General*. Pero ¡cómo mata la vívida frescura del poema, cómo vemos en ella la pesada pedantería razonadora de las tristes jergas científicas, cómo la vemos a la cabeza de nuestras modernas jerigonzas filológicas, médicas y —ay— filosóficas!

Y volvemos al aura vital del poema, a esas oraciones enteras puestas sin enlace ni soldadura ante nuestros ojos. Porque precisamente esa soldadura, esa matización que ha de hacer el lector, le exige penetrar más profundamente en el signo expresivo, valorizarlo con más intensidad. Las palabras se cargan de valencias de sentido afectivo, de sentido alusivo, sin necesidad de inútiles colgajos. Sobre una frase (portentosa complejidad que hace pensar en técnica moderna) se montan —lo hemos vis-

to— cuatro o cinco planos afectivos e intencionales. Y por la parquedad, la medida de los medios estilísticos, se llega a la intensificación de los efectos estilísticos. En el libre juego de las oraciones desligadas, la intención expresiva es sólo un resultado de la entonación y del conocimiento del ambiente afectivo. Es decir, sobre los elementos lógicos triunfan los afectivos. Y el estilo del poema es así tierno, ágil, vívido, humanísimo y matizado. Hay un parentesco evidente entre este estilo y el de nuestra mejor tradición realista: Arcipreste de Hita, *Corvacho*, *Celestina*, *Lazarillo*. ¡Ah!, pero estas cualidades tienen también sus riesgos: tal movilidad produce a la larga cansancio en el lector moderno; por eso el *Cantar* se ha de beber como los buenos licores: a breves sorbos y saboreándolo largamente.

Variación retórica.

Los elementos encontrados en la anterior búsqueda pertenecen a esa zona lingüística íntimamente, inseparablemente unida a un estilo personal o al característico de un género. Pertenecen, pues, al fondo más profundo del lenguaje, a la vena más soterrada de la expresión. Quedaría por ver en ellos en qué parte sean peculiares del poeta del *Mío Cid* y en qué parte comunes al género llamado juglaresco, donde sin duda, en más o en menos, se encuentran.

Pero la expresión literaria no se manifiesta sólo en estos elementos que podríamos llamar de profunda nutrición, sino en otros más movibles, alienables y sobrepuestos. Son éstos en gran parte los que constituyen el conjunto que estudiaba la Retórica, y que hoy debe estudiar la Estilística, porque el hecho de que sean más voluntarios que los anteriores no excluye el que sean también expresivos. Llegar a determinarlos, en el *Poema del Cid* y, en general, en la épica medieval, sería colaborar

(para decidirse por la afirmativa o la negativa) en esa obra emprendida por Curtius, a la rebusca de elementos de tradición literaria culta en los poemas llamados de juglaría. Pero no es aquí el momento de hacerlo. Trato sólo en lo que sigue de mostrar con un ejemplo hasta qué punto está presente en el *Poema* eso que constituye, en último término, el objeto propio de la Retórica: la variedad bella en el hablar.

A cualquier lector del *Poema* se le presentan inmediatamente ejemplos. Es conocida, v. g., la repetición, más o menos variada, de un verso en el momento del cambio de serie asonántica. Otras veces el cambio de asonancia produce dos series gemelas, con un contrastado dejo como el de las cantigas paralelísticas. También son conocidos hechos semejantes en la épica francesa. No nos detengamos aquí, pues; aunque no dejaría de ser interesante analizar, desde un punto de vista estilístico, esos fenómenos. Lo que quiero buscar ahora son variaciones menos constantes y repetidas y, por tanto, (según creo), de tipo más voluntario y creativo. La batalla de Alcocer nos va a servir, precisamente, de ejemplo.

Observemos los primeros pasos del desterrado, fuera de Castilla, según el *Poema*: escaramuzas, algaras, toma de pueblos poco importantes: Castejón de Henares, Alcalá; la entrada en tierras de Zaragoza, dependientes de Valencia. El poeta (que ha hecho ya bellos alardes de su arte antes de la salida de Castilla) se reserva ahora para mayores empeños. Las luchas son contadas brevemente, con gran ahorro de medios estilísticos, que si salen a relucir alguna vez es para mostrarnos la claridad de una amanecida lugareña y una como vislumbre de la vida rural de esos pueblos moros:

*Ya crieban los albores e vinié la mañana
ixié el Sol, ¡Dios, qué feroso apuntava!*

*En Castejón todos se levantavan,
abren las puertas, de fuera salto davan,
por ver sus lavores e todas sus heredanças.
Todos son exidos, las puertas abiertas an dexadas...*

Este ahorro de medios es voluntario. Según se produce el avance hacia tierras levantinas, las empresas van siendo mayores y más peligrosas. El poeta se va animando. Y ahora el Cid ha tomado Alcocer y está cercado en ese castillo. Dos caudillos árabes, Fáriz y Galve, con un ejército de 3.000 hombres, se han lanzado contra el puñado de guerreros castellanos. Al Cid no le queda más remedio que salir, campo afuera, a dar la batalla. Y aquí ha llegado el momento que esperaba el poeta. Su descripción de la batalla, breve, ceñida en un centenar de versos, es de las mejores que en este aspecto puede ofrecer la épica medieval. Tres partes se podrían considerar en esta descripción. De ellas, la que nos interesa es la segunda, que pinta, no episodios particulares, sino el conjunto de la lucha. Tres series asonánticas comprende esta parte, y a cada una de las tres va a dar el poeta un sesgo, un movimiento y un sentido diferentes.

En la primera serie, magnífica de sonido y ritmo, los caballeros se disponen a atacar:

*Embraçan los escudos delant los coraçones,
abaxan las lanças abueltas de los pendones,
enclinaron las caras de suso de los arzones,
ívanlos ferir de fuertes coraçones.*

*A grandes voces llama el que en buena nació:
“¡Feridlos, cavalleros, por amor del Criador!
Yo so Roy Díaz, el Cid, de Bivar Campeador”.*

La segunda serie es una descripción enumerativa, caracterizada por la repetición del ponderativo *tanto*. Este tipo se fija

pronto en la tradición épica; conocidos son sus paralelos en Francia. Hela aquí:

*Veriedes tantas lanças premer e alçar,
tanta adágara foradar e passar,
tanta loriga falssar e desmanchar,
tantos pendones blancos salir vermejos en sangre,
tantos buenos cavallos sin sos dueños andar.
Los moros llaman Mafómat e los cristianos Santi Yague.*

La tercera sirve para presentarnos por primera vez a los guerreros del Cid (y cómo ha sabido elegir el poeta este momento glorioso y solemne) agrupados en torno a su señor:

*¡Quál lidia bien sobre exorado arzón
mio Cid Ruy Díaz el buen lidiador,
Minaya Alvar Fáñez, que Çorita mandó,
Martín Antolínez, el burgalés de pro,
Muño Gustioz, que so criado fo,
Martín Muñoz, el que mandó a Mont Mayor...,
Galín Garciaz, el bueno de Aragón,
Félez Muñoz, so sobrino del Campeador.
Desí adelante, quantos que y son
acorren la seña e a mio Cid el Campeador!*

El poeta ha elegido para estas tres series tres puntos de vista completamente distintos. La primera, fuerte y serena, de sonido de hierro que se percibe para la acción, es la descripción realista del preparativo para la acometida. La segunda toma un nuevo plano estilístico, se introduce con *veriedes* "veríais"; es, pues, un cambio de perspectiva, una vuelta momentánea desde la realidad de la lucha hasta la realidad de la audición juglaresca, una vuelta al mundo circundante, para recoger a los espec-

tadores y precipitarlos, más violentamente aún, en el movimiento, la confusión y el clamor del combate, realizados por la repetición del ponderativo *tánta*, por esas parejas de verbos “premer e alçar”, “foradar e passar”, “falssar e desmanchar”, en los que el ritmo se quiebra con astillas de lanzas y estrías de escudos y de cascos rotos:

tantas lanças premer e alçar
tanta adágara foradar e passar
tanta loriga falssar e desmanchar.

Otro giro, otro cambio de dirección, y estamos en la tercera serie. Otra vez el poeta nos pone directamente ante la realidad del combate. La confusión y el polvo de la lucha se aclaran, y surge la gloria magnífica, ordenada, de las haces de los guerreros castellanos. Y el poeta prorrumpe jubilosamente en su exclamación enumerativa, que es como un cántico, y lanza sonoramente al viento los nombres de los guerreros agrupados en torno a su caudillo:

¡Qual lidia bien sobre exorado arzón,
Mio Cid Roy Díaz, el buen lidiador!... Etc.

Como en un tríptico estilístico nos ha presentado el poeta la descripción general de la batalla. Serena preparación allá para la lucha, rasgada por el alto grito del Cid; confusión luego, desorden horrísono de las criaturas materiales del arte militar, pero confusión alusiva al vencimiento de la misma confusión. En fin: gloria, jerarquía del haz castellano. El grito del Cid, en medio; a un lado, la confusión de las fuerzas demoníacas; al otro, haz glorioso y cuasi angélico de los paladines de Castilla. Norma y dominio: triunfo de la fuerte razón sobre el desorden. Y para cada una de estas perspectivas, como hemos visto, tres medios

estilísticos diferentes, tres sabios bandazos del timón, tres giros de mano maestra.

¡Pero habrá quien crea todavía en la barbarie del poema, en su falta de técnica y pobreza de recursos! Quien escribía así venía, sin duda, detrás de una larga tradición, de una escuela literaria, y poseía una técnica, distinta, sí, de la de otra cualquier época, pero sabia, pero maestra, pero perfecta, es decir, adecuada a sus fines.

Variación de las almas.

Dejamos ahora la consideración del estilo, visto del lado del lenguaje, para atender al estilo creativo que el poeta pone en la figuración de su mundo imaginado. Mi análisis se enriquecería aún, atendiendo en cada caso al pormenor lingüístico de la expresión. Mas sería tan lento, tan trabajoso, que he de renunciar casi a hacerlo. Procedo, pues, por trazos más generales.

El realismo del *Cantar* no se separa de lo que va a ser nota constante del realismo español literario (aunque casi no conozco un libro en que se diga esta verdad fundamental). Lo que se nos da aquí como siempre en nuestra literatura, lo que se nos presenta directamente —no por descripción—, es el alma humana, y no las cosas. Con tal variedad, con tal profundidad, con tal riqueza, que aquí veo una de las notas que más justifican el tener al *Poema del Cid* por obra maestra de nuestro arte. Luego veremos el contraste y la riqueza en la pintura de las almas. Vamos a considerar ahora cómo el poeta consigue eso tan difícil (y que frecuentemente ignoran nuestros clásicos), el hacer vivir psicológicamente a sus criaturas en el tiempo, el hacerlas variar matizadísimo ante nuestros ojos.

Hay varios personajes que están tratados de este modo. Podríamos fijarnos en la persona del rey Alfonso: ¡cuán lentamente

te, cuán espaciadamente va cediendo su rencor hacia el desterrado! Primero le aíra con cruelísimo plazo, impide que nadie le aprovisione, que nadie le albergue; pero luego, poco a poco, según van llegando las nuevas de las conquistas del Cid, según van llegando los regalos que el desterrado le envía, va cediendo en su enojo. El lector ve cómo el rey va dándose cuenta, a pesar del partido enemigo al Cid, de la grandeza histórica de la misión de éste. Cada ida de Minaya a Castilla marca un jalón de este suavísimo progreso. Al ritmo lento de las semanas de lucha de los desterrados, acompaña, isócronamente, el triunfo de la piedad y la admiración en el corazón real. Y el proceso culmina en las vistas del rey y el Cid a orillas del Tajo, en aquella emocionante escena en que el Cid —el dueño de Valencia— se humilla delante de su señor.

Pero hay otro doble proceso que aun nos puede interesar más. Es el de las relaciones mutuas entre los infantes de Carrión y el caudillo castellano. Los orgullosos infantes pertenecían a la familia de los Beni-Gómez, partido de la Corte hostil al Cid. Es cuando Minaya está en una de sus embajadas en la Corte, después de la conquista de Valencia, cuando, a vista de las riquezas y poderío del Cid, empieza a madurar su designio: podrían casar con las hijas del guerrero:

Aquí entraron en fabla ifantes de Carrión.

*“Mucho crecen las nuevas de mio Cid el Campeador,
bien casariemos con sus fijas pora huebos de pro.*

Pero su orgullo —ellos pertenecían a la primera nobleza, la de los ricoshomes, y el Cid sólo a la segunda, mero infanzón— parece frenarlos e impedirles el decidirse, puesto que añaden:

*Non la osariemos acometer nos esta razón
mio Cid es de Bivar, e nos de Comdes de Carrión.
Non lo dizen a nadi, e fincó esta razón.*

El poeta no dice tampoco más. En cinco versos, con esa admirable concisión suya, ha dejado planteado el problema. Pero que el cambio y la nueva posibilidad no se aparta de la mente de los infantes nos lo indica el verlos poco más abajo acompañar a Minaya y rogarle que salude al Cid en nombre de ellos. Pasan lentas semanas con nuevos aumentos del Cid; y es sólo en otra nueva ida de Minaya a la Corte (después de la victoria sobre Yúcef), cuando, aunque aún su partido familiar rezonga por lo bajo, los infantes se deciden a pedir la mano de las hijas del Campeador. Hasta ahora no se lo habían dicho a nadie; todavía se aconsejan en secreto:

*D'Infantes de Carrión yo vos quiero contar
fablando en so consejo, aviendo su poridad:
"Las nuevas del Cid mucho van adelant,
demandemos sus fijas pora con ellas casar:
creçremos en nuestra ondra e iremos adelant".*

Sin descripciones, haciendo sencilla, brevemente hablar a sus personajes, el poeta ha dado ya al lector todos los datos indispensables para lo que va a seguir: los infantes, en el fondo enemigos del Cid, piden las manos de sus hijas, no por amor a ellas, no por veneración hacia el guerrero, sino sólo por codicia. Y ya sabéis lo demás: el rey actúa de casamentero, el Cid accede, las bodas se celebran. Y ahora estamos en el Cantar tercero, y los infantes, casados, en la corte valenciana del guerrero castellano.

*En Valencia sedí mio Cid con todos los sos,
con elle amos sos yernos, ifantes de Carrión.*

¿La tragedia, presentida, va tal vez a no tener efecto? No; el autor, con suma destreza, va ahora a cargar de rencor el alma de sus dos personajes. Se soltará el león en el palacio del Cid.

Los infantes, llenos de pavor, huirán vergonzosamente: el uno se esconderá bajo el escaño del Campeador, el otro en un lugar de donde saldrá con sus vestiduras todas manchadas:

*Mio Cid por sos yernos demandó e non los falló;
maguer los está llamando, ninguno non responde.
Quando los fallaron, assí vinieron sin color.
¡Non vidiestes tal juego como iva por la cort!
Mandolo vedar mio Cid el Campeador.
Muchos' tovieron por enbaídos ifantes de Carrión,
fiera cosa les pesa desto que les cuntió.*

La situación es ésta: los infantes han sido hallados en cobardía, todavía pálidos del susto. Los guerreros del Cid lo comentan; hay un murmullo de zumba que va por todo el palacio; escuetamente, pero de un modo muy expresivo, está dicho en el poema: "Non vidiestes tal juego como iva por la Cort". Los infantes se tienen por afrentados, el antiguo rencor renace en su alma. El lector va obteniendo los datos que el poeta sabiamente le da para la intuición total del carácter de estos personajes: el alma de estas criaturas del arte del siglo XII varía y se matiza ante nuestros ojos de espectadores del siglo XX.

Y sin necesidad de echar mano de incidentes insólitos, el poeta va a continuar, con juego limpio, ante nuestros ojos, el comenzado proceso. El rey Búcar de Marruecos ha plantado sus 50.000 tiendas en torno a Valencia. El Cid y los suyos se alegran, porque "lucha" es para ellos "ganancia". Pero los infantes, no. Los infantes comienzan a ver que no habían echado bien sus cuentas:

*"Catamos la ganancia e la pérdida no;
ya en esta batalla a entrar abremos nos;
esto es aguisado por non veer Carrión,
bibdas remandrán fijas del Campeador".*

“No hemos tenido en cuenta las quiebras del negocio. ¡Buena la hemos hecho: ahora tendremos que guerrear! Esto se va poniendo como para que no volvamos vivos a Carrión. Nuestras mujeres se quedarán viudas.” Según el poeta nos va descubriendo las entrañas del alma de los infantes, se va recargando el matiz humorístico, pero, notémoslo bien, nunca chocarrero, siempre señalado por tenues matices estilísticos, siempre fino y delicado. De aquella batalla salen, aparentemente, con bien los infantes. Cierto que Fernando ha huído ante un moro; pero Pedro Bermúdez ha acudido en su auxilio, ha matado al moro y —generoso— ha aconsejado al infante que diga que fué él —el infante— quien lo mató. Cuando termina la batalla, el Cid alaba a sus yernos por su comportamiento; pero ellos, que saben en su corazón la verdad, no pueden por menos de creer que el Campeador habla con ironía:

Por bien lo dixo el Cid, mas ellos lo tovieron a escarnio.

Notemos cuánta agudeza psicológica —por parte del autor— hay en esta mala interpretación que hacen los infantes de las palabras del Cid. Y aun —y es otro rasgo nuevo que acaba de perfilar el carácter de los hermanos—, aun tienen la osadía de alabarse públicamente de mentidas hazañas.

*“Grado al Criador e a vos Cid honrado
tantos avemos de averes que no son contados
por vos avemos ondra e avemos lidiado,
vencimos moros en campo e matamos
à aquel rey Búcar, traydor probado.”*

Pero los vasallos de mio Cid sabían la verdad y se sonreían (*sediense sonrisando*). La mala interpretación de la actitud del Cid y las burlas de que por su cobardía son objeto, acaban de al-

macenar odio en el corazón de los infantes, odio cimentado sobre la base de su orgullo nobiliario: y ya surge en ellos el proyecto de su crimen. Hasta ahora, salvo alguna leve apostilla, todo el proceso nos ha sido presentado directamente con la conversación, con el hablar mismo de los personajes. Es ahora, coronada su obra de matización psicológica, cuando el poeta narra por su propia cuenta:

*Por aquestos juegos que ivan lavantado,
elas noches e los días tan mal los escarmentando,
tan mal se aconsejaron estos ifantes amos.*

Y sigue el proyecto de la traición, el viaje con sus mujeres, la idea de matar al moro Abengalvón, noble amigo del Cid, la afrenta de Corpes y, en fin, las cortes de Toledo, el vencimiento y la deshonra.

Habría que hacer un análisis semejante del proceso psicológico en el alma del Cid por lo que se refiere a su posición frente a los dos hermanos. No puedo más que indicarlo muy someramente. Es un proceso de dirección contraria al anterior. El Cid no ve con gusto el matrimonio de sus hijas. Sabe cuán orgullosos y vanos son los infantes. Pero, poco a poco, el afecto familiar hacia sus yernos se va sobreponiendo, y con una ceguera magnífica (¡admirable rasgo!), con una ceguera de alma grande, cree que los infantes han combatido como valientes en la batalla contra Búcar, y así los alaba públicamente ante sus guerreros. Pero éstos saben la verdad; por piedad o respeto no se la dicen al Cid. Y la zumba y la vaya andan por la corte. Así prepara el poeta el efecto de la afrenta de Corpes, que con un golpe brutal rompe el velo que cegaba al Campeador.

Resulta, pues, que en este poema, en donde todo parece dedicado a la acción externa, en donde versos y versos se usan para dar aun los mínimos pormenores de una estrategia, a veces en-

fadosa, en este poema están pintados de mano maestra los procesos psicológicos, el variar de las almas. Están pintados con tal propiedad, con tal medida y lentitud, que el lector entra de lleno en la situación, se embebe en ella como en materia realísima, comprende todas las reacciones y móviles internos de los personajes, y puede gustar y justipreciar todos los matices intencionales de las palabras, de los caracteres.

Y otra vez aquí el resultado maravilloso está conseguido con extraño ahorro de medios estilísticos. *Las almas* (y esto será característico de todo el realismo español), *las almas se desnudan hablando*. Un novelista moderno de la llamada escuela psicológica gastaría páginas y páginas en manejar el histurí para abrir al público el corazón de los infantes, amontonaría episodios para poner a sus caracteres en realce, les haría hablar incansablemente. Y, al final, es posible que nos quedáramos sin comprenderles el alma. El poeta del *Mio Cid*, el hombre que dedica tantas páginas a lo externo (y a veces nos pierde en esa andanza), es un maestro de la pintura psicológica. Cuenta con un factor: el tiempo. Tiempo lento y pinceladas espaciadas, ésta es su técnica. Los personajes no hablan sino cuando su intervención es inevitable. Y cada vez que intervienen dan un nuevo dato al lector, descubren un nuevo entresijo de su alma. En este progreso por jalones no hay ni un error, ni un desfallecimiento, ni un golpe falso. Parquedad, destreza, espaciamiento, seguridad. Con fidelísima isocronía, el proceso necesita también madurar en el alma del lector. Observemos aún que la seguridad, la fidelidad de este doble proceso es de una gran importancia dentro de la estructura del poema. Es lo que le da su fuerte trabazón. He aquí, pues, nuevas notas coincidentes en sentido con las que encontrábamos antes, para llegar a fijar el estilo del poeta del *Mio Cid*.

El humor.

Vamos a ver ahora con qué riqueza de contrastes hace vivir el anónimo creador a sus exactas criaturas. El primer contraste que se nos presenta es el que separa (hasta cierto punto) los caracteres heroicos de aquellos otros tratados humorísticamente. El tema del humor en el *Cantar* ha sido hasta ahora (me parece) insuficientemente resaltado.

Aquí también el poema, la primera obra de nuestra literatura, está en una portentosa consonancia con todo el desenvolvimiento que luego ésta ha de tener. Me refiero a la mezcla de los elementos serios y los cómicos, característica nuestra, lo mismo en la *Celestina* que en todo el teatro clásico: helos ahí los dos planos de nuestro arte, la constante, polifacética dualidad del espíritu español, eterno Escila y Caribdis de España, como en otra ocasión he dicho. Esta mezcla de elementos cómicos se da también en la épica francesa (siempre y en todo sentido estará más próximo lo medieval francés, de nosotros, que lo clásico, tan frío, tan lejano para nuestra sensibilidad). Pero creo que con sentido muy diferente. Pensemos en una obra como la, por otra parte, bellísima *Chanson de Guillaume*: ¡con qué rasgos burdos se pinta al borracho y cobarde Tiedbalt y a qué especie desafiada de héroes pertenece el gigante Rainoart (si la parte en que interviene pertenece a la misma *Chanson*); hasta tal punto que Bédier ha podido decir con razón que desde que el héroe de la maza, “borracho, voraz y perezoso”, interviene en la obra, “la bella epopeya de la derrota se convierte en una especie de bufonada heroica; es decir, añadamos nosotros, la obra se hace esencialmente grotesca. ¿Y qué otra cosa sino una estupenda bufonada épica es el *Pèlerinage de Charlemagne*? ¡Aquellos gabs de los caballeros franceses en la corte de Constantinopla! Y lo que hay aquí de chocarrero se exagera en obras posteriores, como Baudouin de Sebourg, de comienzos del siglo XIV, donde lo so-

carrón es lo predominante, con un espíritu burgués, jocundo y despreocupado, muy cercano del de nuestro Arcipreste de Hita.

¿Y en la *Chanson de Roland*, señalada tantas veces como antecedente de nuestro *Poema*? Lo que hay de humor en la *Chanson* es el mínimo que forzosamente ha de existir en cualquier obra que reproduzca condiciones vitales, es decir, que no sea pura abstracción o fantasmagoría. Y más en una obra que presenta un enemigo: el moro. No faltan, pues, baladronadas de los sarracenos y exclamaciones irónicas de los vencedores (versos 1235 y sigs.), imprecaciones e injurias de los paganos contra los dioses (¡contra Apolin, Tervagan y Mahomet!), porque no les favorecieron en la batalla (versos 2580 y sigs.):

*Ad Apolin en curent en une crute,
tencent a lui, laidement le despersenent:
“E! malvais deus, por quei nus fais tel hunte?...
Puis si li tolent sun sceptre et sa curune,
par les mains le pendent sur une culumbe,
entre lur piez a tere le tresturnent,
a granz bastuns le batent e defruisent...”*

¡Y claro que el auditorio cristiano se reía! Algunas pinceladas de ironía o gracia, mucho más sutiles que éstas, pueden entreverse, muy espaciadas, acá y allá, en la *Chanson*. Pero nada semejante al dibujo de trazo fino, al estudio matizado, que es nota constante de los caracteres cómicos en el *Cantar*: Infantes, judíos, Conde de Barcelona... Nada parecido a esos personajes heroicos, Martín Antolínez, Don Jerome, Pero Bermúdez, entreverados de muy humanas vetas de humor. No: en esto del humor el anónimo creador del *Mío Cid* es un artista de una intuición mucho más poderosa, pero también de una técnica mucho más avanzada y de un gusto mucho menos fácil que su supuesto modelo francés. Ambas obras (lo hemos visto antes, lo volveremos a ver

ahora) caminan por vías muy separadas, dentro del arte medieval.

¡Cuán delicado nuestro viejo *Cantar!* Los pormenores gruesamente cómicos apenas si alguna vez están apuntados. No hay monstruosidad alguna, no hay nada burdamente grotesco y que no pueda darse en la realidad psicológica normal de la especie humana. El ejemplo mejor lo tendríamos en el carácter de los dos infantes. El haber hablado de ellos, aunque principalmente desde otro punto de vista, me impide volverlos a presentar con otras facetas. Recordemos sólo que en la por el autor a la par magníficamente intuída y analizada psicología de ambos personajes, nada hay que no sea humanísimo. Y están tratados por el poeta con el mismo cariño (en cuanto criaturas de arte), con la misma medida, lentitud y apurada matización, casi, que el máximo héroe de la epopeya. Los compases se aproximan a "scherzo" a veces, pero el poeta, nunca excesivo en nada, se refrena a tiempo. Y sobre la chistosa escena del susto del león se pasa en unas cuantas líneas. Son —como ha indicado Menéndez Pidal— los poetas posteriores, Quevedo, por ejemplo, quienes apuran el partido que del lado de lo chocarrero podía sacarse de tan desairada posición. Perdonad la sucia cita (que me interesa por el contraste con la digna sobriedad del antiguo poeta). Es de un romance de Quevedo. Se ha escapado el león:

*Apenas Diego y Fernando
le vieron tender la zarpa
cuando hicieron sabidoras
de su temor a las bragas.
El mal olor de los dos
al pobre león engaña,
y por cuerpos muertos deja
los que tal perfume lanzan.*

Fernando se esconde bajo el escaño. Pero no es, precisamente, en un lugar donde se refugia Diego (ya se indica lo mismo en la refundición de la *1.ª Crónica General*):

*Diego, más determinado,
por un boquerón se ensarta
a esconderse, donde van
de retorno las viandas.*

Agachado encuentra el Cid a Fernando, y le dice:

*Agachado estabais, conde,
y tenéis mucha más traza
de hombre que aguardó jeringa
que del que espera batalla, etc.*

Y dice a Diego:

*Ya que Colada no os hizo
valiente aquesta vegada
fágavos Colada limpio,
echaos, buen Conde, en colada.*

Esto es arregostarse a lo chocarrero (y para intensificarlo echa Quevedo mano de la fabla antigua). Y éste el partido que se podía sacar de tal situación. La misma *1.ª Crónica General* ya exagera en el sentido de Quevedo. ¡Qué contraste con el poeta del siglo XII!

Algunos de los caracteres tratados cómicamente por el juglar pasan sólo como estrellas fugaces por las páginas. Así, el del rey Búcar, cuando corre en su caballo, lleno de pavor, hacia el mar (a sus alcances, con la espada desnuda, el Cid). La gracia está apenas indicada en la ironía de las palabras del Cid:

*Acá torna Búcar! Venist dalent mar
Veerte has con el Cid, el de la barba grant,
saludar nos hemos amos, e tajaremos amistad!*

Y en la contestación:

*Respuso Búcar al Cid: “¡Cofonda Dios tal amistad!
Espada tienes en mano e veot aguijar;
así como semeja, en mí la quieres ensayar.
Mas si el caballo non estropieça o conmigo non cade
non te juntarás conmigo fata dentro en la mar.*

Pero en este ligero matiz irónico, los refundidores vieron en seguida (como en el caso de los infantes) una mina por explotar. Y así el romance “Helo, helo por do viene / el moro de la calzada”, complica y amontona los pormenores chuscos. El moro está contemplando a Valencia y suelta baladronadas:

*aquel perro de aquel Cid prenderélo por la barba...
su hija Urraca Hernando será mi enamorada.*

El Cid lo oye y dice a su hija (que aquí se llama Urraca) que entretenga al moro con buenas palabras. Y comienza un gracioso requiebro entre la muchacha y el moro enamorado. Mientras tanto, ha hecho sus preparativos el Cid:

*Ellos estando en aquesto el buen Cid que asomaba:
“Adiós, adiós, mi señora, la mi linda enamorada
que del caballo Babieca yo bien oigo la patada”.
Do la yegua pone el pie, Babieca pone la pata.*

Y empieza la persecución.

Otra vez, pues, el estilo del poeta en el tratamiento de los

temas cómicos se caracteriza por su refrenarse, por su delicadeza y su contención. Matiz, insinuación es esta técnica.

Otro carácter cómico es el del conde de Barcelona. Se entera el conde de que algunas tierras de tributarios suyos eran corridas por el Cid. En un verso, al ir a dejar hablar al personaje, el poeta nos le ha descrito:

El conde es muy follón e dixo una vanidat.

Y los duros castellanos, con sus botas de montar y sus sillas gallegas, vencen a los refinados catalanes, montados en sillas coceras y vestidos de delicadas calzas. El conde don Ramón ha caído prisionero. Al Cid le adoban "grant cozina". El conde intenta la huelga del hambre. No comeré un bocado, dice,

pues que tales malcalzados me vencieron en batalla.

Pero, cuando a los tres días le oye al Cid que si come le pondrá en libertad, entre aquella promesa y el buen apetito medieval y templado por tres días de abstinencia, cambia de parecer y olvida su voto.

Como él es muy fino, pide aguamanos:

alegre es el conde e pidió agua a las manos.

Y comienza a comer con tantas ganas que era gloria verlo:

comiendo va el conde, ¡Dios qué de buen grado!

El Cid está allí y, seguramente (en esta ocasión no lo dice el poeta) se sonríe. Nos dice, sí, que estaba contento de ver que el conde movía tan bien los dedos:

*pagado es mio Cid, que lo está aguardando
porque el conde don Remont tan bien volvié las manos.*

Y le ponen en libertad. Todavía el follón del conde (último pormenor cómico de su carácter) va volviendo atrás la cabeza, de miedo que el Cid se arrepienta y falte a su palabra. A lo cual exclama, indignado, el poeta:

*lo que non ferié el caboso por quanto en el mundo ha,
una deslealtança, ca non la fizo alguandre.*

Una deslealtad, *alguandre*, es decir, *nunca, nunca jamás* la cometió el Cid.

Notemos con cuán escasos recursos estilísticos está conseguido el intento, cuán delgada es la gracia. Los elementos son pocos, pero suficientes, pero irremplazables. No hay uno que no venga a fijar un punto del perfil del conde. A este fin apunta la cualidad de follonía que primero se le atribuye; a esto —burguesía, vida fácil y cómoda, escasez de heroísmo—, las alusiones a los cortesanos vestidos, a las sillas más propias de gala y torneo que de lides; a esto también, la petición de aguamanos. A esto, la melancolía que se apodera del conde en la prisión; a esto, su poca firmeza de carácter, su debilidad, que le hace faltar en seguida a la palabra dada de no probar bocado; a esto, su desconfianza, tan poco heroica. Unas cuantas indicaciones, sabiamente espaciadas, dejadas caer con un matiz estilístico ingenuo, en donde parece casi no apuntar la ironía, nos han dejado un retrato complejo, perfecto, del tipo del vanidoso y de poco ánimo.

Y no me queda casi espacio ahora para considerar los caracteres que precisamente tendrían más interés. Son los de los ju-díos Raquel y Vidas. El pasaje es de los más conocidos del poema, y así se me podrá perdonar el tratarlo muy a la ligera. Se-

ría necesario estudiar ese admirable trozo, tan lleno de rincones, de malicia y agudeza psicológica, de movimiento, de idas y venidas de personajes, de apartes, con ritmo y gracia como de "ballet".

Resaltaré, sólo, el diríase ascetismo de los medios empleados. Nunca como aquí son los valores en el poema tan casi exclusivamente dramáticos. El poeta no hace consideración ninguna acerca del carácter de los judíos. Sólo al principio se nos dice, y ya con esto quedan determinados:

*Raquel e Vidas en uno estavan amos,
en cuenta de sus averes, de los que avién ganados.*

Lo demás lo descubren ellos con sus palabras, perfecto código vital y eterno de los mercaderes (¡ay, de los mercaderes de todas las épocas!), en expresiones como:

*Nos huebos avemos en todo de ganar algo...
Non se faze así el mercado,
sinon primero prendiendo e después dando.*

Imaginémonos al juglar recitador diciendo con expresiva mímica el comentario del poeta, cuando el negocio queda ya concluído:

*Al cargar de las arcas veriedes gozo tanto:
non las podién poner en somo maguer eran esforzados.
Grádanse Raquel e Vidas con averes monedados,
ca mientra visquiesen refechos eran amos.*

¡Sí, arreglados quedaban para mientras viviesen! Porque aunque, en una de las andanzas de Minaya, los judíos acuden a él para recordarle angustiadamente la deuda, el Cid del *Poema*

se olvida del pago. Cierto que, como dice felizmente en el romancero: en las arcas había quedado soterrado el oro de su verdad.

¿Cómo, pues, rasgos estilísticos, tan poco grávidos, tan poco insistentes, lo mismo que los que en general hemos visto en este largo análisis, podían mover al buen público oyente de los cantares? Indudablemente, la mímica del juglar subrayaba, exageraba y caricaturizaba el contenido del texto. Para el lector moderno (prescindiendo de hipótesis) la gracia del poema es finísima, ligerísima, aérea. Sonreír mejor que reír a carcajadas, insinuar y no recargar: éste parecía el lema estilístico del autor.

Los héroes.

Insistamos ahora en la variedad de los caracteres, o, lo que es lo mismo, en la fuerza creativa, inventiva del autor. Bien patente lo hemos visto en los cómicos: cada uno de esos personajes, infantes, conde de Barcelona, judíos, coincidentes sólo en su posición no-heroica, se mueve por motivos distintos, habla, anda, respira, vive de una manera personal y perfectamente contrastada. Pero esto lo veremos todavía con más nitidez en los personajes que vamos a considerar.

Si pudiéramos detenernos en el análisis de los medios estilísticos encontraríamos la ley general, que en las pruebas anteriores una y otra vez hemos encontrado: moderación, falta de insistencia en la pincelada, insinuación, refreno.

Consideremos ahora los caracteres de los fieles del Cid, una breve galería de guerreros: Alvar Fáñez de Minaya, Martín Antolínez, Pedro Bermúdez, Félez Muñoz; un obispo guerrero: Don Jerome; un moro amigo: Abengalvón. Exceptuando en todo caso los dos últimos, fáciles de presentar con atributos especiales, se esperaba de un artista llamado primitivo una tosca caracte-

rización general: guerreros valientes todos, hombres iguales, de escudo, lanza y caballo. Nada más lejano de la realidad. Este artista del siglo XII nos da una serie de personajes nítidamente diferenciados y contrastados: en nada se parecen los unos a los otros.

Alvar Fáñez de Minaya si a alguien podría parecerse sería al mismo Cid: como él, posee un impetuoso valor, que es guiado por una gran prudencia. Su gozo es la batalla; hace voto de no aceptar parte alguna de botín hasta que un día quede plenamente satisfecho de su propio combatir, hasta que un día se vea con la sangre de moros corriéndole por el codo abajo:

*A Dios lo prometo, a aquel que está en alto:
fata que yo me pague sobre mio buen cavallo,
lidiando con moros en el campo,
que empleye la lança e al espada meta mano,
e por el cobdo ayuso la sangre destellando,
ante Roy Díaz, el lidiador contado,
non prendré de vos quanto un dinero malo.*

El guerrero queda satisfecho, y suelto su voto, cuando, en efecto, después de la batalla de Alcocer, anda victorioso sobre su buen caballo:

*sangriento trae el brazo
por el cobdo ayuso la sangre destellando.*

Pero en él las cualidades de prudencia contrapesan a su arrojo. Es sabidor en artes y añagazas de guerra, y el Cid le suele pedir consejo, antes que a nadie, al ir a emprender la batalla. Y por estas cualidades de prudencia y de hombre de mundo es, sin duda, por lo que el Cid hace de él como su embaja-

dor extraordinario cerca del rey Alfonso. Y el bueno, prudente Minaya cruza repetidas veces, a lo largo del poema, las tierras orientales de la Península, para llevar y traer fielmente los mensajes de su señor y del rey.

Martín Antolínez es también un valiente caballero: él es quien hiere al caudillo moro Galve en la batalla de Alcocer, él quien reta, por el Cid, a Diego González en las Cortes de Toledo, y quien le vence en Carrión; a él, en prenda de su estima, da el Cid la Colada. Pero Martín Antolínez es, por otra parte, un hombre industrial e ingenioso. El provee en Burgos de todo lo necesario al Cid, a pesar de la prohibición del rey. El es quien va a gestionar el asunto de las arcas de arena. En sus ojos brilla la malicia y en su boca rebullen las chanzas. Llega a casa de los judíos y les saluda con los mayores encarecimientos:

¿O sodes Raquel e Vidas, los mios amigos caros?

Y les empieza a proponer con el mayor sigilo y los mayores espavientos el lucrativo negocio, exigiéndoles juramento de secreto:

*Raquel e Vidas, amos me dat las manos
que non me descubrades a moros nin a cristianos,
por siempre vos faré ricos, que non seades menguados.*

Y luego, consumada la operación, aún tiene la donosa desfachatez de pedir comisión, de pedir "para calzas" a los desplumados hebreos:

*Ya don Raquel e Vidas, en vuestras manos son las arcas.
¡Yo, que esto vos gané, bien mereçia calças!*

Y saca para él treinta marcos. En la literatura española, donde lo caballeresco y lo picaresco están limpiamente deslindados,

este astuto Martín Antolínez, este caballero-pícaro es una creación de una complejidad artística tal que asombra en los albores mismos de nuestras letras.

He aquí que llega ahora otro ser rico en contrastes, pero superior aun en fuerza vital a Martín Antolínez. Es el sobrino del Cid Pero Bermúdez; Pero Mudo le llama el Cid en Toledo, y la *Primera Crónica General* explica así el mote: “Pero Mudo le llamó porque era gangoso y por quanto se le trababa la lengua quando quería hablar”. Tartamudo era, pues, lo que era el muy bueno Pedro Bermúdez. Su tartamudez nacía de nerviosa impetuosidad, de concentrada energía. Quedo o callado, cuando se disparaba nada le podía impedir el obrar, nada atajarle el discurso. Así, cuando el Cid le da la enseña en la batalla de Alcorcer con prohibición de espolear hasta que no se lo mande, Per Bermudoz la recibe, y de repente, como herido por inspiración divina, en patente desobediencia, prorrumpe:

*“¡El Criador vos vala, Cid Campeador leal!
Vo meter la vuestra seña en aquella mayor az...”
Dixo el Campeador: “¡Non sea, por caridad!”
Respuso Per Vermudoz: “Non rastará por ál”.*

“Non rastará por ál”: nada me lo podrá impedir. Y espolea a su caballo y se mete por lo más apretado de las filas enemigas. Después de la victoria, el Cid no podría por menos (el *Cantar* no lo dice, pero así debió ser) de perdonar a su impetuoso sobrino. Y lo mismo, pero aquí a invitación del Cid, se dispara en las Cortes de Toledo:

*Mio Cid Roy Díaz a Per Vermudoz cata:
“¡Fabra, Pero Mudo, varón que tanto callas!”*

Y el poema comenta, describiéndonos la tartamudez del guerrero:

*Per Vermudoz comegó de fablar;
detiénesle la lengua, non puede delibrar,
mas quando empieça, sabed, nol da vagar.*

Pedro Bermúdez, impetuoso e irrefrenable, se levanta. Se levanta *indignado* contra el Cid porque allí delante de todos le ha llamado por el mote:

*Direvos, Cid, costumbres avedes tales
siempre en las cortes Pero Mudo me llamades.*

Pero ya se dirige a Fernando, al que va a retar. Ya se le suelta la lengua. Las primeras palabras son las exactas, sin amabages: "Mientes, Ferrando". Y de ahí adelante, le lanza nítidamente todos sus agravios, para terminar la primera tirada de su desafío con aquellas concentradas expresiones, las más sintéticas que se dicen en las Cortes de Toledo:

*¡E eres fermoso, mas mal varragán!
Lengua sin manos, ¿cuómo osas fablar?*

Hay entre los familiares del Cid una figura esbozada apenas, pero con rasgos de gran delicadeza. Es la de Félez Muñoz, sobrino del Cid. El es elegido por el Cid para acompañar a doña Elvira y D.^a Sol y quien las salva, malheridas y abandonadas en el robledo de Corpes. El poeta ha tenido un gran instinto al colocar como ayudador de las afrentadas muchachas no a un duro, encallecido guerrero, sino a un ser lleno de delicadezas, sensibilísimo. Félez Muñoz debía de ser muy joven, casi un niño. Hay que suponer que haría sus primeras armas cuando el *Cantar* nos

le presenta combatiendo valientemente en la batalla de Alcocer. Féllez Muñoz es un ser de fina sensibilidad. Cuando los infantes mandan a todo el séquito que siga camino, que quieren ellos quedarse solos en el robledo con sus mujeres para deportarse con ellas, Féllez Muñoz tiene también que obedecer. Pero no se iba a gusto; un presentimiento le mordía; le dolió el corazón:

*En la carrera do iba doliól el corazón,
de todos los otros aparte se salió.*

Y emboscado en un monte espeso, ve pasar a los dos infantes solos. Van hablando algo que aumenta los augurios del joven. Y cuando los infantes se han alejado, remonta el rastro gritando: "Primas, primas". Al fin las encuentra, heridas, desangradas. El dolor y la compasión se apoderan de su alma. El poema nos lo dice:

*Partiéronse las telas de dentro del corazón
llamando "Primas, primas, don Elvira e doña Sol".*

Pero no es sólo compasión. Tiene miedo: ¿qué de particular?: debe ser casi un niño. Tiene miedo a que caiga la noche, y vengan las fieras del monte y los maten allí. Tiene más: tiene miedo personal, miedo a que los infantes le descubran y le den muerte. Y quisiera aligerar, quisiera que las muchachas se esforzaran para poder salir pronto de aquel solitario monte. Pero ellas no pueden, y doña Sol le pide por Dios un poco de agua. Y el delicado Féllez Muñoz coge lo más limpio que tiene, un sombrero nuevo que estrenaba. El poema, también con gran limpieza, nos lo explica:

*Con un sombrero que tiene Féllez Muñoz
(nuevo era e fresco, que de Valéncia^l sacó)
cogió del agua en elle e a sus primas dió...*

Y luego las atiende amorosamente, las monta en su caballo, las cubre con su manto y las lleva hasta depositarlas en salvo en San Esteban de Gormaz.

Seguramente que una de las figuras más populares entre el público de las audiciones del poema debía ser la del obispo Don Jerome. Como señala Menéndez Pidal, la historia de la Edad Media presenta muchos casos de clérigo batallador; y también se encuentran en la épica de Francia, así el arzobispo Turpin, de la *Chanson de Roland*. Nuestro clérigo tenía todas las virtudes y cualidades del hombre de espíritu:

bien entendido es de letras e mucho acordado,

pero todas también las del guerrero:

de pie e de cavallo mucho era arzeziado.

Había oído las hazañas del Campeador y sentía un ardiente deseo de participar en ellas:

*Las provezas de mio Cid andávalas dentandando,
sospirando ques' viesse con moros en el campo;
que sis' fartás lidiando e firiendo con sus manos,
a los días del siglo non le llorassen cristianos.*

Con gran gozo de toda la cristiandad el Cid le nombra obispo de Valencia. Y de ahora en adelante va a ejercer un doble oficio en la ciudad recién conquistada. Cuando ha terminado de "dar soltura" (de absolver) a los guerreros que van al peligro de la batalla, deja sus hábitos sacerdotales y toma los de luchador. Siempre pide las heridas primeras, honor que el Cid le concede, y el poeta no se olvida nunca de describirnos su bravo compor-

tamiento en la lid. Ved lo que dice al Cid antes de la batalla de Búcar:

*Oy vos dix la missa de Santa Trinidad.
Por esso salí de mi tierra e vin vos buscare,
por sabor que avía de algún moro matare;
mi orden e mis manos querrialas ondrar
e a estas feridas yo quiero ir delant.*

Quiere ensayar sus armas, para que tenga reposo su corazón, y aun amenaza al Cid con abandonarle si no le concede lo que pide. Accede el Campeador:

Afé los moros a ojo, idlos ensayar.

Y agrega con cierta admirativa sorna:

Nos d'aquent veremos cómo lidia el abbat.

El abad espolonea su caballo y se mete por las filas enemigas. “¡Dios, qué bien lidiava!”, exclama, sin poderse reprimir, el poeta.

Sería necesario para completar el cuadro detenernos en otras figuras, como la del moro Abengalvón, representante, en la otra raza, de los amigos cordiales del Cid, fidelísimo corazón, que pone todo su empeño en excederse en el servicio del guerrero castellano; sería menester considerar otros esbozos de trazos interesantes, aunque menos vivos, como el de Don Sancho, el abad de Cardeña; pararnos a contemplar otros delicadísimos, como el de la niña de nueve años, temblorosa ante la figura del Cid, al principio del poema, que Manuel Machado ha fijado definitivamente en la literatura castellana; pensar un momento en el ca-

rácter pasivo que tienen las figuras femeninas del *Cantar*, Doña Jimena, doña Elvira, doña Sol (carácter pasivo que, convertido en ausencia, conservará en general, por lo que se refiere a la madre, nuestro teatro clásico); deberíamos volver los ojos entre los tipos cómicos, a otros de los que la obra nos presenta sólo, a toda velocidad, un rasgo caricaturesco, como el de Asur González, que entra orgulloso por las Cortes de Toledo con su manto de armiño, arrastrando el brial, y la cara encendida porque acaba de comer:

*Ansuor Gonçálvez entrava por el palacio,
manto armiño e un brial rastrando,
vermejo viene ca era almorzado.*

Sería necesario, en fin, considerar las intuitivas indicaciones, contenidas a menudo en solo un verso, de los estados de alma de la masa colectiva anónima: buenos vecinos de Burgos, atemorizados por la orden del rey; carácter de los aventureros de última hora, en el instante del engrandecimiento del Cid, a los que el Campeador cuidadosamente distingue de "los suyos", los fieles del primer momento; coros de moros y moras, que entonan alabanzas al benigno vencedor.

Así, y sólo así, podríamos darnos cuenta completa de la amplitud, la riqueza, la variedad y la profundidad de la caracterización en el *Poema*, en el que, como observa Menéndez Pidal, todo lo que era España entonces está representado. Pero para no perdernos en lo inasible bastará tener presentes a los fieles del Cid más ampliamente retratados. Minaya, Martín Antolínez, Pedro Bermúdez, Félez Muñoz, obispo don Jerome, magníficos retratos todos, llenos de vida individual, criaturas perfectas de arte, seres de esos logrados, intocables ya, de esos a los que el lector, si cierra los ojos los ve con su risa, su habla, su rostro, sus andares. La mayor parte de ellos tuvieron existencia real, y su

nombre aparece aquí y allá por crónicas y documentos. ¡Pero cuán pálida su existencia histórica frente a su existencia como criaturas del arte! ¡Una vez más el mito triunfa frente a la historia!

El poema del Cid es no sólo una admirable galería de retratos. Más aún, es una de las obras de la literatura castellana donde la caracterización es más rápida, más feliz, más varia, más intensa. Para comparación en intensidad habría que acudir a obras cumbres: *Quijote*, *Alcalde de Zalamea*, *Vida es sueño*. Para comparación en variedad, a obras tan afortunadas en este sentido como *La prudencia en la mujer*. Mas si pensamos en lo imperceptible, en lo desvanecido del esfuerzo artístico, en la escasez de medios acumulados para la obtención del efecto, ninguna tal vez más ejemplar que el *Poema*. Asombra cuán poca materia pictórica ha sido empleada para tal resultado; maravilla la ligereza de la mano y de la pincelada. Los personajes —repi-to— se nos manifiestan hablando; es un ligero, casi inapreciable matiz estilístico lo que delata el fondo de su corazón. ¡Qué gran artista el anónimo autor de nuestra primera obra castellana!

Magnífica serie de guerreros, de seres leales, temblorosos de emoción y de fidelidad, magnífico friso de cabezas (tal otro *Enterramiento del Conde de Orgaz*) este que el *Cantar* nos ofrece. Y todos los ojos de estas criaturas de arte están atentos a otra central y adelantada, que a todas las excede, en donde el poeta ha volcado su cariño, en la que ha vibrado como nunca al diseñar su gigantescos trazos, en la que ha puesto también la más delicada minucia en los pormenores: es la figura del santo y del héroe, aureolada por el dolor, unguida por el sentimiento religioso, santificada por el amor familiar, corazón áureo al servicio de su patria y de su rey. Es la figura del Cid, con su gran barba que nadie le mesó. Su figura gloriosa; con aquella sonrisa de después de la batalla.

Mas no vamos a hablar de él. Y hora es de poner término a

nuestro recorrido. Debería alabarme ahora, pues heroicamente (tal vez por contagio) me he vedado los temas más apetitosos: el análisis de la caracterización del Cid, la escena del Cid y de la niña, las bellísimas de San Pedro de Cardeña, el momento patético del Robledo de Corpes, la visión del paisaje de Valencia desde lo alto del Alcázar, la magnífica sesión de las Cortes. Temas son estos tratados y tocados tantas veces que apenas ofrecen ya pliegue por deshacer, rincón que escudriñar. Me he propuesto otros temas, otros aspectos. Hemos operado sobre partes más neutras, sobre puntos no tan heridos por la luz: andadura estilística del poema y variedad e intensidad estilística del mismo, éste ha sido nuestro objeto, es decir, estilo de su creación artística. Lo mismo al obrar sobre datos lingüísticos que sobre los psicológicos nos hemos encontrado con curiosos resultados: la técnica de este estilo consiste en la ligereza del trazo. ¡Quién lo diría!: la parquedad produce efectos que no consiguen técnicas acumulativas (la técnica barroca, por ejemplo). El matiz, apenas indicado, la tenue coloración, permite resultados portentosos de riqueza de contraste, de variedad. Y el poema del Cid, “enorme y delicado” (como de la misma Edad Media dijo Paul Verlaine), el *Poema del Cid*, que, en una lectura rápida, puede parecer una serie pesada de rutas y batallas, contiene maravillas de caracterización tales que pocas obras de nuestra literatura las pueden ofrecer.

Nos despedimos del Cid y sus guerreros. Allá van ahora, magníficos, en la briosa galopada de sus corceles, a perderse en el denso fondo de la profunda noche medieval. Pero —prodigio de la obra de arte— algo de nuestro corazón les acompaña. Sí, una dulce resonancia, una suave velada emoción, en nuestro atónito y acezante corazón de españoles.

Conferencia leída en la Biblioteca Nacional de Madrid, diciembre de 1940. Al tiempo de escribirla desconocía yo el artículo de Ewald Kullmann “Die dichterische und sprachliche Gestalt des Cantar de

Mio Cid" (Romanische Forschungen, XLV, 1931). Allí (págs. 19-23) está admirablemente estudiado el estilo directo en el Poema, y en especial la omisión del verbo dicendi. El autor señala, como yo, y aun con más ahinco, el sentido "dramático" de éste y otros fenómenos concomitantes (nuestra coincidencia llega hasta haber elegido como ejemplo típico los versos 100-106). Podría yo, tal vez, haber suprimido esos párrafos de mi conferencia; no lo hago por serme base de algunas consecuencias que no se hallarán en Kullmann. No creo necesario señalar aquí cuántos aspectos de mi trabajo forzosamente repiten conceptos explícitos o ligeras indicaciones alusivas, de los estudios de mi maestro Menéndez Pidal. Indicaré sólo que mi análisis de la variación psicológica de los caracteres es pormenorizada amplificación de un claro y breve pasaje del prólogo a la edición de "Clásicos Castellanos". Debo advertir, por último, que, en ineludible trance de acentuar, me he decidido a generalizar la acentuación aguda en los imperfectos en -ie (ferié, etc.), aunque muy dudoso de que tal regularidad corresponda al uso del siglo XII. Doy a continuación los números de los primeros versos de cada uno de los trozos del Poema por el orden en que los he citado: 100, 122, pág. 336; 78, pág. 337; 88, pág. 339; 456, página 342; 715, pág. 343; 726, 733, pág. 344; 1372, 1375, pág. 347; 1879, 2278, pág. 348; 2304, 2320, pág. 349; 2464, 2528, pág. 350; 2535, pág. 351; 2409, 2412, pág. 357; 960, 1023, 1049, 1052, pág. 358; 1058, 1080, página 359; 100, 123, 170, pág. 360; 497, 780, pág. 362; 103, 106, 189, página 363; 706, 3301, pág. 364; 3306, 3309, 3327, pág. 365; 2767, 2785, 2799, pág. 366; 1290, 1291, 1292, pág. 367; 2370, 2381, pág. 368; 3373, pág. 369.

REYES DE ALDEA

POR

JULIO CARO BAROJA

I

EL estudio de los orígenes de un hecho y el de las consecuencias de este hecho mismo puede llegar a alcanzar en cualquier caso proporciones desmesuradas. Pero en Etnografía, más que en ninguna otra rama del saber, los hechos están relacionados entre sí de modo tan íntimo unos con otros, que siempre hay que cortar o limitar de una manera arbitraria, por delante y por detrás, los temas que a uno le interesan.

Hay, sin embargo, ciertas personas que creen que el origen de un utensilio, de un apero de labranza, de una institución o de una idea religiosa es también uno y cierto. Este es un error completo. Es muy cómodo hacer unas cuantas suposiciones teóricas sobre el origen de las cosas partiendo de la idea elemental de que siempre lo más *sencillo* es lo más *antiguo*, y no buscar en la realidad misma si estas suposiciones son verdad o no.

En el siglo XVIII, sobre todo, ciertos espíritus racionalistas llevaron esta tendencia simplificadora a los mayores extremos.

Por ejemplo, son famosas por su sencillez y por su verosimilitud aparente algunas de las opiniones de Voltaire sobre los orígenes de las instituciones y de las ideas.

Suyo es el verso que dice:

Le premier qui fut roi fut un soldat hereux.

No se puede hacer una síntesis histórica en menos palabras, con más garantías de ser repetida y apreciada por la gente.

¿Pero esto que dijo Voltaire es verdad? En primer término, tenemos que señalar que es imposible hablar de los orígenes de cualquier cosa con este aire de seguridad que da el emplear la palabra primero. Nosotros nunca podremos saber qué fué lo primero y quién fué el primero. No podemos más que referirnos a una serie de hechos complejos que conocemos como más antiguos, suponiendo siempre que detrás puede encontrarse algo imprevisto. La idea de Voltaire es de las que sirven para que los estudiantes de Derecho y los aficionados a las ciencias políticas se luzcan, bien combatiéndola, bien defendiéndola. No es muy difícil, en efecto, recordando después textos de Aristóteles, Maquiavelo, Bodin o Chateaubriand, hacer un brillante galimatías. Pero ahora yo, que no soy muy conocedor del Derecho ni me interesan las ciencias políticas desde el punto de vista que le pueden interesar a un jurista universitario, no repetiré lo que dijeron estos autores ni otros, cuyas ideas están vulgarizadas incluso en los diccionarios enciclopédicos, sino que voy a hablar un poco de ciertas viejas formas de la realeza y de los residuos que han dejado hasta la fecha en el suelo español, que en nada parecen favorecer la tesis unilateral de Voltaire ni otras que se estiman en ciertos sectores.

Quien no haya estudiado algo de Etnografía y vea que en los pueblos y aldeas de España se da a veces el nombre de rey a determinadas personas, en determinadas fiestas o ejerciendo ciertas funciones, pensará que este título se les da por analogía, es decir, porque el cargo o función del que lo lleva recuerda algo de un príncipe soberano o monarca en cualquiera de las formas en que la monarquía puede aparecer. Sin embargo, una breve iniciación en materia etnológica es suficiente para concluir que en estos casos a que me refiero el título de rey se emplea teniendo como base una concepción de la realeza verdaderamente arcaica, mucho más arcaica que cualquiera de las que pueda tener presentes el espíritu más tradicionalista.

Cuando el aldeano habla del "rey de mozos" o del "rey de pastores" está mucho más cerca de una primitiva idea de la realeza que cuando en las cátedras los doctores nos hablan de las características de un rey absoluto o de un rey constitucional.

Para demostrar esto, antes de proseguir y de describir ciertas prácticas y costumbres españolas, tengo que referirme a las grandes investigaciones que hizo sir James George Frazer sobre los orígenes de la realeza desde el viejo punto de vista etnológico comparativo y aceptadas por Graebner, uno de los jefes de la más moderna escuela históricocultural, en varias de sus conclusiones.

Frazer encontró en muchos pueblos la idea de que la suerte de la colectividad está ligada con la de su jefe. Si el jefe es fuerte, valiente y enérgico, la colectividad también es fuerte, valiente y enérgica; pero esto no por obra de un mecanismo político como el que ahora podríamos concebir, sino por virtud de la magia. Y tanto es así, que si el rey es robusto y joven, no sólo la colectividad tiene un carácter vigoroso, sino que también se cree que las tierras son más fértiles y los animales más fecun-

dos, la potencia mágica del rey se extiende a todo lo que le rodea. Esto ya se lo dijo Ulises a Penélope cuando llegó a su propia mansión vestido de mendigo y habló con ella.

La consecuencia natural de este pensamiento es que si la colectividad sufre males, si las cosechas no son buenas, si las hembras de los animales no paren crías numerosas y sanas, si los enemigos vencen, es que el rey tiene algún achaque o alguna culpa que le impiden cumplir debidamente con su misión.

Por lo tanto, es necesario sustituir al rey cuando sus fuerzas comienzan a flaquear, al envejecer, y entonces se recurre, por lo general, al asesinato, sustituyendo al rey antiguo uno joven y sano con potencia y vitalidad: el propio asesino. La monarquía hereditaria, dentro de una familia, con un hombre respetable y anciano, que es el rey, es, por lo menos, forma distinta si no más moderna.

El primer sistema es el vigente aún en muchos pueblos, y Frazer encontró en Roma una variedad curiosa de él. Cerca del lago de Nemi existe un templo dedicado a la Diana selvática ("Diana Nemorensis"). Todo el contorno estaba bajo el mando de un sacerdote-rey, el "Rex Nemorensis", un esclavo huído, por lo general. Este rey también tenía siempre por sucesor a su propio asesino, porque se estimaba que cuando sucumbía en la lucha es que no poseía el vigor suficiente para asegurar la fecundidad y esplendor de la vida vegetal. Cuenta Suetonio en la vida de Calígula que aquel emperador loco se entretuvo en conspirar contra el pobre rey del bosque enviando esclavos para que le sucedieran asesinándole.

Yo no creo que semejante concepto de la institución real, que, según Graebner, aparece en las culturas superiores antiguas, en círculos culturales secundarios, esté relacionada en un principio con la idea monoteísta, sino que más bien se debe relacionar con la de monarquía divina y con otras que son productos de la fusión de ideas religiosas con ideas mágicas.

Probablemente, la monarquía primitiva está fundada en gran parte sobre los elementos siguientes: *Primero*, idea del nacimiento, vida y muerte de la divinidad; *segundo*, idea de la expulsión de los males y de la purificación; *tercero*, idea de la potencia mágica de determinadas personas y de la pérdida de ésta a medida que se pierden las demás potencias vitales, y *cuarto*, idea de la encarnación o representación material de los dioses, espíritus o almas.

III

Pero vamos ahora a entrar un poco más en nuestro tema.

Con la fecha del solsticio de invierno, aproximadamente, coincide una fiesta famosísima de la antigüedad romana, la de las Saturnales.

Las Saturnales se celebraban en un principio únicamente el día 17 de diciembre de una manera religiosa. Pero los regocijos cogían siete días, del 17 al 23. Aun cuando Augusto los redujo a tres, luego volvieron a ser cinco los días de barullo y diversión.

No vamos a describir aquí todas las costumbres de las Saturnales. Únicamente señalaremos dos: la de hacerse regalos mutuos y la más famosa aún de dejar en libertad a los esclavos, por lo que las Saturnales eran las “*feriae servorum*” por antonomasia, conmemoradoras de la edad feliz en que reinaba la igualdad sobre la tierra. Pero sí hemos de pararnos a tratar del misterioso rito de elegir un rey durante aquellas fiestas, cuyo mando era, por lo tanto, momentáneo y con frecuencia burlesco. De este rito nos hablan sólo los escritores de la época imperial, al parecer, y había inspirado varias suposiciones y había sido comentado de varios modos, cuando, en 1897, Franz Cumont publicó las actas de martirio de San Dasio, que narran la elección como si tuviera un desenlace sangriento.

Cuentan éstas, en efecto, que en tiempos de Diocleciano y Maximiano Hércules, a comienzos del siglo IV, los soldados acampados en Durostolum, junto al Danubio, en la Mesia inferior, quisieron elegir, como solían, el rey de las Saturnales a suertes entre los más jóvenes de ellos. Este rey, según las mismas actas, presidía la fiesta, que allí duraba treinta días, y era obedecido en todos sus caprichos, pero al final se le sacrificaba en el altar de Saturno o se suicidaba. En la ocasión aquella fué el soldado cristiano Dasio el elegido, y rehusando desempeñar el papel que le pretendían dar, fué decapitado el 20 de noviembre. Las actas causaron sensación en el mundo científico.

La interpretación del rito es difícil. Saturno es un dios de la agricultura y un dios rey a la vez. Lo más probable, según algunos investigadores, es que el rey de las Saturnales fuera una especie de encarnación del dios y que en el rito se recordara aquella fórmula descrita de elección de un rey y que se fingiera un reinado momentáneo con fines mágicos, de magia agrícola.

W. Warde Fowler ya indicó que era difícil determinar los elementos de origen puramente latino y los que eran de origen distinto que se acumularon después en esta fiesta, porque ritos semejantes, con un fin sangriento o trágico, tenían lugar en varios pueblos de la antigüedad. Por ejemplo, el de la elección de un rey en las fiestas babilónicas llamadas "Sacaia", rey al que se denominaba "Zoganes", escogido entre los presos, y que durante cinco días, alrededor del 25 de marzo, era dueño del poder, pero que luego era fustigado y ahorcado. Naturalmente, en Roma, en las fiestas civilizadas de las familias, jamás se cumplió el rito trágico y sangriento. Que lo llevaran a cabo a comienzos del siglo IV los soldados de nacionalidad distinta y cultura baja, en un territorio apartado del Imperio, se puede explicar por el recrudescimiento de las costumbres que se nota a partir del siglo III. En ello siempre hay, sin embargo, un tinte vago y misterioso.

IV

Ahora bien; lo curioso para nosotros es que en España, coincidiendo próximamente con la fecha de las Saturnales, en Navidad, días de Inocentes, Reyes, San Antón, etc., subsisten costumbres análogas a las descritas, entre las que destaca la elección de una persona con una autoridad momentánea, puesto que termina cuando concluye el día, y que lleva distintos títulos, pero con máxima frecuencia el de rey, y que en este período sea también cuando las viejas cofradías de mozos y de pastores elijan un jefe, que es el rey asimismo, cuyo mando suele durar un año y que tiene ciertas atribuciones raras y que debe cumplir determinados ritos de aire extraño.

Los autores que quieren ver con excesiva claridad el origen de las costumbres no vacilarían en establecer una relación histórica estrecha entre los ritos de que nos hablan los autores antiguos y estos ritos que encontramos en la vida rural actual. Pero nosotros sabemos que si hay parentesco efectivamente entre unos y otros no es un parentesco como el que existe entre el padre y el hijo o el abuelo y el nieto, sino más bien un parentesco como el que hay entre primos, usando un símil. Además, en las diversas escalas sociales, las elecciones de magistrados con mando burlesco momentáneo tienen sus matices. Vamos a verlo.

En las cortes de Castilla y de Navarra, durante los siglos XIV y XV, era muy corriente que el día de la Epifanía se eligiera una persona a la que se llamaba el "rey de la faba". En Navarra solía ser un niño, que elegía el rey verdadero, al que se vestía con trajes suntuosos y cuya familia era obsequiada con dinero y trigo. Estos beneficios hicieron probablemente que en otras cortes el título de "rey de la faba" fuera codiciado por personas mayores. Así vemos en la corte de Enrique II y de sus sucesores, en Castilla, a Alonso Alvarez de Villasandino, poeta adulator, cínico y grosero, especie de parásito a la antigua, pedir

que se le nombrara “rey de la faba”, y lo más triste es contemplar que es en plena vejez, sobre todo, en la época de Juan II, cuando el gusto se había refinado y las chocarrerías del poeta no hacían gracia, cuando en sus piezas poéticas, entre constantes peticiones angustiosas de limosna, se halla esta petición repetida. En el cancionero de Baena se conservan algunas rimas en las que Villasandino pide, con un aire aparentemente grotesco, que en realidad resulta trágico, bien a D. Alvaro de Luna, bien al rey D. Juan mismo, que se le conceda el título infantil.

Pero la fiesta en un principio estaba más generalizada y la elección no se hacía por capricho o designación regia, sino que se dejaba a la suerte. El día de Reyes se hacía una gran torta, pastel o rosca, en la que se metía un haba al cocerse. Cuando llegaba la fiesta, que solía ser a la noche, se hacían tantos trozos como personas había, y aquel a quien le tocaba el haba en su pedazo era el rey. A veces también se ponía no una, sino varias habas, y entonces al que le tocaba la primera se le llamaba rey, al que le tocaba otra infante, y a la muchacha a la que le tocara otra se la denominaba reina, pues generalmente no se ponían más de tres.

En esta o parecida forma queda la costumbre en determinados pueblos del País Vasco y de Aragón.

V

En las catedrales e iglesias, y entre los estudiantes, no se elegía un “rey de la faba” como en la corte; pero el día de San Nicolás, que cae el 6 de diciembre, los estudiantes, y el de Inocentes, el 28 del mismo mes, los cantores de las catedrales, tenían la costumbre de elegir uno entre ellos, al que llamaban el “obispillo”, que solía ser el más joven de todos, de la misma manera que el rey de las Saturnales, elegido por los soldados, era tam-

bién uno de los más jóvenes. Este “obispillo”, parodiando al obispo verdadero, subía al coro de la catedral con sus compañeros, que hacían de canónigos, rezaba burlescamente y cometía otras irreverencias, multaba a los capitulares, y con el importe de las multas tenían una cena él y sus camaradas. Esta licencia eclesiástica ha perdurado hasta la época contemporánea en Cataluña, donde se le llama la fiesta del “bisbetó”; en Aragón, donde se denomina “bisbete” al “obispillo”, y en otras partes de España; pero se reduce a que los niños, con uno que lleva una mitra de papel plateado a la cabeza, pidan de casa en casa, excepto en Montserrat, donde se celebra a la antigua.

VI

Si en las catedrales, iglesias, Universidades y escuelas se elegía un “obispillo” burlesco, si en las cortes se nombraba un rey con el mismo aire, es natural que en las casas de las pequeñas aldeas y municipios, entre los mozos labradores o entre la gente madura se procediera a la elección de un alcalde o de un rey con atribuciones semejantes en el mismo período, poco más o menos. Así, por ejemplo, en Burgos, en la noche de Navidad, se elige a uno, al que se llama el “mazarrón”, metátesis de “zamarrón”, al que se adorna con cintas de diferentes colores y que tiene diferentes atribuciones. En otras partes de España, en la misma Castilla, llámase “zancarrón” a un tipo semejante. Mi amigo D. Pedro Alvarez, muy conocedor de las costumbres de la provincia de Zamora, en la zona lindante con la de Salamanca, me ha comunicado el dato siguiente acerca de la fiesta de Reyes en Montamarta, que es la fiesta del lugar: “Los mozos nombran de entre ellos a uno, que “es el que manda en el pueblo”. Se disfraza de diablo y asiste a la misa mayor, situándose en el centro del crucero de la iglesia; a su diestra y siniestra le

colocan obladadas, que él pincha y levanta en alto con una purridera en el momento de la elevación de la hostia. La purridera es un apero de labranza con cinco o más dientes de hierro y mango de madera que sirve para amontonar el estiércol, cargar los carros, etc. Después de misa se ensaña con la gente que ve por la calle, golpeándola con un zurriago”.

Aquí se vislumbran varios elementos raros en la personalidad del “zancarrón”. Este es un rey momentáneo que manda en el pueblo. La ceremonia de alzar las obladadas, es decir, unos panes de ofrenda, pinchados en un instrumento de agricultura, en el momento en que el cura alza la hostia, indica que es un personaje que en otra época debía asegurar la fertilidad de los campos, y las azotainas que ejecuta son asimismo fertilizantes, como lo son otras que en diversas mascaradas que tienen lugar en muchos pueblos de España de fines de año a la Cuaresma efectúan unos hombres enmascarados con pieles y cencerros, de los que ahora no podemos ocuparnos con extensión.

En Murcia es el día de Inocentes cuando unos hombres, disfrazados con telas de distintos colores y hojas secas de maíz en la cabeza, van a la iglesia (o, por lo menos, iban hasta hace unos años) y hacen algo parecido a lo que hace el “zancarrón” de Montamarta.

En los pueblos de la costa mediterránea se elige uno, al que llaman “Alcalde Inocente”, como, por ejemplo, en Torralba (Castellón), en donde el alcalde publicaba órdenes y bandos y castigaba con multas. En otros lugares de la misma provincia, como también ocurría en la diócesis de la Seo de Urgel, se elegía un ayuntamiento burlesco entero, y en Fanzara tres vecinos se vestían de reyes y mandaban. ¿Qué podían mandar estos reyes? Dice Luciano, poniéndolo en boca del Saturno ridículo que presenta en una de sus obras, hablando de las Saturnales precisamente, que el rey elegido en aquella ocasión, por su munificencia, mediante elección por el haba, puede ordenar a los de-

más las cosas más grotescas, llamarles a grandes gritos con epítetos deshonrosos, obligarles a bailar desnudos o dar tres vueltas alrededor de una habitación llevando a cuestas a la tocadora de flauta que asiste a los festines, etc,

Esto mismo, dentro del medio rural actual, es lo que pueden mandar los reyes de nuestras aldeas, y es curioso notar que los niños han jugado en España a un juego llamado del rey, que no consiste en otra cosa sino en que uno mande caprichosamente y los demás obedezcan.

VII

Pero busquemos ahora en ambientes todavía más rústicos. Busquemos entre pastores y gentes que vivan de un modo más arcaico; y hallaremos una serie de datos que nos aproximan a aquellas concepciones y prácticas primitivas de que hemos hablado antes.

El día 17 de enero, un mes después de las Saturnales, se celebra la festividad de San Antonio Abad, San Antón, como le llamamos en España. En este día se celebran varias costumbres de un gran interés etnográfico; pero en Madrid, hasta el siglo XVIII por lo menos, existió una particularísima, consistente en que los porqueros de la villa elegían entre ellos un rey, y entre los puercos otro, celebrándose con este motivo una serie de ritos a cual más raros.

En el cerrillo de San Blas, que es el que ocupa hoy el Observatorio, había una capilla dedicada a este Santo, que también es un santo importante en la vida popular, frente a otra ermita bajo la advocación del Angel de la Guarda. En las proximidades de aquella capilla se reunían los porqueros con los puercos del concejo, a los que llenaban de cintas o campanillas y a los que colocaban a cierta distancia de la puerta de ella, y aquel

puerco que llegaba antes a la puerta, en donde había una artesa llena de pienso, era elegido "rey".

Luego de esto, entre los zagales más jóvenes se elegía a uno por suertes, se le vestía de San Antón, y montándole en un asno, lo más viejo y matalón que se encontraba, al que se adornaba de ajos, se le llevaba a la ermita de San Antonio, que estaba en el actual Retiro, triunfalmente. A la cabeza de la comitiva iban los mozos de las tierras próximas montados en borricos muy engalanados tocando cuernos; detrás de estos mozos iban unos porqueros que llevaban de dos en dos seis cerdos llenos de cascabeles y de campanillas. Tras éstos marchaban los machos de las piaras con grandes esquilones al pescuezo, sobre los que pretendían montarse otros mozos disfrazados muy ridículamente. Detrás, los verracos de la villa, con telas lujosas sobre los lomos, acompañando al rey de los cerdos vencedor en la carrera, que llevaba una corona de ajos y guindillas, y, por último, iba el joven porquero vestido de San Antón, al que acompañaba una escolta de hombres, montados también en burros, que armaban un terrible estrépito con cencerros, tambores y cuernas.

Al llegar a la ermita de San Antón, se subía a un tablado al "cerdo-rey" y al joven porquero, al que se le quitaban los vestidos que le caracterizaban como representación del Santo, y vistiéndole con una estera pintarrajeada como manto y coronándole con la corona de ajos y guindillas que hasta entonces había llevado el gorrino, se le montaba sobre éste y se proclamaba "rey de los cochinos" en medio de la algazara general.

Entonces se organizaba de nuevo la comitiva, que se dirigía a la iglesia de San Antón, y cuando ya estaba cerca, algunos de los porqueros se dirigían a la portería de los frailes para decirles que, de orden de su rey, bendijesen la cebada y paja para los ganados y el pan para ellos. Los buenos frailes bendecían paja, cebada y panes, poniendo en éstos la cruz de San Antón,

y el rey de los cochinos los repartía entre su gente en medio de grandes voces, de vivas al Santo y cencerreo general.

Luego volvían todos a las proximidades de la ermita de San Blas, donde celebraban una gran comilona, tras la cual había baile alrededor de grandes hogueras, baile que duraba, a pesar del frío de la época, hasta entrada la noche. Entonces cada cual se iba a su casa dando vivas al nuevo rey, cuyo mandato burlesco duraba todo aquel año.

Los abusos a que dió lugar esta fiesta rústica fueron causa de que en 1697 se prohibiera terminantemente; pero vemos por un bando que en 1722 todavía se seguía celebrando. Probablemente en esta última fecha fué cuando se cortó de raíz.

La elección del "rey de los cochinos" recuerda a la que efectuaban los soldados de Durastolum para sacar entre los más jóvenes de ellos al rey de las Saturnales. Ahora que el rey elegido por los soldados tenía un fin triste, mientras que el de nuestros porqueros no sufría más que algunas bromas y se le consideraba rey durante todo el año. Sin embargo, hay que notar que la elección del rey fué suspendida en parte, según lo que refieren los bandos, porque había gentes que se burlaban de un modo cruel del muchacho al que tocaba en suerte reinar. También en Aragón la persona a la que se le nombra "rey de Inocentes", más bien que ser la que manda, es aquella sobre la que caen todas las bromas de la concurrencia.

VIII

La costumbre madrileña nos obliga a tratar de otras de aire más serio, que no se toman en broma casi nunca, tales como la elección de un "rey de mozos", un "rey de pastores", etc., que se hacía por un año y en la misma época. En la región leonesa, donde en cada pueblo hay, o había, como en otras muchas de Es-

pañía, una sociedad de mozos perfectamente organizada, con caracteres muy arcaicos, al mozo que por sus condiciones especiales elegían como jefe le llamaban “rey”, como, por ejemplo, en Sahagún; en Oreja de Sajambre, Riaño y Rodiezmo le llaman “alcalde de moros”, y en Mansilla de las Mulas, “mozo mayor”.

Estas sociedades, que en determinados días de fiesta celebran comilonas, que se encargan de que ningún forastero haga el amor a las chicas del lugar antes de pagar prenda, que son las encargadas de cortar el árbol de Mayo y de cumplir otros ritos y que se benefician por extraños privilegios, como el de poder coger la leche de las ventanas, efectúan la elección del “rey” el día de Reyes, a primeros de año o en fecha próxima.

Cosa parecida ocurre en la provincia de Segovia, donde no hay rey, pero sí un “alcalde de mozos”, que viene a ser lo mismo, y donde se llama “el reinado” al período en que se elige a éste en la misma época del solsticio. Y es curioso notar que en las obras clásicas de nuestra literatura, que es una de las más ricas, desde el punto de vista etnográfico, y que, sin embargo, no está estudiada convenientemente, hay escenas tomadas de la vida de los pueblos en las que se describe de un modo exactísimo la elección del “rey de mozos”.

Por ejemplo, en la comedia de Tirso de Molina *La elección por la virtud*, el acto primero entero no es más que la representación de esto. Un personaje, Chamoso, dice, refiriéndose a los mozos pastores:

*Todos pican alto
quitando y poniendo leyes.
Como es la Pascua de Reyes,
cada cual, de seso falto,
quiere esta Navidad ser
Rey.*

Y el anciano Pereto replica:

*Ya sé la costumbre
que aquí se suele tener
cada año.*

En el acto primero mismo, y en la escena XIII, salen pastores con música y cantando una canción, que probablemente Tirso tomó del pueblo, cuyo estribillo dice:

*Viva Félix felice,
de los Mozos Rey,
que la Pascua de Reyes
ya de flores es.*

Estos pastores o serranos coronaban realmente al mozo elegido, y no lo elegían entre los más jóvenes para burlarse de él, sino para obedecerle, aunque fuera sólo en sus juegos, y, por lo tanto, escogían al que más prestigio tenía por su fuerza, valor e inteligencia.

En la obra de Lope de Vega *Lo que está determinado*, aunque pasa en Alemania y Hungría, hay datos semejantes sobre el carácter de la elección del “rey de pastores” entre los más hábiles y valientes del lugar.

IX

No vale la pena de copiar aquí estos datos; lo que sí hay que hacer notar es que tanto Tirso como Lope toman al “rey de pastores” o “rey de mozos” como protagonista de sus piezas dramáticas, haciéndole llegar a los más altos cargos por sus méritos. Son ellas, en realidad, apologías de la monarquía electiva, como las costumbres pastoriles son vestigios de las antiquísimas formas de elección de reyes.

No cabe duda que en un tiempo las tribus que poblaron España, tribus de pastores y de agricultores, pensaron que el que debía regir los destinos de todos debía ser elegido entre los más jóvenes y valerosos, sustituyéndosele en cuanto diera síntomas de debilidad y de flaqueza. Es muy probable que los asesinatos de jefes y régulos antiguos que nos presenta la Historia como crímenes fueran considerados como actos completamente legales y que no hubiera ningún motivo religioso que los impidiera y, por tanto, un motivo moral. Por fortuna estamos lejos de las épocas en que los ritos y las instituciones tenían un tinte sangriento.

Lo que conserva el pueblo actual es lo que ha podido conservar, y habría que ser muy tozudo y muy sistemático en las negaciones para decir que las costumbres a que nos hemos referido al principio, encontradas por investigadores en los países de la antigüedad y en pueblos actuales de mentalidad arcaica, nada tienen que ver con los pocos casos españoles reunidos después. Hay muchas personas que cuando un hecho les sorprende, en vez de buscarse la razón de su existencia de un modo mejor o peor, lo niegan o pretenden dar una explicación estúpida que no tenga base real alguna, pero no dan su brazo a torcer si se les presentan los hechos de un modo claro, aunque la claridad sea meridiana.

La sorpresa siempre va acompañada de duda; pero no podemos caer en escepticismos cuando encontramos al lado de hechos como los descritos otros precisos, que también nos llevan, al estudiar sus orígenes, a estadios muy arcaicos. ¿Qué dirán algunos hipercríticos si se les afirma que hasta el siglo XVIII en España ha habido grupos de familias de aldea que se gobernaban, no en forma de concejo, ni de ayuntamiento, ni con un alcalde a la cabeza, sino con un jefe, al que se llamaba rey y que se elegía siempre entre los varones mayores de una misma? Se reirán. Y esto ha ocurrido, sin embargo.

En el pueblo de Patones, que es provincia de Guadalajara, que actualmente depende de Uceda y que no consta más que de una serie de chozas de carboneros, la familia de los Prietos tenía la prerrogativa de ser la que administraba justicia y gobernaba hereditariamente, eligiéndose para tal efecto al varón mayor de ella, al que se llamaba rey. Este rey, que era secundado por un "almirante", que siempre había de ser de la familia de los Baras, tenía extraños privilegios, y, según dicen, aun en la época de Fernando VI, el monarca de España y su Consejo, cuando daban órdenes, decretos reales, etc., a los capitanes generales, gobernadores y otros altos cargos, los enviaban también por separado al "rey de los Patones".

El cardenal de Toledo D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, según la biografía que de él publicó, en 1680, fray Antonio de Jesús María, gustaba de visitar a aquella buena gente, pues "dióle singular consuelo haber en su arzobispado aquella pequeña religión de la antigua simplicidad".

Cuando D. Antonio Ponz hizo su viaje por España se encontró con que el último "rey de Patones", que solía ir a vender algunas carguillas de leña a Torrelaguna, renunciando a su título, hizo que aquello que hasta entonces había sido monarquía hereditaria se convirtiese en mísera barriada del corregimiento de la villa de Uceda.

Don Sebastián de Miñano pudo conocer a un viejo de noventa años que fué súbdito del último rey, llamado Juan Prieto, y Richard Ford recogió una tradición según la cual el último "rey de Patones" renunció a su cargo por venir a Madrid a ser humilde jornalero o a poner una tiendecilla, probablemente.

X

¿Cómo se conservó y cuál fué el origen de este pequeño jefe? Son dos problemas no resueltos. Pero si hemos de admitir en

otros casos que la mentalidad de la Edad de Piedra no ha desaparecido todavía en Europa, no será mucho afirmar que también existen, o han existido hasta no hace mucho, en las aldeas mentalidades del neolítico, de la Edad del Hierro o de la época en que los romanos luchaban con los cartagineses en España.

El lugar común hasta ahora ha sido el querer encontrar los orígenes de las costumbres actuales en la Edad Media, o en el "tiempo de los moros", como dice el pueblo, y cuando no le satisfacen a uno estas explicaciones de juegos florales, recurrir a las explicaciones simples del tipo de las de los racionalistas dieciochescos. Pero cuando se analizan un poco los hechos y se encuentran una serie de elementos coincidentes en costumbres muy separadas entre sí en el espacio y en el tiempo, no queda más recurso que retrotraer a períodos muy arcaicos su origen.

Pero, aun así, el problema queda sin resolver, porque siempre nos estrellaremos ante las dos grandes posibilidades etnológicas: la de difusión y la de convergencia. ¿Son los hechos iguales porque tienen un mismo origen, porque se han producido en un lugar determinado, en un momento determinado, o, por lo contrario, se han producido en distintos puntos y en diversas épocas? He aquí la diferencia fundamental que hay entre unas escuelas y otras.

Ahora bien; en lo que se refiere a los datos europeos, tenemos derecho a pensar que la difusión ha originado muchas más semejanzas que la convergencia.

De un lado, la arqueología, que nos marca jalones muy claros para el estudio de la marcha de las formas culturales propias de ciertos grupos étnicos, y del otro, la lingüística, que también revela exactamente la naturaleza de las migraciones, nos permiten suponer que cuando en un momento dado ha llegado a un país una forma de la cultura material o una lengua, también ha tenido que llegar con éstas un grupo grande de costumbres. Así nos encontramos con que muchos de los ritos que el

día de San Juan celebran los campesinos de Galicia son exactamente los mismos que los que celebran los checos o los rusos; que las costumbres propias de este día de los vascongados son exactamente iguales que las de los suecos y que no hay nada más semejante a ciertas mascaradas de la provincia de León que ciertas mascaradas de Inglaterra.

Por eso no podemos buscar el origen directo de las costumbres actuales en aquellas semejantes de la antigüedad clásica, sino que debemos considerar que unas y otras descienden de un tronco común. En todo caso, lo más que se podría defender (poniendo un ejemplo particular) es que así como las lenguas germánicas y las lenguas romanas tienen un parentesco antiguo, y además las mismas lenguas germánicas han cogido del latín muchos elementos por otra vía y modo, así también en las costumbres puede haber multitud de elementos coincidentes por un parentesco antiguo y otros elementos debidos a préstamos más modernos.

No cabe duda que un aldeano que vea un rito parecido al del propio lugar adornado y rodeado de más prestigio lo copiará y quedará, como consecuencia, otro que participe del antiguo carácter y del recién tomado. Muy conocido es el caso que reflejan hasta la saciedad las inscripciones latinas en honor de divinidades de un país oscuro, que por su semejanza con las divinidades propias del pueblo dominante se han fundido con ellas, colocando los adoradores el nombre latino primero y el nombre particular o local después. No hay que pensar que han sido siempre los elementos dominadores los que, por seguir una hábil política, han fomentado estas fusiones, sino que también los pueblos dominados han debido de efectuarlas, guiados por sentimientos puramente religiosos.

Si nosotros nos encontramos que en Roma hay varias formas para elegir el rey de las Saturnales, que este rey en ocasiones no es más que un personaje festivo y burlesco y que en otras

aparece con el aire de una víctima; si en España nos encontramos con reyes burlescos muy parecidos a los de las Saturnales, y en otros países de la antigüedad con reyes víctimas, podremos llegar a la conclusión de que, conforme el tiempo ha ido pasando y los pueblos se han ido conociendo, ha habido una serie de copias de costumbres en un orden que nos es imposible determinar de modo exacto, aunque esto importa poco para la realidad de la consecuencia.

Uno de los criterios o reglas que da el método histórico cultural es el llamado criterio de lo orgánico, según el cual debe considerarse como propio de una cultura todo elemento cultural que se halle mejor articulado en ella y, por lo tanto, más explicable.

Si nosotros aplicamos este criterio, no podremos encontrar una explicación satisfactoria, una explicación seria y profunda de la existencia de estos reyes de aldea ni en la edad contemporánea, ni en la moderna, ni en la edad media, en el sentido que dan los historiadores a estas divisiones, y tendremos que remontarnos a los períodos más oscuros de la edad antigua para encontrar la explicación de su existencia.

Habremos de remontarnos a aquellas fechas en que los investigadores hallaron orgánicamente explicada su existencia o dirigir nuestra mirada a las culturas en que igualmente está explicada. El problema de si lo orgánico proviene de una serie de conjunciones, en el sentido que Hume daba a esta palabra, o no, hay que considerarlo aparte, y no es este el lugar en el que se debe discutir.

NOTA. — Las anteriores páginas están entresacadas, extractadas, de una investigación que tengo ya muy avanzada, acerca de viejos cultos y viejos ritos precristianos a la luz de la etnografía de España. Por eso he juzgado inoportuno cargarlas de un aparato crítico que cuando se publique tal investigación habré de repetir.

EL MARQUES DE VALPARAISO Y SU PLAN DE DEFENSA Y ATAQUE DEL IMPERIO

POR

ALFREDO SÁNCHEZ BELLA

EN la inexplorada cantera de nuestro desconocido siglo XVII, por bajo de la extraordinaria personalidad del Conde-Duque de Olivares, aparecen una serie de figuras de primera fila cuyo detenido y amoroso estudio nos daría la clave para conocer el pensamiento de aquellos hombres de una España que todavía en muchos sectores se tiene por decadente, juzgando sólo los resultados de sus esfuerzos y desconociendo su auténtica raigambre, digna compañera del mejor momento del Imperio.

Uno de los personajes más salientes es este Marqués de Valparaíso, de familia vascongada, oriundo de Chile, soldado de nuestras empresas descubridoras y de nuestras batallas europeas, en los campos de Flandes, conquistador de La Mamora, gobernador de Orán y Mazalquivir, treinta y cinco veces herido y otras varias prisionero, guerrero de profesión desde los trece años, en que de simple soldado supo llegar, por el esfuerzo pro-

longado durante decenas de años, a las cumbres soñadas del generalato.

En 1633, en un momento en que la Monarquía española gozaba en Europa de un prestigio todavía no empañado, le vemos en Pamplona ejerciendo el cargo de virrey de Guipúzcoa y Navarra. Eran los días de mayor tensión con la vecina Monarquía, el instante en que todavía ambos poderes se contrabalancaban, con ligera ventaja para España, y el momento apetecido por Richelieu para dar el golpe decisivo y echar las bases de la moderna nación francesa. La guerra, ya entonces, se veía como imposible de evitar y ambos enemigos se aprestaban febrilmente a la pelea.

El Marqués, desde su llegada, comenzó a inspeccionar el territorio y fortificar a toda prisa los castillos; las impresiones de lo que ve y piensa se ven reflejadas en las cartas que de un modo regular va remitiendo al Conde-Duque. Según confesión del virrey, los naturales de aquellas tierras “tienen muy buena disposición hacia la Corona; son muchos, diestros y bien armados”, y espera que, de tener que recurrir a ellos para castigar a los vecinos, podría decidirse a cualquier cosa, por muy aventurada que fuera. En el archivo del señor Marqués de Villafuente se ha descubierto recientemente una extensa y curiosa relación epistolar entre estos dos personajes, y de ella vamos a servirnos en toda la narración subsiguiente.

Mientras el Marqués de Leganés obtenía una gran victoria en Alemania, cuando ya el Cardenal-Infante, marchando a toda prisa por los pasos de Brissac y la Valtelina, se había cubierto de gloria en los campos de Nordlingen, el de Valparaíso —que tenía a sus tropas bullendo de impaciencia por su inactividad, por lo que reiteradamente había pedido se le sacara pronto de aquella situación, autorizándole a combatir a un enemigo que él creía había empezado ya a desmoronarse—, el 28 de julio de 1634 recibía carta del Rey ordenándole que “para distraer

al Rey de Francia de lo que estaba maquinando era conveniente que las armas de España se apoderasen de algunos puntos importantes del país enemigo”, y encargaba al virrey se informase con el mayor secreto de lo que podría intentarse y dijera los medios que precisaba para conseguirlo.

A comienzos de 1635 el Conde-Duque escribe nuevamente al virrey para que vaya preparando un ataque por mar y tierra contra Francia a lo largo de la frontera, con objeto de distraer fuerzas y privarles del comercio, rogando envíe cuanto antes a reconocer el terreno a personas prácticas y le informe con rapidez de cualquier resolución que adopte.

No anduvo ocioso el Marqués, pues el 15 de febrero remitía al Conde-Duque el discurso solicitado, en donde expone su opinión sobre el ataque contra Francia. El curioso documento, del que existe una copia en el citado archivo particular, lo juzgamos tan interesante que no hemos resistido al deseo de darlo a conocer, extractado, a los lectores de ESCORIAL.

Más que la preparación de una simple ofensiva a lo largo del Pirineo, el discurso rebasa los límites de lo que se pidiera, y viene a ser un plan general de defensa y ataque, desde todos los puntos del Imperio, contra Francia. Meticulosamente va anotando las precauciones que hay que adoptar en cada una de las provincias, haciendo ver que el principal designio del enemigo sería desde el primer momento atacar los puntos más sensibles, tratando de distraer fuerzas; pero que no deben inquietar demasiado los golpes de mano que pudieran realizarse contra las posiciones de Flandes, Milán, Saboya y Borgoña, porque, indudablemente, el empuje más fuerte trataría de darse contra la cabeza del Imperio, contra los territorios de España, que eran los que había que disponer mejor para la defensa, si es que de verdad quería hacerse una seria ofensiva sobre Francia. De lo que él llamaba “miembros externos de la Monarquía”, los Estados de Flandes y Borgoña, aunque se encontraban más vecinos

al riesgo, los creía prevenidos, tanto por la abundancia y entrenamiento de las tropas como por la vecindad con el Emperador de Alemania y la Liga Católica, y todas las fuerzas reunidas no sólo podrían rechazar al enemigo, sino incluso tratar de recuperar Lorena. En cuanto a Milán, había que procurar asegurarse la lealtad del Duque de Saboya, y, hecho esto, poco habría que temer, manteniéndose la guarnición ordinaria de los Tercios de Infantería y Caballería, y en cuanto a Nápoles y Sicilia, tan remotos de Francia, apenas si ofrecían cuidado, y más bien había que intentar sacar gente de allí para acudir a otros puntos de mayor peligro que pudieran ser atacados por la escuadra turca.

Era España, “corazón que da vida a los demás miembros de la Monarquía”, el sitio que más había que vigilar y preparar, ya que los franceses seguramente tratarían de atacar sus puertos y sus islas e impedir la llegada de los galeones de Indias. No ve manera de evitar todos los riesgos, pero cree debe prevenirse lo de mayor bulto, para lo cual hay que tener todo dispuesto en el orden político y militar. En cuanto al último problema, de estallar la guerra sería muy conveniente separar la Capitanía General de la provincia de Guipúzcoa de los cargos de virrey y capitán general, porque no pueden gobernarse bien las dos cosas, y los guipuzcoanos siempre habían querido en la guerra estar bajo las órdenes del coronel por ellos nombrado. Por ello propone que para capitán general de aquellas tierras, en caso de guerra, se nombre al condestable de Castilla, hombre nacido allí y que gozaba de general estima, al cual convendría añadirle el gobierno político, como estaba establecido en Orán, Cádiz y plazas de Berbería. Para la administración de justicia serían nombrados, bajo sus inmediatas órdenes, los ministros que fuesen necesarios, con lo cual, y con la asistencia que le prestasen dos personas de experiencia militar y D. Gaspar de Carvajal,

gobernador de Fuenterrabía, quedaría todo perfectamente dispuesto.

En cuanto a la fortificación de las costas de Vizcaya, había que cuidar mucho la fortificación de la barra de Portugalete, y en las Cuatro Villas, los puertos de Santander y Laredo, por si el enemigo tratara de inquietar y turbar al ejército atacando por la retaguardia y sembrar la inquietud en Castilla la Vieja. Para tener bien seguros todos estos territorios cree debe nombrarse jefe de ellos a caballeros de capa y espada, personas de autoridad y gobierno, los cuales deberán poner los castillos en estado de defensa, y reunirán las tropas, a las que instruirán y procurarán armas y municiones. En Asturias y Galicia había que hacer cosa parecida, cuidando especialmente de los puertos de La Coruña y El Ferrol, en los cuales hay que tener particular cuidado, por lo que deben estar los castillos reparados, abastecidos de municiones y víveres, con la artillería en orden y la dotación de hombres completa. En cuanto a Portugal y el Algarbe, era menester fortificar el castillo de Oporto, poner en orden el de Viana y mejorar en cuanto fuera posible los de Setubal, Otton, Cascaes, San Antonio, Cabeza Seca, Caparica y Belén, en la ría de Lisboa. En esta ciudad había que fortificar el castillo de Sagres, en el que debían instalarse algunas culebrinas para expulsar los navíos corsarios enemigos que solían refugiarse en aquel puerto para esperar a los galeones de Indias y atacarlos en el momento que doblaban el cabo San Vicente. Para evitar esto debía existir en Lisboa un centro de reclutamiento y reserva que atendiese toda la costa atlántica y trataba de fortificar los desvencijados castillos que en la costa había, alojando en ellos la mayor cantidad de infantería que pudiera acudir en socorro de la Armada, si lo hubiere menester, o donde mejor conviniera a las necesidades de la guerra. Andalucía era el punto de más cuidado, sobre todo Cádiz y Gibraltar, por su estratégica situación y por los intentos codiciosos de franceses

y holandeses, ya que, teniendo uno de estos puertos, podrían darse la mano con los corsarios de Argel e intentar una maniobra peligrosa en las tierras del sur. Para evitarlo era preciso poner en estado de defensa los puertos del Puntal y Matagorda y procurar ir acabando la fortificación de Cádiz, a la vez que se mejoraba en lo posible la de Gibraltar, cuya plaza convenía encargar a persona de autoridad, y artillarla de la mejor manera posible, “pues todo lo que se consumiere en asegurar la defensa de ambos puertos se ahorra de cuidados y excusa de gastos respecto del que causaría su recuperación si se perdiera cualquiera de ellos”.

De la costa sur mediterránea, el punto que él creía más importante era Cartagena—a la que debía suministrarse hombres—, Granada y Murcia. Por lo que toca a Valencia y Cataluña, convenía cuidar de los puertos de Alicante, Denia, Vinaroz, Valencia, Los Alfaques, Tarragona, Barcelona, Rosas y “los demás que hay en ambos reinos, procediendo en esto con tal arte, por que no se descuiden, que entren en presunción de que hay mucho por qué recelar”. La misma prevención, y aun si cabe mayor, debía hacerse en las islas Canarias, Terceras y Madera, que corrían el peligro de ser tomadas por el enemigo, y en caso de perder una no podría recibir socorro de las otras por falta de bajeles y por ser el enemigo dueño del mar. De todas ellas, la que corría mayor peligro era la Gran Canaria, por la abundancia y calidad de los frutos que produce y su estratégica situación para impedir la navegación a las flotas de Indias y cortar el comercio con ellas.

La defensa de las islas de Mallorca, Menorca, Cerdeña e Ibiza, así como también las plazas de Orán, Melilla, Peñón, Larrache y La Mamora, y las de antiguo pertenecientes a la Corona portuguesa: Ceuta, Tánger y Mazagán, debían precaverse igualmente, en especial La Mamora, por la capacidad de su puerto y porque, de cogerla los franceses u holandeses, no cesarían los

ataques contra la barra de Lisboa, la costa del Algarbe y Andalucía y serían dueños del Estrecho, con lo que el comercio y contratación de las Indias habría de pasar a Galicia.

Las fronteras de Navarra, Aragón y Cataluña, o sea la línea del Pirineo, tenía fácil defensa por la aspereza de la montaña, aunque en una línea tan larga era muy fácil la infiltración, tanto de un lado como de otro. Para evitarlo tenía armados 15.000 hombres y, siguiendo su ejemplo, podría armarse igual cantidad de gente en Aragón, frontera de Cataluña y condados de Rosellón y Cerdeña, con lo cual, y tener los castillos de Perpiñán y Jaca bien abastecidos, no habría ningún peligro de invasión por parte del ejército enemigo. Todo lo que antecede, según dice el Marqués, no sirve más que para contener al enemigo; pero nunca se logra la victoria si no se ataca, pasando a la ofensiva, para conseguir con ella que el enemigo se avenga a razones y desee una buena paz, que es el fin de toda guerra.

El sitio más vulnerable del enemigo residía, entonces como ahora, en el N. de su territorio, y para batirle rápida y decisivamente habría de iniciarse el ataque por los Estados de Flandes, entrando en Picardía e impidiendo así las maniobras de los holandeses y la derrota que, por un descuido en aquellos sitios, pudiera sobrevenir. También por Borgoña podían hacerse algunos progresos que tuvieran por fin alejar el peligro de Alemania y conquistar la Lorena, para lo cual podría prestar ayuda el Emperador de Alemania y la Liga Católica, pues la empresa debía emprenderse "a costa de todos los interesados, pues S. M. no ha de tomar sobre sí los que debe repartirse entre ellos".

De poder ganar al Duque de Saboya, éste podría también atacar el Delfinado y la Provenza con el grueso de su Infantería y alguna Caballería que pudiera levantar, a más de los dos Tercios de españoles que forman la dotación ordinaria de aquel Estado, el cual no debe quedar sin numerosa guarnición, ya que, de lo contrario, sería aprovechada la ocasión por Mantua,

los Grisones y los Cantones Berneses para confederarse con Francia. En cuanto a España, dos son las partes por donde puede intentarse la ofensiva: Cataluña y Guipúzcoa; de las dos, es Perpiñán la más a propósito para el ataque, pues, conquistada Narbona, que no era plaza muy fuerte, quedaban otras en Languedoc que podrían tomarse, y Felipe II ya metió por allí un nervio de ejército sin intentar nada en Aragón. Esta maniobra podría facilitarse minando la moral del enemigo y manejando hábilmente el odio que los deudos del Duque de Montmorency sentían hacia Richelieu por el castigo infligido a la familia, así como también era posible que en Provenza pudiera utilizarse a los partidarios del Duque de Guisa, que tan grandes enemigos eran de su Rey. La tropa podría ser abastecida por las galeras de Italia, y, de decidirse a atacar por ese lado, había que preparar un ejército tal, que en el primer ataque causará el terror a los enemigos, ya que no puede exponerse el prestigio de un gran monarca sin que de antemano se tenga la garantía del éxito "para que no se aventure su reputación".

Por el lado donde el Marqués gobernaba en funciones de Virrey, apenas si podía hacerse nada, a no ser por Bayona, desde donde intentaría romper la cadena que por el puente y torre de Santo Espíritu atraviesa el río Nive, y una vez rota ésta, podrían navegar río arriba los navíos que condujeran las tropas; pero para ello era menester un buen número de barcos con muy buena Infantería y con las máquinas necesarias para romper la cadena, todo lo cual podría prepararse con el mayor cuidado en La Coruña, mientras desde la Corte se enviaban piezas de campaña, municiones, pólvora, cuerda, plomo y dinero con que hacer la provisión de trigo y para dar pan de munición y bizcocho, ya que la riqueza de Guipúzcoa y Navarra no les permitiría sustentar el ejército muchos días a su costa. El éxito de la empresa residía en que recayera el mando en una sola persona, que mandara a todos y que todos reconocieran por jefe. Y

esta persona no podía ser otra que el Condestable, a quien todos veneraban y respetaban. Por la frontera de Aragón no podía intentarse más que hacer alguna correría, que mantuviese el odio con el enemigo y le distrajese gente de Gascuña, "país de donde saca su mejor Infantería". En lo referente a pertrechos de mar, en Flandes era preciso aumentar la Armada de Mardique con 50 bajeles más, para lo cual había que hacer todo lo necesario, aunque ello significase restar provisiones al Ejército, ya que teniendo esta gran flota se causaría temor al enemigo y se protegerían Dunquerque y Gravelinas, a la vez que se protegía el comercio con todo el Imperio, las costas de España y sus islas, al mismo tiempo que había que tratar de atacar en el Canal a la Marina de Francia, mientras 15 de aquellos navíos iban a La Coruña para vigilar desde aquella base Finisterre, alargando su viaje hasta el Canal de Inglaterra para coger presas al enemigo y hacerle el mayor daño posible. La escuadra de Santiago, cuyo apresto corría de su cuenta, y la de Cuatro Villas podían dedicarse a atacar pesquerías de la costa de Irlanda, "con que se les daría terrible golpe a los rebeldes, por ser el pescado su principal alimento". La flota del mar Océano debía también aumentarse, teniendo por bases Lisboa, Cádiz y Gibraltar, y ya que tanto dinero se gastaba en ella, debía estar siempre en el mar, repartida en escuadras, que, navegando a lo largo de la costa, desde el cabo de Finisterre al Estrecho, protegieran y ampararan el comercio, a la vez que impedían el paso de buques enemigos a Italia y se adentraban en el mar para salir en busca de los navíos que viniesen de Indias y los protegieran hasta llegar a la costa española.

Las escuadras de Italia, salvo un pequeño número de navíos que podían quedar en Nápoles, Génova y Sicilia, debían venir en su mayor parte a España y repartirse entre Cartagena, Barcelona y Rosas, para acudir "donde la ocasión lo mandare", debiendo vigilar a la Marina de Francia y ayudar a los que hubie-

ran de entrar por Narbona y, de ser posible, al Duque de Saboya para que pudiese entrar en Niza, mientras los que quedaban en Génova trataban de inquietar los puertos de Antibes, Tolón y Marsella, a la vez que protegían las tierras de Italia de lo que pudieran intentar las galeras de Francia.

Para que este plan tuviera probabilidades de éxito era preciso reunir los navíos, marineros, municiones de pólvora, cuerda, plomo, jarcias, velamen y demás cosas que precisaban para el apresto de las Armadas, cuidando que la provisión de todo esto se hiciese con todo el desvelo en Dasing y Putz (por medio del Rey de Polonia), en Hamburgo, Lubeck y demás villas marítimas del Imperio (por el Emperador, los ministros y personas de autoridad y confianza), y en Inglaterra, por medio del Embajador que fuere o de un enviado especial de toda confianza, que debería comprar los navíos que se necesitasen y reunir la tropa para transportarlos a España, como si se tratara de mercaderes, empleando alguna argucia (que bien pudiera ser el embargo) para que se ocultara la compra. En Nápoles, Sicilia, ribera de Génova y Cerdeña, así como en Inglaterra, Escocia e Irlanda, había que procurar se hiciera leva de marineros, a los que habría que pagar puntualmente y entregar el tanto por ciento de las presas que hicieran, con lo cual estarían contentos y servirían fielmente al Rey. De jarcias y demás pertrechos de mar, así como pólvora, cuerda y plomo, era preciso hacer un gran depósito, ya que habría de ser mucha la cantidad que se consumiera, y habría que traerlos con presteza, ya que la cuerda y la pólvora no existían en España, pudiendo venir de Lieja, Alemania y el Norte, a la vez que se procuraba renovar las fábricas de salitre que solía haber en Lérida y se alentaba a los salitreros de Aragón, Tembleque, Priorato de San Juan, Cartagena y reino de Murcia, a los que se les debía dar caudal para que buscasen las personas hábiles y lograran que estos minerales, entonces improductivos, fueran utilizados para crear una

industria nacional de gran beneficio para la Corona, que así siempre podría tener grandes depósitos de pólvora sin depender del extranjero. Igualmente podría hacerse en Portugal y en Andalucía para labrar cuerda, pues “en estos sitios, aunque cara, se hace muy bien, y habría que tratar de extender y favorecer su fabricación”.

No pudiendo ser toda la artillería de bronce, podría sustituirse por piezas de hierro, que se fundían en Yerguenes, y, en cuanto a las armas, había que cuidar de repartirlas abundantemente por toda la costa y tener depósitos, por lo que pudiera ocurrir, en Plasencia, San Sebastián, Cuatro Villas, La Coruña, Lisboa, Cádiz, Málaga, Cartagena, Barcelona y Zaragoza, estando obligados a preparar todo esto y a prevenirlo todo.

No cree el Marqués que deba intentarse en este tiempo la recuperación de Pernambuco, ya que, de ir allí las escuadras de Indias, dejarían la costa desamparada. Su parecer es que únicamente se envíen los socorros necesarios, ya que los holandeses era difícil se sostuviesen allí y necesariamente habrían de abandonarla. En caso de que esto no ocurriera, más adelante podría intentarse un último esfuerzo.

No sabe Valparaíso el estado de las relaciones con Inglaterra, pero en caso de que pudiera hacerse una alianza con aquel Rey, sería altamente beneficiosa para los intereses de la Monarquía, ya que, al tener un enemigo tan próximo y tan poderoso, Francia no se atrevería a salir de los límites de su defensa, y menos a tratar de hacer presas en la mar, a la vez que perdería el “puente por donde sus vasallos podrían introducir mercaderías y frutos de acá”. Pero como la posición de aquel Rey era tan beneficiosa, dudaba mucho rompiese con Francia, y no haciéndolo, convendría asegurarse, por lo menos, para que los navíos de España que llegaran a sus puertos fueran bien tratados y acogidos, con lo que podrían más fácilmente salvar el Canal y da-

ñar a los franceses, y en caso de temporal u otro accidente tendrían bases seguras donde cobijarse.

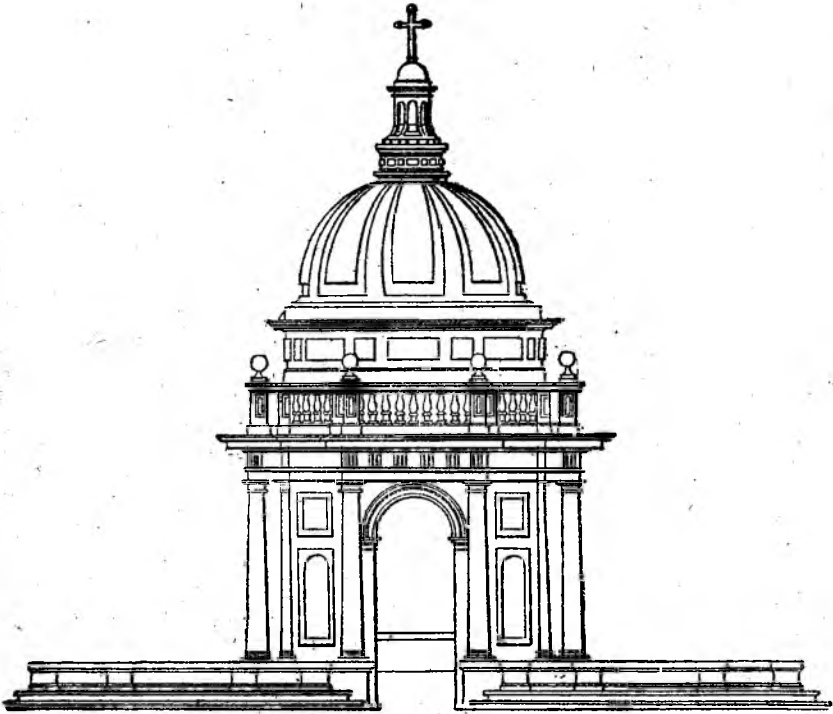
Mucho dinero y muchos medios pedía la preparación de esta empresa; pero no habiendo más remedio que decidirse a ella, convenía hacer el mayor esfuerzo al principio, pues "cuanto con mayor fuerza ataquemos, más pronto se rendirá Francia, y lo que hay que gastar es preferible emplearlo en poco tiempo, ya que, de alargarse la guerra, ninguno de los bandos podrá recoger un fruto muy beneficioso".

El estudio de la preparación de la guerra contra Francia y de los medios y procedimientos ofensivos que habrían de emplearse para conseguir el triunfo nos revela un perfecto conocimiento del mundo de entonces y de las posibilidades del Imperio. Es la obra de un general lleno de experiencia, plenamente capacitado de la responsabilidad de su cargo y de la misión que su Soberano debía desempeñar en todas las cuestiones que afectasen al prestigio de su Corona y a la defensa de la Cristiandad. En algunos de sus apartados se ve, mejor que en ningún otro lado, las profundas ideas religiosas de los hombres de entonces. Irrázaval tiene aversión a los horrores de la guerra, pero cree que es el único medio de alcanzar la paz y felicidad de las naciones; ve los peligros de unos tan dilatados dominios, estudia cuidadosamente los puntos vulnerables y trata de prever con todo cuidado no se vean fracasados sus planes por un ataque imprevisto del enemigo. La redacción es ágil, suelta, sin florilegios, cual conviene a un militar que usa siempre una prosa breve, incisiva y rotunda.

El discurso fué recibido en la Corte y estudiado con mucho interés, y el Conde-Duque, el 15 de marzo de aquel año, le decía estaba muy contento de él al ver la prudencia y acierto con que discurría y las prudentes medidas que aconsejaba.

Júzguense objetivamente estos planes, calíbrese las múltiples dificultades que habían de superar aquellos hombres, em-

peñados en mantener los dispersos miembros de una gigantesca Monarquía, empobrecida por el sobrehumano esfuerzo que en un supremo gesto idealista cargó sobre sus espaldas, atacada por enemigos tenaces, fuertes y poderosos...; sólo entonces podrá medirse en toda su amplitud el insuperable heroísmo de aquella España tenida por decadente y se rendirá el justo homenaje debido a su grandeza.



Poesia

Federico Hoelderlin: *El Archipiélago*.—
Pablo Antonio Cuadra: *Carta de relación
de un conquistador del siglo XX a la má-
jestad primera del Imperio, Doña Isabel la
Católica: reina perenne en el recuerdo*.—
Ricardo Gullón: *Tierra del olvido*.

EL ARCHIPIELAGO

POEMA

DE

FEDERICO HOELDERLIN

¿VUELVEN las grullas hacia ti?; ¿y dirigen de nuevo
hacia tus orillas su rumbo las naves?; ¿acarician
brisas propicias tus olas tranquilas?; ¿y solea el delfín
sus lomos a la nueva luz, atraído desde lo profundo?
¿Florece Jonia?; ¿es ya tiempo?, pues siempre
en primavera,
cuando a los vivientes se les renueva el corazón y despierta
en el hombre el primer amor y el recuerdo de los tiempos
dorados,
¡vengo yo a ti, anciano, y te saludo en tu silencio!

¡Poderoso!, vives todavía y descansas a la sombra
de tus montañas, como entonces; con brazos de muchacho
cíñes
todavía a tu tierra querida, y de tus hijas, ¡oh, padre!,
de tus islas, de las florecientes, ninguna se ha perdido
todavía.

*Creta se yergue, y Salamina verdea; alboreada
de laureles,
florecida de rayos, levanta Delos a la hora del amanecer,
entusiasmada, su cabeza; Tenos y Chios
abundan en frutos purpúreos; de las embriagadas colinas
mana el vino de Chipre, y en Calauria se precipitan
arroyos de plata, como entonces, en las viejas aguas
del padre.*

*Todas ellas viven todavía, las madres de los héroes,
las islas,
floreciendo de año en año, y cuando, a veces, desatada
del abismo, la llama de la noche, la tormenta inferior,
conmovía alguna de las islas graciosas, que, moribunda,
se sumergía en tu seno,
tú, divino, tú, perdurabas, ¡ pues es tanto lo que ha nacido
y se ha hundido en tus oscuras profundidades!*

*También ellas, las celestes, las potestades de la altura,
las silenciosas,
que traen desde lejos, de la plenitud de la fuerza,
el día sereno
y el dulce sueño sobre la cabeza de los hombres
sensibles;
también ellos, los antiguos compañeros de juego,
viven, como entonces, contigo; y muchas veces
al atardecer,
cuando viene de los montes de Asia la sagrada luz
de la luna,
y las estrellas se encuentran en tus olas,
luces tú con fulgor celeste, cambiándose tus aguas
a su paso,
y la alta melodía de los hermanos,
su canto nocturno, resuena de nuevo en tu pecho amante.*

*Cuando luego aparece el que todo lo transfigura, el sol
del día,*

la criatura del Oriente, el milagroso,

comienza para los vivientes el sueño dorado,

que el sol creador cada mañana les prepara,

y a ti, dios afligido, te envía un encanto más alegre,

y su misma luz amiga no es tan hermosa

como el símbolo del amor, la guirnalda,

que, acordándose siempre de ti,

como entonces, ciñe a tus grises bucles.

¿No te envuelve el éter? Y las nubes, tus mensajeras,

¿no vuelven de él hacia ti con el regalo de los dioses,

el rayo? Luego, tú las envías sobre la tierra,

para que en el cálido litoral los bosques ebrios

de tormenta

murmuren y se agiten contigo, y, en seguida, el Meandro

con sus mil arroyos apresure su curso tortuoso,

como el hijo caminante

cuando el padre le llama, y corra hacia ti alborozado

por la llanura el Caystor, y el primogénito, el viejo,

tanto tiempo escondido, tu majestuoso Nilo,

avanzando magnífico desde las lejanas montañas,

como con ruido de armas,

llegue ya victorioso y extienda anhelante sus brazos

abiertos.

*Y, sin embargo, tú te imaginas solitario; en la noche
callada*

la roca oye tu lamento, y muchas veces, con enojo

de los mortales, huyen hacia el cielo tus olas aladas.

Pues ya no viven contigo tus muy nobles predilectos,

que te honraban y engrinardaban en otro tiempo

tus orillas

*con templos y ciudades, y siempre buscan y requieren,
siempre necesitan para su gloria los sagrados elementos,
como los héroes la corona, el corazón del hombre sensible.*

*Di, ¿dónde está Atenas? Tu ciudad preferida, ¡dios
afligido!,*

*¿ha sido reducida totalmente a cenizas en las sagradas
orillas sobre las tumbas de los grandes antiguos?*

*¿O existe todavía algún indicio suyo,
para que el navegante, al pasar, la nombre
y la recuerde?*

*¿No se levantaban allá las columnas y no resplandecían
en lo alto de la fortaleza las imágenes de los dioses?*

*¿Y no se alzaba allá la voz tormentosa del pueblo
desde el ágora?*

*¿Y no descendían presurosos los caminos
desde las puertas alegres hacia tu puerto favorecido?*

*¡Mira! En aquel lugar soltaba las amarras de su nave
el comerciante,*

*soñando en lejanías, alegre, pues también a él le soplaban
la brisa alígera,*

*y los dioses también le amaban, como al poeta,
pues conciliaba los buenos dones de la tierra y unía*

lo lejano con lo próximo.

*Parte hacia la lejana Chipre, y, más lejos, hacia Tiro;
se afana hacia la Cólquida y el antiguo Egipto,*

*por ganar púrpura, y vino, y trigo, y vellón
para su ciudad, y, a veces, más allá de las columnas*

*del audaz Hércules, hacia nuevas islas dichosas
le llevan las esperanzas y las alas de su barco.*

*Mientras tanto, distinto el ánimo, permanece en las orillas
de la ciudad*

*un joven solitario, atiende a las olas, y algo grande
presiente el grave adolescente,
cuando escucha sentado a los pies del que conmueve
la tierra;
y no en vano le educó el dios del mar.*

*Pues el enemigo del genio, el persa, que manda
en muchas tierras,
desde hace años cuenta la multitud de armas y vasallos,
burlándose de la tierra griega y de sus escasas islas,
y cosa de juego parecíanle al rey; y como un vano sueño
el pueblo ferviente, fortalecido por el espíritu
de los dioses.*

*Pronunció, con ánimo ligero, la palabra, y rauda,
como el flameante torrente
cuando, vomitado espantosamente por el Etna en hervor,
sepulta ciudades y florecientes jardines en la marea
purpúrea,
hasta que la corriente encendida se enfría en el sagrado
mar;*

*así, se precipita con el rey, desde Ecbatana, incendiando
y arrasando ciudades, su grandiosa muchedumbre.*

*Y, ¡oh dolor!, cae Atenas, la espléndida; ancianos
fugitivos vuelven*

*sus ojos lastimeros, desde la montaña, donde las bestias
oyen sus clamores,*

*hacia las viviendas y los templos humeantes;
mas las súplicas de los hijos no pueden reavivar
las sagradas cenizas;*

*en el valle reina la muerte; el humo del incendio
se pierde en el cielo,*

*y el persa, cargado de botín, prosigue su marcha
ebrio del crimen, para continuar el saqueo.*

*Pero en las orillas de Salamina, ¡oh día!, en las orillas
de Salamina,
esperando el fin están las atenienses, las vírgenes,
y las madres, meciendo en sus brazos al hijito salvado;
mas para los que escuchan resuena desde el profundo
la voz del dios del mar
prediciéndoles su salvación; y los dioses del cielo
contemplan desde lo alto
la tierra, pesando y juzgando, pues allá en las agitadas
orillas
vacila desde el amanecer, cual tormenta que camina
lentamente,
la batalla sobre las aguas espumeantes, y ya arde
el mediodía,
inadvertido por el furor, sobre las cabezas
de los combatientes.
Pero los hombres del pueblo, los nietos de los héroes,
acometen
ahora con más clara visión; los amados de los dioses
piensan
en la gloria que les ha sido deparada, y ya los hijos
de Atenas
no refrenan su genio, que desprecia la muerte.
Pues, como la fiera del desierto se levanta una vez
más de la sangre
humeante en un último esfuerzo, con noble energía,
y atemoriza al cazador, así se rehace una vez más
con el brillo
de las armas el ánimo cansado, ya casi rendido,
de los feroces
combatientes espantosamente reunidos por las voces
de los jefes.*

*Y recomienza la lucha más encarnizada; como parejas
de luchadores
se abordan los navíos; el timón es juguete de las olas;
bajo los combatientes ábrese el puente, y nave
y navegantes se hunden.*

*Mas en sueño vertiginoso, arrullado por la canción
del día,
extiende el rey su mirada; sonriendo, equivocado,
al éxito,
amenaza, implora, se regocija, y envía, como rayos,
mensajeros;
mas los envía en vano, pues ninguno retorna.
Sangrientos mensajeros, cadáveres y navíos reventados
sin cuento
le envía la vengativa, la ola estruendosa,
ante el trono, en que está sentado sobre la estremecida
orilla,
contemplando, el desdichado, la huída; y corre presuroso,
arrastrado
por la multitud fugitiva; el dios le empuja y acosa
a su escuadra
a la deriva sobre las olas, hasta que, finalmente,
burlándose, le destroza
su vana joya, y le alcanza, extenuado, en su armadura
amenazadora.*

*Y amorosamente vuelve el pueblo de los atenienses
hacia las aguas
que aguardan solitarias, y de los montes de la patria
desciende la brillante multitud, ondulando en alegre
confusión,*

*hacia el valle abandonado. ¡Ay!, lo mismo que, al retornar,
tras largos años,
el hijo que se creía perdido, ya adulto, al seno materno,
vuelve demasiado tarde la alegría a la madre envejecida,
cansada de esperar,
con el alma marchitada por la pena, y apenas
si comprende
las palabras agradecidas de su amante hijo;
así aparece, ante los que retornan allá, el suelo de la patria.
Pues en vano preguntan por sus bosques sagrados
los devotos,
y la puerta amiga ya no recibe a los vencedores,
como recibía antes al caminante, cuando alegre volvía
de las islas,
y se alzaba ante su mirada anhelosa, resplandeciendo
a lo lejos, la gloriosa fortaleza de la madre Atenea.
Mas bien conocen ellos las calles desoladas
y los tristes jardines, y en el ágora,
donde yacen derribadas las columnas del Pórtico
y las imágenes divinas,
el pueblo amante, con el alma conmovida y celebrando
la fidelidad,
se estrecha de nuevo las manos en señal de alianza.
Pronto busca también y contempla el hombre
entre los escombros,
el lugar de su propia casa; y llora su mujer abrazada
a su cuello,
recordando las amadas estancias de sus sueños;
y preguntan los niños
por la mesa, alrededor de la cual se sentaban en grupo
delicioso
bajo la mirada de los padres, los sonrientes dioses
de la casa.*

*Mas el pueblo levanta tiendas, vuelven a juntarse
los antiguos vecinos,
y, siguiendo los mandatos del corazón, se ordenan
sobre las colinas las aireadas viviendas.
Y así viven ahora, como los hombres libres, los antiguos,
que, seguros de su vigor y confiados en el día venidero,
como aves emigrantes, iban en otro tiempo cantando
de monte en monte,
príncipes del bosque y de las aguas errabundas.
Mas, sin embargo, abraza de nuevo, como entonces,
la madre tierra, la fiel, a su noble pueblo, y bajo
el cielo sagrado
descansan dulcemente, mientras suaves, como antes,
las brisas de la juventud
vuelan alrededor de los durmientes, y entre los plátanos
el Ilisos
susurra, y, anunciando nuevos días,
incitando a nuevas hazañas, resuena en la noche,
a lo lejos, la ola
del dios del mar, que envía sueños gozosos
a sus predilectos.
Ya brotan también lentamente en el campo pisoteado
las flores, las doradas, cuidadas por manos piadosas,
verdece el olivo y en las praderas de Colonos pastan
de nuevo, pacíficamente, como antes, los caballos
atenienses.*

*Mas en honor de la madre Tierra y del dios de las olas
florece ya la ciudad, creación soberana, fundada
tan sólidamente
como los astros, obra del genio, que gusta de sujetarse
con vínculos de amor, y cerrarse en grandes formas,*

que él mismo se fabrica, sin perder su eterna actividad.

¡Mira! Y al constructor sirve el bosque, y el Pentélico y los otros montes le ofrecen, al alcance de su mano, mármol y metales.

Más viviente, como él, gozosa y magnífica, surge de sus manos,

y fácil, como la del sol, prospera su obra.

Se levantan fuentes, y encauzado en limpios acueductos llega presuroso el manantial por la colina al resplandeciente estanque;

y en torno reluce, como héroes en fiesta alrededor de una copa común,

la serie de las viviendas; sobre todas se yergue la estancia de los Pritaneos; álzanse abiertos gimnasios; elévanse templos a los dioses; y, audaz idea sagrada, asciende en el éter el Olimpeón desde el bosque venturoso hasta cerca de los inmortales; y otros muchos pórticos celestes.

¡Madre Atenea, para ti también creció más orgullosa desde la tristeza

tu espléndida colina, y floreció largamente,

y para ti, ¡dios de las olas!; y tus predilectos cantan su agradecimiento muchas veces aún alegremente

reunidos en el promontorio!

¡Ay, los hijos de la dicha, los devotos! ¿Vagan acaso ahora lejos

por la tierra de los padres, olvidados de los días del destino,

al otro lado del Leteo, y ningún anhelo puede hacerles volver?

*¡Nunca los verán mis ojos! ¡Ay! ¿Nunca os encontrará
por los mil senderos
de la tierra verdeante el que os busca, ¡figuras iguales
a los dioses!,
y entendí yo, por ventura, vuestro lenguaje, vuestra
leyenda tan sólo
para que mi alma siempre triste huyera
antes de tiempo hacia vuestras sombras?
Mas quiero acercarme a vosotros, allá donde crecen
todavía
vuestros bosques, donde esconde entre nubes su cima
solitaria el monte sagrado;
al Parnaso quiero ir; y cuando, reluciendo en la sombra
de la encina,
encuéntreme errante la fuente Castalia,
esparciré el agua del oloroso remanso, mezclada
de lágrimas,
sobre el césped germinante, para que recibáis aún,
¡oh vosotros, durmientes todos!, una ofrenda funeraria.
Quiero vivir con vosotros allá en el valle silencioso,
junto a las rocas colgantes de Tempes, e invocaros
a menudo en la noche,
¡nombres magníficos!; y cuando aparezcáis enojadas,
porque el arado profana las tumbas, os aplacaré
con la voz del corazón, con piadosos cantos, ¡sombras
sagradas!,
hasta que mi alma se acostumbre del todo a vivir
con vosotras.
Y cuando esté más iniciado, os haré muchas preguntas
¡a vosotros, muertos!,
y a vosotras también, vivientes, ¡a vosotras, altas
potestades del cielo!,
cuando pasáis sobre las ruinas con vuestros muchos años,*

*¡vosotras, las de los seguros caminos!; pues a menudo
el desvarío
de los mortales me estremece el corazón, como un aire
siniestro,
y ansioso busco consejo; mas desde hace mucho tiempo
ya no hablan,
para consuelo de los necesitados, los proféticos bosques
de Dodona;
mudo está el dios délfico, y solitarios y abandonados
se encuentran
desde hace mucho tiempo los senderos por donde, antes,
dulcemente conducido por las esperanzas, subía el hombre
preguntando hacia la ciudad del veraz profeta.
Mas desde lo alto la luz habla todavía hoy a los hombres,
llena de hermosos significados, y la voz del gran tronante
clama: ¿pensáis en mí?; y las olas entristecidas del dios
del mar
resuenan: ¿nunca os acordáis ya de mí, como antes?
Pues los celestes descansan gustosos en el corazón sensible,
y siempre, como entonces, las potestades inspiradoras
de grado
acompañan al hombre esforzado; y sobre los montes
de la patria
descansa, impera y vive omnipresente el éter,
para que un pueblo, recogido en los brazos del padre,
esté humanamente alegre, como entonces, y que un espíritu
sea común a todos.*

*Mas, ¡ay!, nuestro linaje vaga en la noche,
vive como en el Orco,
sin lo divino. Ocupados únicamente en sus propios afanes,
cada cual sólo se oye a sí mismo en el agitado taller,
y mucho trabajan los bárbaros con brazo poderoso,*

*sin descanso, mas, por mucho que se afanen,
queda infructuoso,
como las Furias, el esfuerzo de los míseros.
Hasta que, despertando de angustioso sueño, se levante
el alma de los hombres, juvenilmente alegre, y el hábito
bendito del amor,
de nuevo, como muchas veces antes entre los hijos
florecientes de la Hélade,
sople en una nueva época, y el espíritu de la naturaleza,
el que viene desde lejos, el dios, se nos aparezca
entre nubes doradas
sobre nuestras frentes más libres, y permanezca en paz
entre nosotros.
¡Ay!, ¿cuánto tardas?, y aquellos, los nacidos divinos,
continúan viviendo, ¡oh día!, solitarios en lo profundo
de la tierra, mientras una primavera, siempre viviente,
apunta sobre la cabeza de los mortales, sin que nadie
la cante.
¡Pero no por más tiempo! Ya oigo a lo lejos el canto
coral
del día de fiesta sobre la verde colina y el eco
del bosquecillo,
donde se levanta el pecho de los adolescentes,
donde se unifica
sosegadamente el alma del pueblo en la más libre
canción en honor del dios,
al que corresponde la altura, mas para quien los valles
también son sagrados;
pues allá donde gozosa se apresura el agua con creciente
juventud
entre las flores del campo, y donde maduran en llanuras
soleadas
el noble trigo y los árboles frutales, se coronan contentos*

*para la fiesta los devotos; y sobre la colina de la ciudad
resplandece,
igual que una vivienda humana, el pórtico celeste
de la alegría.*

*Pues toda la vida se ha llenado de sentido divino,
y, perfeccionándolo todo, vuelves a aparecer,
como entonces, por todas partes
ante tus hijos, ¡oh naturaleza!; y, como de montaña rica
en manantiales,
fluyen de aquí y de allá bendiciones sobre el alma
germinante del pueblo.*

*Luego, luego, ¡oh vosotras, alegrías de Atenas!, ¡vosotras,
hazañas de Esparta!,
¡deliciosa primavera de Grecia! Cuando venga nuestro
otoño,
cuando volváis, maduros, ¡vosotros todos los espíritus
del pasado!*

*—¡pues he aquí que está cerca el cumplimiento
del año!—,*

*que os alcance la fiesta también a vosotros, ¡días
pretéritos!*

*¡Mire el pueblo hacia Grecia, y, llorando y agradeciendo,
sosiéguese en los recuerdos el orgulloso día del triunfo!*

*Pero floreced mientras tanto, hasta que comiencen
nuestros frutos,*

*floreced, entre tanto, solamente vosotros, ¡jardines
de Jonia! ¡Y vosotras,
graciosas yedras de las ruinas de Atenas, encubrid
la tristeza al día que contempla!*

*Coronad con follaje eterno, ¡vosotros, bosques
de laureles!,*

las colinas de vuestros muertos, allá junto a Maratón,

*donde los jóvenes murieron venciendo; ¡ay!, allá
en los campos de Queronea,
donde con armas huyeron los últimos atenienses,
eludiendo el día de la ignominia; allá, allá bajan
de los montes
todos los días lamentos al valle de la batalla; ¡allá
descendéis vosotras,
aguas caminantes, desde las cumbres del Oetas, cantando
la canción del destino!
Pero tú, inmortal, aunque ya no te festeje la canción
de los griegos,
como entonces, resuena a menudo, ¡oh dios del mar!,
con tus olas en mi alma, para que prevalezca sin miedo
el espíritu
sobre las aguas, como el nadador, se ejercite en la fresca
dicha de los fuertes, y comprenda el lenguaje de los dioses,
el cambio y el acontecer; y si el tiempo impetuoso
conmueve demasiado violentamente mi cabeza,
y la miseria y el desvarío
de los hombres estremecen mi alma mortal,
déjame recordar el silencio en tus profundidades.*

Trad. por LUIS DíEZ DEL CORRAL

CARTA DE RELACION DE UN CONQUISTADOR DEL
SIGLO XX A LA MAJESTAD PRIMERA DEL IMPERIO
DOÑA ISABEL, LA CATOLICA:
REINA PERENNE EN EL RECUERDO

POR

PABLO ANTONIO CUADRA

EN el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.—
Como Su Majestad Católica ha ordenado a este su vasallo, hidalgo de tierras de Indias, la escritura y relación de cuantas noticias tenga de la ventura y existencia, mayormente espiritual, de sus dominios, quiero, a modo de preámbulo, distinguir la composición natural de estos reinos, pues así lo hacen muy notables filósofos.

A la manera del hombre, encontramos, formando su unidad, una alma y un cuerpo. El alma o espíritu llámase Hispanidad. Y dicha alma habita un cuerpo que llamamos Imperio.

El cuerpo tiene carne y sangre. Y la carne es la tierra. Y la sangre es el mar.

Y como la sangre es la primera en traer al hombre el aviso del sentimiento, encuentro justo comenzar esta relación por la carrera del mar.

Haciendo la vía del Océano, aquende y allende, así como la del mar

Mediterráneo, comencé a notar y luego a certificar con gran sufrimiento la mengua que padecen en su linaje nuestras aguas y rutas. Su Majestad recordará que otrora nuestros navegantes debían la virtud de su Imperio a una jerarquía muy sutil y de buena cristiandad, puesto que ordenábamos las rutas en orden a la Fe, que es cuanto decir a Dios, y luego de esta misión tan superior, iba el guerrero para procurar la defensa y conservación de lo conseguido, y sólo en último lugar solíamos permitir al mercader para el trato y negocio de materialidades. Ahora se ha transformado el orden, y cuantas naves cruzan el mar sólo procuran el comercio, y toda razón de imperio, hasta la nobilísima de las armas, está supeditada a este tráfico. Tanto, que paréceme hemos regresado a la época de los fenicios, puesto que el mar ha perdido su respeto y se usa de él para prostituirlo, después que nuestras armas tan empeñosamente lograron acreditar sus aguas, dándoles razón de servicio cristiano.

Pero a esta mala hazaña, que baldona la estirpe del Océano, únese una política aviesa empeñada en separar la cristiandad en partes e impedir su proceso de universalidad. Nuestros navegantes consideraban la sangre verde del mar como una circulación cristiana que procedía del Mediterráneo; su corazón, en cuanto Roma, es el centro cordial del mundo fiel. España era el músculo de ese corazón y le daba el impulso evangélico, llevando por las arterias del mar la Sangre de Cristo. Con ese ideal rodeamos de mares cristianos las islas y continentes de Indias, uniendo las dos aguas en un mismo movimiento, a saber: las del bautismo, por las cuales la creatura nacía a la Gracia, y las del mar, por las cuales el mundo nacía a la Civilización.

Ahora los hijos de los piratas, que ayer estorbaban esta misión, han desposeído a los hijos de los conquistadores del señorío del mar, sin provecho alguno para la Cristiandad, antes bien para menoscabo. Y así, tanto los mercaderes de Bretaña como los comerciantes anglosajones de esta América, a quienes apellidan yankes, tratan de aislar toda posible renovación de la unidad antigua, cerrando la romanidad española del mar en Gibraltar y apartando a las Indias de su fidelidad a la cultura europea (y sus derivaciones políticas) con un estatuto muy nocivo, llamado vulgarmente de Monroe.

Su Majestad verá en estas noticias cuánto peligro amenaza a nuestra misión imperial, porque si a España se le retiene y pierde su navegación, hace de isla, en muy triste mezquindad y enquistamiento

cuanto mayor es su destino ecuménico cristiano. Y si nuestras Indias son también aisladas y se les separa de su fuente mediterránea, volverán a caer en su antiguo egoísmo precolombino, puesto que su barbarie no era otra cosa que una consecuencia de su ignorancia del concepto universal, y para cumplir este concepto o realizarlo, como cristianas necesitan de Roma, como hispanas de España y como potencias, naturalmente, del mundo.

Esta mala circulación del mar ha viciado a muchos y producido en Indias una enfermedad que los sabedores nombran "monroísmo" o "yanquismo" y últimamente "continentalismo", cuyo virus ha contagiado a las gentes sin casta, dolientes de servidumbre, que por su burguesa condición prefieren abandonarse en manos de los extraños y servirlos con economía a tomar sobre sí la responsabilidad de su destino y las obligaciones heroicas que entraña nuestra independencia y nuestro que-hacer universal. Dichos enfermos y malhadados hombres tienen hoy consigo el poder y gobierno de casi todos los reinos de Indias, porque proclaman la comodidad y el halago, que es fácil manera de embaucar, y luego usan el dinero para comprar los ánimos y usan muchas otras fuerzas para legalizarse y permanecer, hasta la extranjera y su influencia dañosa. Pero Su Majestad no se deje engañar por su vocerío ni crea en sus dictados, pues aunque ellos juren representar a estos pueblos, son apenas pequeñas minorías, pero ricas y poderosas, y casi siempre entregadas a los mercaderes del Norte; y los hidalgos, y los hombres de labranza, y los vecinos de honra, y la gente de pro, no comparten esta entrega, antes la maldicen y proclaman la honesta política. Tenga Su Majestad por muy real verdad que no se oiría tanta palabra ni correría tanta propaganda si existiera menos silencio y frieza en las mayores gentes de Indias, pues aun aquellas que hasta ayer conservaban simpatías por las doctrinas de "monroe" las han perdido ahora, porque han llegado a comprender que los del Norte no defienden nuestra doctrina, sino sus intereses, y que la libertad que para ellos desean es la que a nosotros nos niegan y arrebatan, y aun el aislamiento continental que sustentan cuando a nosotros nos daña, ellos lo rompen cuando a ellos interesa, aun a costa de hacernos entrar en guerra que nos quebrante y no nos traiga beneficio.

Así, pues, Su Majestad tenga mejor oído para el silencio de nuestra parte que para las voces y alardes de la ajena, y a la algarabía de los que nos tratan de menoscabar con engaños o ponga aquellas pa-

labras de un gentilhombre de éstos reinos: “Para que el Panamericanismo pueda ser una tentación para nuestros pueblos mestizos, que entienden de hermandad con hechos profundos de amor y no con palabras, los Estados Unidos deberán primero demostrar su ideal de fraternidad abrazando, como nosotros, con los lazos de la sangre, a sus diez millones de negros que repudian con asco racista”.

Esta es buena respuesta y muy certera a la palabra vana y a la farsa y señala el abismo que hay entre nuestro ideal cristiano-romano y el ideal o interés económico-babélico del Norte. Y volvemos a caer en la lección del Océano, porque bajo las palabras de esas falsas teorías los nietos de los navegantes ven la realidad de un imperialismo que nos arrebató el poder, y el mar perdido. Por ende, aun todas juntas las dichas teorías y su oropel no pueden colmar el dolor de su ausencia, y si algunos pocos son villanos y se entregan, los más son hidalgos y tienen muchos orgullos apacentados y no estarán contentos ni pararán hasta romper este pesaroso aislamiento que los retira del mar y de su espaciosa vocación ecuménica.

Lea Su Majestad este ejemplo: No ha muchos días, en la tierra meridional de Nicaragua, un varón de poca edad, pues apenas contaba diecinueve años, escribió con mucha violencia y denuedo unos escritos contra el Presidente Roosevelt, a quien conocerá de oídas Su Majestad. El referido joven fué condenado a muy penoso confinamiento en una isla sin moradores del océano Atlántico. Después de este sañudo castigo, el mismo día que retornó a su villa natal dicho joven, valiente y noblemente publicó estos versos, que Su Majestad leerá con mucho gozo, apreciando lo que producen en estas latitudes los sufrimientos y los efectos de la inspiración del mar en las nuevas generaciones conquistadoras. Decía así el poeta:

*Aquí está el viejo mar Atlántico,
el de las invisibles rutas de eternidad,
que amarradas llevaron a sus quillas intrépidas
las carabelas de la Hispanidad.*

... ..
*Viejo mar imperial aquí presente,
de nuevo ya le imponen a la Historia señorío inmortal,
los que te dominaron para crear un Imperio
dentro del que formaste, preso de su Unidad.*

*¡Presente! Antiguo mar hispano.
De pie el Imperio se alza ya.
¡Al Imperio convocan en el mundo
tierras y mares de la Hispanidad!*

Este canto es voz de muchos y señal de trascendentes cambios. Pero tenga en cuenta Su Majestad que esta esperanza no sólo se afianza en nosotros los de Indias, sino también en España, de tal manera, que cuanto los de Indias obren por su parte por hacer circular la sangre del Imperio, débelo también hacer España a costa de sacrificios, volviendo otra vez, la primera, a llevar por los océanos la misión de Róma.

Y dicho esto de la sangre, paso a relatar a Su Majestad cuanto sucede en carne del Imperio. Las desventuras y esperanzas en tierra viva.

Es cosa cierta y sabida que así como la carne vive por la sangre, así los hechos de tierra son derivados de la enfermedad o salud del mar. En España, Gibraltar cierra nuestra libertad marina tanto como acongoja nuestra soberanía terrenal. Es una espada en el terreno pecho de España que la hace perder su sangre oceánica. Y como quiera que España es siempre símbolo capital de su imperio, el caso de Gibraltar explicará con mucha inteligencia a Su Majestad los males de Indias, porque esa espada es la misma que atraviesa el pecho de América. Los físicos tienen por ley que lo que daña al corazón, que aquí es el Mediterráneo, daña también al cuerpo, y por razón superior también sabemos que lo que ultraja a la madre mancha a las hijas. Pues así, Gibraltar es como un tumor que lleva desde el corazón español, a través de la sangre atlántica, su infección sajona y su virus herético hasta nuestras otras Españas. Y el dolor de Gibraltar que sentimos en España se repite al norte de Méjico, y en las Islas Malvinas, y Filipinas, y en Puerto Rico, y en Belice, y en las entrañas del Panamá. Y otras veces es el dolor momentáneo, pero intenso, de un Gibraltar interventor, como en Nicaragua o Cuba. Y otras es solapado e invisible y aparece como "buen vecino", cubriendo de palabras engañosas su peñón de rapacidad.

Este último modo de Gibraltar es ahora el más peligroso y usual y toma el nombre de "Defensa Continental" o "Defensa de la Democracia" en la pretensión disimulada de usurpar nuestros territorios y mares para bases aéreas y navales y para otros usos ajenos, que no propios, como Su Majestad lo sabrá bien.

Esta pretensión del enemigo y los engaños de que se vale y la fuerza con que se impone ha dividido el criterio de la tierra, y los que tienen honor ven en ello un ultraje y gran peligro, mientras los otros lo consideran notable y benéfico. Su Majestad se extrañará de que pueda haber en hombre alguno bien nacido tan torcido criterio; pero sucede que estos malos hombres han perdido el espíritu y no saben cuánto deben celarlo, y así sólo se guían por la concupiscencia, y debido a esto son sumisos tributarios de los mercaderes del Norte, gentes ricas y poseedoras. Por esto no se avergüenzan de querer consumir la desgracia de Gibraltar en cada una de sus naciones, con tan gran deshonor, que lo que allá se cedió por derrota y se tuvo por humillación, aquí éstos quieren concederlo sin batalla y tenerlo por gloria.

Sin embargo, los hombres de hidalguía y de artesanía y demás nobles varones de Indias aman sus tierras y tiénelas en el corazón, y cuanto pueden hacer hacen por manifestar su protesta y su ira, como sucedió en el Uruguay, donde la juventud mejor, representando gran parte de la opinión, lanzó un manifiesto bizarro, que, superando el lamento y la protesta, pesaba y medía la amenaza permanente del imperialismo y encontraba que sólo con la fuerza de un Imperio podía defenderse y terminar con sus males. Y así proclamaba: "Queremos acabar con la América antiespañola, con la América ridícula y caricaturesca de las películas judías, y volver a la auténtica, a la de los conquistadores y misioneros, a la de la Fe y el heroísmo, a la América Imperial".

Estas palabras entrañan una realidad nueva y un cambio insospechado. Sin embargo, para que Su Majestad ahonde mucho más y más aprecie las dimensiones de este cambio, pondré de ejemplo otras palabras dichas en pleno Parlamento de Colombia y que nacieron, no de labios jóvenes, sino de testa anciana y de viejo caudillo. Hasta hace pocos años nadie las hubiera proferido, y menos un político de viejo molde, lo que indica cuánto ha entrado la reacción imperial en los ánimos hispanos constreñidos por los recientes sucesos narrados. Dijo así el senador D. Laureano Gómez: "Los imperialismos enemigos nos quieren disociar, nos tienen dispersos y enemistados y sembrados de odios. El grande Imperio Católico Hispano está disperso en veintidós fracciones, y dos más al otro lado del Atlántico. Y, a pesar de esta tarea secular de degradación, llevada a cabo con una saña implacable y respondida en nosotros mismos con una inconsciencia que da grima;

a pesar de todo, el Imperio está allí, allí existe, no lo han podido destruir. Y nuestro deber es devolverle su vigor”.

De esta manera damos o queremos dar solución a los problemas de tierra, que son lacerias de nuestra carne, ayuntando la fuerza dispersa para rescatar lo perdido y defender lo conservado. Porque, al fin, los jóvenes y los viejos han encontrado en la contrariedad la perdida unidad, y así han llegado a comprender que América y España juntas, inseparables de historia y tradición, afrontan hoy un mismo problema. A saber: una ruta de imperio detenida por mil Gibraltares. Una obligación universal y conquistadora estorbada por el apetito egoísta y mercader. Una misión romana y cristiana obstaculizada por un valladar protestante y herético que hay que romper, vencer y convencer.

De donde vemos que el dolor de la tierra nos ha ayuntado y que a tal sufrir debemos este anhelar y este buscar aquella antigua hermandad que nos dió y nos dará voluntad, fuerza e imperio para reconquistar nuestra libertad. Lo que alegrará el corazón de Su Majestad, porque para los hijos de España querer es poder.

Todo lo que he escrito y referido hasta aquí significa, por obra del mar o de la tierra, un retorno al Imperio. Este es el cuerpo que busca su salud. Pero dije a Su Majestad que dicho cuerpo era habitado por un espíritu, al que D. Ramiro de Maeztu, muy famoso y grande hombre de letras, dió el nombre hermosísimo de Hispanidad. Ahora hablaré a Su Majestad de esta poderosa alma, que es la que mueve todos estos sentimientos del cuerpo imperial y que se manifiesta en los símbolos y en los vínculos, en las esencias y en las realidades de la religión, de la lengua, de la stirpe, del estilo, de las costumbres, de la cultura y de la Historia.

Así, pues, según esta definición, la Hispanidad unifica en lo íntimo todo lo diverso, y esto, que es tener alma, es también tener ánimo. Porque poseer tanta unidad y verla manifestada en tantos modos es saberse con una fuerza muy vasta, cosa que anima. Y así decía el susodicho senador Laureano Gómez: “El Imperio está allí, allí existe”, con lo que significaba la mejor esperanza y la más alentadora certeza para batallar.

Y ahora diré a Su Majestad las virtudes de este espíritu egregio, que son dos principales y muy preciosas. La primera es su universalidad, y por ella este espíritu es español en España, peruano en el

Perú, nicaragüense en Nicaragua e hispano en todas partes; tanto, que no hay extranjería ni extrañeza de los hombres de un pueblo a los de otro, manteniéndose una hermandad muy sentida, que, para gloria de Su Majestad, es llamada comúnmente "la obra de España". Y la segunda virtud que este espíritu posee es la de continuidad, que lo hace tradición, vocación o esperanza en el tiempo, ya sea éste pasado, presente o futuro; de tal modo, que también se verifica otra hermandad entre los hombres de hoy con los de ayer y los de mañana, y gracias a ello no se pierde la Historia, y aun perdida puede recuperarse.

Pondré a Su Majestad dos ejemplos de los efectos de estas dos virtudes de la Hispanidad en nuestros tiempos actuales.

El primero sucedió en México. Su Majestad sabe que este reino de la Nueva España ha sido muy azotado por el enemigo, pero recientemente se han levantado en combate grupos numerosos y acometedores, entre los cuales el mayor y más bravo es el de los "Sinarquistas", que cuenta con quinientos mil o más hombres, y que son apasionados hispanos, tanto, que constantemente expresan su voluntad de hacer de su patria "un baluarte de la Hispanidad en América".

Pero el suceso es muy hermoso para bien meditado. Ha de saber Su Majestad que estos Sinarquistas convocaron a una reunión de jefes o adalides en número de cinco mil. Y se reunieron por ocho días en la capital, en una casona suburbana que resultaba estrecha para tanta muchedumbre de huéspedes. Allí dormían en el suelo, que es frío y duro. Allí comían, mal y pobremente, y además estaban amenazados de que los descubriera la Policía, que en este reino está al servicio de las gentes maleantes, según lo han probado asesinando a los dichos Sinarquistas en número de cincuenta o más en varias ocasiones. Pero denotaban gran contento y fe. Y al octavo día de vigilia y sacrificio, el jefe o caudillo les dijo: "Debéis estar cansados. Son muchas y muy duras las incomodidades". Y entonces le respondió un jefe indio de las huarañas tribus de Sonora, con su lengua muy singular, esta razón: "Esto no es nada, jefecito. ¡Estamos en la gloria! No más piense en los defensores del Alcázar de Toledo. Con este ejemplo el alma se mantiene".

Esta bella palabra del indio de Sonora, así comunicada en su corazón con la España nueva, para él tan distante y lejana, enternecerá a Su Majestad, pero más que todo le dejará ver la liga sutil y honda

que una nuestra magnífica diversidad, haciendo posible que las razas más extrañas sientan como propios los ideales que se defienden en Toledo, y que la semilla allá sembrada fructifique aquí como en su mismo campo.

El otro ejemplo es muy corto y consta sólo de una frase, pero basta, por grande, para el caso. Dicha frase fué la definición que dió de su empresa y movimiento la juventud argentina, la cual dijo sólo estas precisas palabras, bien dignas del bronce: "Que no era una hispanofilia, sino una hispanofiliación".

No puede encontrar Su Majestad mejor expresión de amor de una hija de España, y así es sobrancero aquilatar su mérito, pues dice todo cuanto hoy se hace en América en el sentido de continuidad con el pasado, ya sea en la labor rectificadora de la Historia, ya en la política, ya en todos los otros órdenes donde España no sólo es la Madre Patria como expresión retórica, sino la Patria Madre como realidad histórica. Desde la Independencia hasta hoy, nunca se había manifestado esa filialidad, que es recobro de hidalguía, de donde nace tanta vitalidad, pues volvemos a tomar para nuestro cauce la más hermosa corriente de la Historia, aquella que desechábamos por hacernos revolucionariamente libres, y donde iban precisamente las paladinas aguas de la libertad, que fueron las que bebieron el Cid, y los héroes de la Reconquista, y los defensores de Zaragoza y de Gerona, y los teólogos y juristas de las Leyes de Indias, y los misioneros y los Reyes y Consejos que defendieron a los indios, y la persona humana, y el pueblo más celoso de su libertad con que cuenta la Historia. De tal modo, "hispanofiliación" es recobrar una herencia perdida. Heredar a España, que es tanta herencia como heredar a Roma.

Sin embargo, donde mejor he encontrado definidos los efectos del soplo o ánimo de la Hispanidad es en una carta que recibí por ésta fecha de un amigo de tierras del Perú. Vea Su Majestad en estas letras que le transcribo cómo germina doquiera y espontáneamente el ideal antiguo que fué el alma de nuestro Imperio, y que otra vez lo será, Dios mediante. Dice así de puño y letra: "Encuentro que al ser patriota y al vivir en pleno amor la peruanidad, todavía es posible elevar más alto tanto mi ideal como mi sentimiento, porque la unidad que anhelo para fortalecer a mi patria puede aún proseguirse, usando los mismos ingredientes unificadores, hermanando no sólo a mi pueblo, sino a todos los pueblos españoles que no tienen con él otras diferencias que

aquellas que más bien enriquecen esa unidad. Lo que daría por resultado, no una merma de la peruanidad, sino un acrecentamiento de su fortaleza nacional, porque esta fortaleza estaría defendida por las fuerzas propias y por las fuerzas hermanas; de tal manera descubro el milagro de que, a fuerza de patriota, debo ser, como usted ha dicho, imperial. Pero, hay algo más: yo, como católico, deseo la grandeza nacional—¡mi nacionalismo!—para la victoria de la Fe en mi Patria, para instaurar un orden cristiano que nos dé la libertad de ser virtuosos y grandes y esa gloria apetecible de encontrar en la propia comunidad patria todos los alientos y apoyos para perfeccionarnos en el orden personal y en el cultural. Y esto que yo hasta ayer reducía a mis fronteras, ¿no es grandioso ampliarlo, en ansia misionera y fraternal, a todo el vasto y universal conjunto de los pueblos hispanos y hasta soñar que un día, todos unidos en Cristo, impongamos nuestras normas verdaderas al mundo desorientado? ¿No es esto la hispanidad?”

Estos pensamientos son los que germinan, cada día con más fuerza y claridad, en las inteligencias hispanas, multiplicando las conquistas y agrupando juventudes. ¡Cuántas son estas huestes y cuán ardientes sus movimientos no lo diré esta vez a Su Majestad por no alargar mi relación, aunque es índice de su poder avasallador el crecimiento constante de sus publicaciones y la extensa influencia de sus obras y el aumento incesante de conversiones a la fe y al ideal de nuestros mayores, a pesar de la inmensa propaganda contraria y de la mar de palabras engañosas que cubre nuestra tierra prometida. Y así, entre muchas tinieblas y oscuros infortunios, parece quebrar albores y anunciar otra vez en Indias su cristiana claridad, aquel Sol que no se ponía de nuestra Hispanidad Imperial.

Pero Su Majestad debe saber y tomar en cuenta que tal renacimiento es fruto, casi todo, de la redención de España. Y de allí se desprende que la autoridad que alcanzó para salvarnos con su sangre y la que ya tenía por habernos creado también con su sangre, así como a nosotros nos obliga al amor, que es nuestra correspondencia, así impone a ella mayores obligaciones, para que el fruto que ha hecho nacer no se demerite en su crecimiento, ni pierda su sabor cristiano, ni consuma, a los vanos vientos actuales, su savia española. De donde España, a la que debemos todo, no está aún cumplida porque su cumplimiento somos nosotros, y si nosotros podemos por locura escoger la libertad de perdernos, a España más que a nosotros le está vedada esa libertad,

porque perdida ella nosotros no podemos recobrarlos, mientras que perdidos nosotros podemos siempre recobrarlos por ella. Y esto lo digo a Su Majestad por razón de amor, pues, como la Hispanidad es el primer Imperio creado con la estructura familiar, puesto que el romano era fraternidad civil basada en la Justicia, y el hispano, superándolo, concibió una hermandad religiosa basada en el amor, la Hispanidad no es otra cosa, dicho en símbolo, que los vínculos familiares y su virtud de unidad, vividos por un haz de naciones filiales alrededor de una nación maternal. Y por esto España, que custodia nuestra antigüedad, que habita y cuida nuestra casa solariega y que significa, por madre, el consejo y el ejemplo, vive del servicio, para que nosotros podamos vivir de la libertad. Así, nuestra libertad no puede amenazarla España, como dicen muchos sofistas y enemigos, sino servirla; porque si ayer se sintió obligada a celar nuestra dignidad para que pudiéramos ser, un día, libres, hoy está en el deber de servir nuestra libertad para que podamos ser, siempre, dignos. Y Su Majestad deducirá de estos pensamientos lo que significa de carga para su España esta hermosa esperanza que he descrito renaciendo en Indias, pues de esa esperanza, como ya dije a Su Majestad, la mitad es esperar en España y la otra esperar en nosotros.

Y preguntará Su Majestad: —¿Qué esperamos? Y yo diré: —El soplo o ánimo para seguir infundiendo espíritu donde el cuerpo está desanimado o perdido. O, en otras palabras: que España encuentre a España en España, para que nosotros podamos encontrar a España en nosotros. Y si España tanto bien nos hizo descubriéndose a sí misma en su guerra o Cruzada y hallando a Guzmán el Bueno en Moscardó, y al Cid en Franco, y la gesta en Oviedo, y el romance en Santa María de la Cabeza, prosiga ese descubrimiento que no tiene fin, y otra vez los teólogos, y los pensadores, y los poetas, y la gloria de El Escorial, y las luces de Trento, renueven su epifanía posando su fuego en los hechos actuales para que de allí nosotros derivemos nuestros actos y otra vez florezcan en nuestras venas las hazañas de los navegantes, y de los conquistadores, y de los misioneros y sus obras y fundaciones.

Y esta es la labor de espíritu para que el cuerpo recobre su ánimo y su fortaleza y su dominación. Porque este cuerpo es a manera de castillo donde habitar que nos fué legado por nuestro Padre Común Don Jesucristo, para lo defender y mantener su señorío y Justicia. Y, por tanto, el espíritu que nos anime debe ser principalmente cristiano,

para que el castillo sea la fortificación de la Cristiandad y su baluarte. Porque no es otro nuestro destino, sino aquella palabra que cumplimos en el pasado y en cuya realización hallamos la gloria: "Buscad primero el reino de Dios y su Justicia y lo demás se os abastecerá por añadidura".

Y con esto doy fin a mi relación para que Su Católica Majestad sea así servida de este su fiel vasallo que, descendiendo de aquellos que le sirvieron en vida, pone su honor y su gloria en continuar al cabo de siglos este servicio, cumpliendo sus mandatos y dictados de defender y acrecentar la Fe de Jesucristo Nuestro Señor y con ello la grandeza e imperio de las Españas...

(Faltan las últimas líneas y la fecha. Y en la última página aparece un sello que dice: "¡Arriba el Imperio!")

TIERRA DEL OLVIDO

(Nocturno de la mujer que espera.)

POR

RICARDO GULLON

*Lamentando la ausencia,
en tierra del olvido
queda mi corazón de amor herido.*
(FRAY LUIS DE LEÓN.)

ME había retrasado, esperando que el capitán firmara el parte de la compañía, y cuando salí del cuartel era casi de noche. La calle estaba silenciosa y tranquila. Apenas me cruzaba con nadie, porque la gente del barrio, huyendo de la guerra, o bien solía marchar por aquel entonces a dormir en las afueras de la ciudad, o bien estaba en los, a pesar de todo, animados cafés y cines del centro.

Iba gozando lo delicioso de la noche, que era de una tibieza y de una quietud sorprendentes. Oía el sonido de mis pasos e involuntariamente llevaba un ritmo de cierta cadencia militar. Poco después de atravesar el paso a nivel del ferrocarril me crucé con dos compañeros de sección que regresaban al cuartel con aire de desgana.

¡Qué ideas más alejadas de la realidad, del presente, puede sugerirle a uno el cruce de la vía férrea, incitante para toda evasión! Pensé en mis padres, en la vieja casa del monte, y también en un banco del parque —precisamente en aquél y no en otro— donde solía sentarme en los atardeceres de otros otoños semejantes, pero que eran otoños de alegría y de signo apacible. Recordaba que *aquel* banco estaba formado por listones de madera pintados de verde y que sobre la pintura alguien se había entretenido en grabar a navaja los caracteres de un misterioso alfabeto erótico, las “iniciales que son nombres de enamorados”, las “cifras que son fechas”, observadas por el poeta.

Divagando con el recuerdo de los tiempos idos, caminaba sin fijarme en lo que podía ocurrir en la calle, cuando me pareció que alguien había hablado junto a mí. Sí; alguien dijo algo a mi lado, tal vez para mí. Miré y allí estaba, apoyada en el quicio de una puerta, una mujer más bien alta, cuyo traje claro se recortaba en la sombra del oscuro portal. Dudé que ella fuera quien había hablado, y al no ver a nadie más pensé que podía haber sido engañado por el ensueño retrospectivo, cuando la mujer volvió a decir con toda lentitud, sin apartar de mí la mirada:

—¡Buena suerte, soldado!

Me acerqué a la puerta atraído por aquella voz. Una voz que tenía la serenidad y la concentración de la noche. Sonaba sin alteración, con un tono de cosa venida tan en su momento, que parecía ser el eco de la mar lejana que dormía. Noté que no era de la ciudad, porque hablaba un castellano preciso que en solas tres palabras anunciaba la meseta. ¿De dónde —me pregunté— vendría aquella voz tan profunda, con aquella resonancia de mar transparente que duerme sobre las rocas?

Pude ver que no sonreía. Todo estaba en las palabras, en el acento, en la sencilla actitud con que se apoyaba en el umbral de la casa, no como si necesitara dejarse caer o reflejando can-

sancio, sino poniendo en evidencia la seguridad de quien puede mantenerse en la firmeza de su propio cuerpo.

—¿Por qué me deseas “buena suerte”, mujer? ¿Crees que la necesito?

Movió lentamente la cabeza. La mirada se le escapó hacia otros lados: contemplaba el esqueleto de un “garage” destruído por la guerra y que en medio de la noche naciente mostraba indeciblemente un contorno de cosa todavía con vestigios de vida, como si entre el hierro deshecho y la vieja camioneta convertida en añicos quedara el espectro de los cadáveres que ella había visto extraer de las ruinas recientes. Comprendí que al posar la vista en los escombros aun llevaba en los ojos la imagen de aquel momento.

Cuando volvió a mirarme parecía regresar de un viaje a través de largas tierras desoladas. Una sonrisa, casi ni una sonrisa siquiera, atravesó sus labios.

—Sí —murmuró como si no se dirigiera concretamente a nadie—. Te he dicho “buena suerte”, soldado, porque es justo deseársela a todo el mundo, y más todavía a vosotros. Sólo que es inútil. Inútil —añadió mirándome a los ojos—, porque no comprenderás por qué lo hago.

—Tal vez sí —dijo sin excesiva convicción. Porque no entendía realmente lo que había querido decirme y dudaba en cuanto a lo que su gesto podía significar.

La noche, al acercarse, iba cobrando un tinte misterioso. Todo me parecía vagamente irreal: la mujer parada en la puerta de una casa de la que no brotaba sonido alguno, las ruinas del “garage”, las sombras de los árboles, que resultaban de un negro más denso que el negro de la noche misma, inmóviles en su forzada quietud de animales dormidos, cuyos brazos se tendían hacia el quicio de la puerta donde la mujer se amparaba.

—No, no es posible —continuó lentamente, esta vez sin mirar a ninguna parte, como si la mirada se le hubiera fatigado y

quisiese dejarla reposar en el fondo de aquella penumbra, cuyo silencio sentíase rezumante de cosas en potencia, de algo que germinaba bajo el oscuro tapado de la calle—. No comprendes. Los hombres —decía para sí, descendiendo el tono de voz— nunca comprenden. Son incomprensivos por naturaleza, porque son hombres.

Me di cuenta de que ella estaba hablando como si se encontrara sola. Mi presencia no tenía sentido, aunque pensé que acaso necesitara un oído que escuchara sus palabras. Yo podía significar muy poca cosa y serle, sin embargo, preciso. Es inútil, pensaba, querer que ajuste un “puzzle” si nos falta alguna de las piezas. Nada tenía que decir, pues mis palabras hubieran chocado con el sereno aire de ausencia de la mujer, con su literal enajenamiento.

—¿Por qué los hombres son tan profundamente innobles y al propio tiempo tan infantiles, criaturas de Dios, a las que cualquiera puede engañar?

Hizo la pregunta desde sus nieblas y no me dió tiempo a aventurar que la contradicción es lo propiamente humano, porque otra cuestión era ya planteada, con acento menos impersonal, con una vibración que no tuvieron sus palabras anteriores.

—Y ¿por qué los hombres no pueden decidir ellos solos su destino? Pasan cosas que están dentro de la vida y que una rechazaría si pudiese. Se forman proyectos, se vive la ilusión y luego ¡todo se derrumba!, empujado por otras manos. ¿Qué valen los deseos, la voluntad, el afán de vivir de determinada manera? No, soldado. Lo que hace falta es suerte, y por eso deseo que el destino te conceda la vida que prefieras.

En el silencio crecía la oscuridad, y cada ruido, al agrandarse, colmaba con su resonancia el ámbito de la calle. Junto al paso a nivel, la lucecita roja del disco parpadeaba con la regularidad de un accidente cósmico. Del otro lado de la calle llegaba el apagado rumor de una canción de soldado. Un olor a

viento y mar subía del puerto cercano, empapando la quieta atmósfera de la ciudad.

¡Qué sin peripecia la noche, tan colmada de silencio y tiniebla! Aquellas grabadas sombras de los árboles, resbalando sobre el asfalto grisáceo de la acera, servían de fondo a la puerta en cuyo quicio la mujer soñaba lúcidamente, la cabeza menos concreta que el busto, destacado por la tela blanca del vestido. En la penumbra, aquella blusa era una llamada a la quimera, una diversidad sólo justificada por la presencia humana frente al agua tranquila de la noche.

—Mira —siguió, tras una pausa prolongada—. No se puede amar intensamente la vida que uno soñó. Es demasiado peligroso. Pero —se precipitó con angustiado acento—, ¿cómo resignarse a que los sueños se desvanezcan, a que todo se hunda en el vacío, sin que nos quede más compañía que la invencible soledad? No, no; es preferible vivir entre fantasmas. Al menos, ellos no son infieles, permanecen siempre vigilantes y basta un ademán para que dócilmente acudan a la cita. Fantasmas, ¿ellos? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! —repitió para sí.

No sé si fueron sus palabras; pero recuerdo que la calle parecía por instantes más muerta, más de una ciudad poblada de irreales presencias, de figuras que quizá habían desaparecido de nuestra vida para incorporarse a nuestros sueños.

La mujer se movió. Mirándome sin extrañeza, como si fuera otro hombre que aquel que había estado escuchándola hasta entonces; pero al propio tiempo, como si mi presencia allí fuera algo perfectamente dentro de las reglas, me preguntó de súbito:

—¿Tú quién eres, soldado?

—Ya lo has dicho —le contesté—: un soldado. ¿Importa algo quién sea yo?

Me pareció que en la sombra ella denegaba, moviendo la cabeza. Escuchó un segundo los ecos de la cantinela que se alejaba en dirección al cuartel, y de frente hacia mí contestó:

—Puede ser que nada importe quién eres tú. Estás aquí y basta. Si has venido, poco importa saber de dónde ni por qué. Tu presencia es lo cierto, si acaso eso no es una ilusión más. Bésame, soldado.

Vacilé, sorprendido. Su tono más era de mandato que de petición. Entonces ella apoyó sus manos en mi hombro. Al tomarla en mis brazos, su cuerpo se endureció como si en él algo se crispara lleno de tensión y de angustia. Besé unos labios fríos y delicados, insensibles a la caricia. El rumor del mar se hizo más hondo y en aquella boca yacía algo como una ola intacta. Los ojos, abiertos, inmóviles, intentaban no sé qué fuga de su rostro.

Rocé suavemente sus cabellos, en los que vivía una fragancia de aire liberado, tan pura delicadeza, que superaba cualquier aroma de flor o de campo. La sensación de los labios sobre la suave cabellera se confundía con el rumor del mar y el aroma denso que transía de sueños marinos la penumbra de la ciudad dormida.

La noche seguía creciendo, rodeándonos con su inmovible fortaleza resucitada. Los ojos de la muchacha se cerraron en una no simulada fatiga, como si en los párpados se le hubiera posado la densa presencia de la noche. Así me pareció su cara más esperanzada de ensueños, más perdida en nostalgias de caminos imposibles. ¡Y cuán austeramente su fragancia se clavaba en mi corazón! Han pasado muchos días y aun cada noche me parece que el viento está grávido de aquel perfume impar.

Quedó la muchacha con las manos cruzadas sobre el seno al modo que se representa en los retablos primitivos a las dulces vírgenes que se aprestan al martirio. Pero yo me daba cuenta de que en ella no había elementos que no fueran puramente humanos, de que tenía frente a mí una mujer a quien la noche y la rara calidad de su gesto dotaba de un nimbo especial. Con la mirada en la tiniebla, en la voz un latido nostálgico, dijo:

—Esta es la tierra donde uno todavía puede vivir; tierra del

olvido y de la memoria. A veces las alondras, cuando quiebran la mañana, me recuerdan su alegría perenne, y yo no sé por qué entonces se me llenan los ojos de lágrimas y siento una tristeza que no es sólo tristeza, pues en el fondo de ella hay algo que me parece suyo, como si aún oyera el eco de sus palabras. ¿Cómo podríais comprender esto? ¡No sé por qué te lo digo! Cada día él está a mi lado, mucho más cerca de lo que tú estás ahora, y si antes te pedí que me besaras fué para ver si él así se alejaba. Pero no. Apenas te sentí, y él, en cambio, estaba dentro de mi corazón y sonreía, con mi sangre, de ti y de mí.

Calló otra vez. Un silencio prolongado. La calle era un ámbito cargado de resonancias y de sutiles tensiones al acecho de un resquicio por donde penetrar en los desarmados espíritus a quienes rondaban. La figura de la muchacha, clavada en el umbral de la casa vacía, sobre cuyas paredes se encaramaban las sombras de los árboles, parecía una prolongación de la desierta rúa.

Del paso a nivel se acercaba, sin correr demasiado, un automóvil. Parecía buscar alguna casa no bien conocida. La hiriente luz de los faros esclarecía los contornos de los edificios, dando a las piedras tonalidades amarillentas, a los árboles un resalte de vida autónoma y personal. Al posarse sobre el arrumbamiento de cascotes y de vigas, de negruzcos hierros retorcidos, la luz pareció parpadear ante la presencia de los invisibles fantasmas. Luego, de improviso, inundó la puerta donde la mujer se hallaba, dejando a la muchacha profanada, alcanzada hasta el hueso.

—¡Qué odiosos faros! Ven —dijo inesperadamente—; detesto esta luz, es demasiado cruel.

Entró en la casa y la seguí, aún deslumbrado por el resplandor de los faros. Penetré en un comerdocito modesto: unas sillas de gastada tapicería, un aparador de madera oscura, unas absurdas figurillas de barro representando escenas pastoriles.

Sobre la mesa, una taza con restos de café. La estancia producía cierta impresión de abandono.

—Así es mi casa y aquí es mi vida —señaló con un vuelo de la mano—. El estuvo aquí mucho tiempo o muy poco, no sé. ¿Acaso pueden contarse los días felices? De entonces solamente le recuerdo a él: sus ojos cándidos que albergaban un perpetuo asombro, su sonrisa, ¿cómo diría yo?, de día en albor, de nieve no manchada, de algo que ciertamente sea puro y noble sin reservas.

En la pausa que siguió creí sentir que los latidos de su sangre se rompían más a prisa, como si al anegarse en el corazón se quebraran contra una inflexible roca de angustia. Después ella dijo:

—Y ahora la casa está vacía, como el mundo. Estoy llena de su recuerdo y vivo gracias a él. A veces creo que es inútil, pero sin la esperanza no podría vivir. Cada soldado que regresa me parece que pudiera ser él, y me digo: “¡Dios mío! ¡Si fuera!... ¡Si fuera!...” Es absurdo, ¿verdad? Pero es tan mi vida, que no tengo nada fuera de esta esperanza. La soledad, para esperar, soñando el pasado, que algún día, calle arriba, oiré unos pasos de soldado que serán, al fin, los suyos. ¡Ese día!...

Calló, y emocionada fué a sentarse junto a la mesa; yo, frente a ella, no me decidía a imitarla.

—Siéntate —indicó—. Estarás cansado.

Sin responder me senté a su lado, observando la sencillez de su línea, el dibujo de su rostro, que era delicado y armonioso. Los labios delgados y pálidos, el cutis blanco, los ojos con azul de distancia y ausencia, los párpados soportando un cargamento de madurados ensueños. No había la menor coquetería en su rostro, en el cabello suelto con negligencia, en la mirada que un fino fruncimiento de cejas volvía hacia su espíritu aun en los momentos en que se posaba, escudriñando la figura, bastante desairada, que yo componía en la circunstancia.

—Estarás cansado —repitió—. Y es preciso que el hombre descanse para que sea mejor. A la vuelta del dolor y de la fatiga se encuentra la comprensión; entendemos mejor después de recorrer un largo camino. Además, el ansia de descansar nos sitúa en más noble situación de espíritu. ¿Quieres algo, soldado? —me preguntó volviéndose sin transición desde lo que estaba diciendo.

—No, gracias —pude decirle—. Prefiero escucharte.

—¡Escucharme! ¿Para qué?... No quiero hablar, pero llevo callada tanto tiempo, que, sin pretenderlo, se me quiebra el silencio. Y ¿qué puedo yo decirte?

—Entonces —la dije—, ¿para qué me has invitado a entrar?

Se encogió de hombros, dando a entender que era otro enigma al que se rendía. Creí que nada iba a añadir, pero bajando la voz continuó:

—Meses han pasado desde que él se fué. Tan absolutamente niño y desamparado como sólo él podía estarlo. Pero se fué vestido con una camisa verdosa como la tuya, calzado con unas botas también como esas que llevas tú y que en él resultaban sobremanera impropias, como si por juego se hubiera puesto una criatura las de una persona mayor. Era terriblemente delicado y quebradizo; te aseguro que daba miedo considerar su pureza de sentimientos y de ideas. No estaba preparado para la vida, pero sí lo estaba con exceso para la muerte.

Hizo una pausa. Se levantó, y tomando un libro gastado, repasó distraidamente sus páginas. Pensé que no continuaría el relato, pero después de un momento dejó el libro sobre la mesa y reanudó el monólogo.

—Parecía que la vida se había hecho más clara desde el momento que entré en contacto con aquella dulzura suya, que no puede compararse a nada. Tan candoroso y primitivo, que el mundo le venía grande y en todos los instantes amenazaba perderse en él. ¡Qué necesitado de protección y de ternura puede

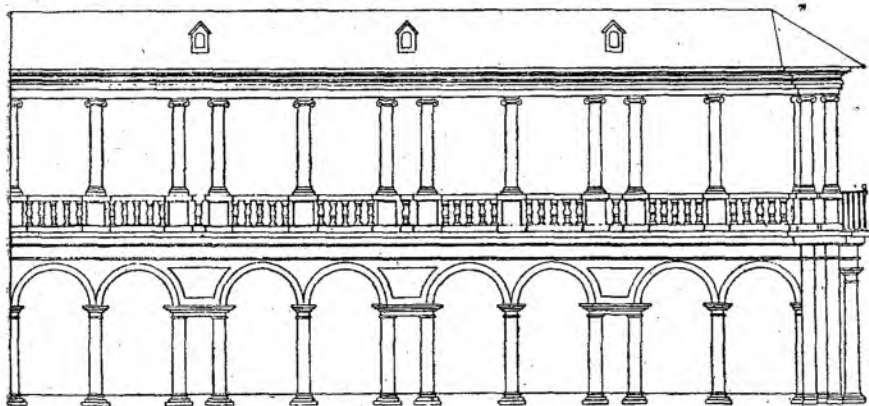
ser un hombre. Dios mío! Era friolero y goloso, y cuando se acercaba a mí parecía un gatito que quisiera frotar el lomo contra las piernas de su ama. Y un día —la voz de la muchacha era tenue como la del manantial de la montaña— se fué, con su cara asombrada, con sus ojos oscuros y expresivos, con sus manos pequeñas y torpes. ¡Pobre hombrecito mío!

Su rostro me parecía entonces diferente; una carita de niña extrañamente infantil y pensativa, como si su gesto anterior fuera una máscara por fin abandonada y el recuerdo la transportara a su ser verdadero, restituyéndole la esencia de su genuina feminidad, menos serena de lo que hasta allí me pareciera. En el comedorcito, descuidado y adusto, había penetrado la imagen de aquel muchacho perdido. Yo, siguiendo el curso de un pensamiento que no siempre conducimos conforme a nuestro deseo, trataba de calcular la edad aproximada de la mujer; su pelo, suavemente dorado, era de niña; el peso de su seno y la tersura de su piel parecían indicar una extremada juventud; pero aquella cargazón de ensueños en los párpados, el alejamiento y la hondura de su mirada y, más que todo, la delgadez de sus labios y la serenidad de la voz, sólo lograda al regreso de tiempos de dolor, revelaban a la mujer completa, un ser a quien la vida no había ocultado ni sus miserias ni su dulzura. Ella continuaba:

—Y hace muchos meses o años, ya no lo sé, desapareció de mi lado y nada he vuelto a saber de él. Pero jamás he perdido la fe y espero siempre su vuelta, porque sé que ha de volver algún día a reclinarse en mis rodillas como un animalillo fatigado y a pedirme que le bese en sus ojos oscuros. Por eso te deseo buena suerte, soldado; confío que en otros climas, bajo cielos distantes, otras mujeres sabrán cuidar de él y escuchar su canción de niño delicado y sensible, porque tengo fe en la bondad de los hombres y creo que nos ayudarán siempre, a pesar de todo. Sí —dijo muy despacio—; él debe volver. ¡Dios mío! ¡Debe vol-

ver! Y ahora vete —me dijo de pronto, con otro acento, casi duramente—, y poniéndose en pie salió de la estancia.

Quedé un segundo en la indecisión del hombre que sale del sueño. Sentí que había oído cuanto la muchacha tenía que decirse en voz alta, y poco a poco volví a la calle, que seguía desierta y silenciosa. Sobre el paso a nivel, el parpadeo del rojizo faro del disco ponía un palpitar de vida que era acaso el único que, con mis pasos, alteraba la apacible maravilla de la noche, calada de olor a mar y de rumor de ola distante. Lejos, en la sombra, todavía oíase no sé qué saudosos canción. Pero la calle seguía invariablemente muda y penumbrosa entre la doble fila de casas desiertas y de árboles como sarmientos doloridos. Me volví un instante, y en el quicio de su puerta la vi a ella delatada por la mancha clara de la blusa, su inmovilidad rota por lo que me pareció desde lejos un gesto de adiós. Al entrar en la plaza miré a mi espalda; pero ya la calle no era sino un vasto pozo de tiniebla, en el que las piedras oscuras guardaban el secreto de aquella mujer extraña, que en el umbral de su puerta soñaba firmemente un imposible.



Notas y Libros

NOTAS: *Hechos de la Falange*.—*Los tiempos del espíritu*, por G. Sanmiguel, O. S. B.; *Laberinto de la caracterología*, por Hilario Rodríguez Sanz; *De la colectividad en el arte dramático*, por Gonzalo Torrente Ballester; *Acción de España en Africa*, por Carlos Alonso del Real; *¿El cristianismo, moral y doctrina, o vida?*; *De la vida cultural*.—**LIBROS:** *Un libro y una vida*, por Emiliano Aguado; *Romances de Cruzada*, por Rafael de Balbín Lucas; *Elogio y nostalgia de Toledo*, por Gregorio Marañón.

HECHOS DE LA FALANGE

EL Segundo Consejo Sindical. — Durante el mes de junio se celebró en Madrid el Segundo Consejo Sindical. Camaradas de toda España concurrieron a él, y en sus tribunas hablaron los mejores entre nuestros expertos de Economía y Trabajo. Las tareas del Segundo Consejo Sindical versaron fundamentalmente sobre nuestros problemas agrarios y campesinos, lo mismo en su aspecto económico que en el político y social.

Recogemos el hecho del Segundo Consejo Sindical como el más destacado, entre las Obras de la Falange, durante el pasado mes.

El voluntariado a Rusia. — El Presidente de la Junta Política y Ministro de Asuntos Exteriores, camarada Serrano Suñer, proclamó, ante la juventud española, la culpabilidad de Rusia. La respuesta de nuestra mocedad es esa admirable Legión Azul que lleva nuestra sangre y nuestro ímpetu a las campañas moscovitas. Sólo queremos —después de nuestro artículo editorial, consagrado al mismo tema— destacar aquí el hecho del voluntariado. En nuestro editorial habrá hallado el lector buena suma de razones que lo explican histórica y políticamente. Aquí, simplemente, nuestro entusiasmo.

LOS TIEMPOS DEL ESPIRITU

PENTECOSTÉS

HEMOS llegado a la cima. Meses hace que venimos ascendiendo, afanosos por respirar altura y penetrarnos de un vivir trascendente, y ese vivir es nuestro ya, y una transformación prodigiosa se ha operado en nuestro espíritu.

Mirando hacia atrás nos damos cuenta del valor insospechado y

supratemporal que ha tenido el tiempo para nosotros y de las esencias de eternidad que su rodar nos ha proporcionado. Una larga cadena de fiestas y ritos y encuentros con el Señor han ido formando fuertemente su imagen en nosotros. Primero fué un grito angustioso, lanzado entre penumbras, en busca de un camino: "Muéstrame, Señor, tus rutas y enséñame tus sendas", decía el verso litúrgico que murmuraban nuestros labios (Intr. del Dom. 1.º de Adv.). Anhelábamos caminar y todos los horizontes y lejanías estaban cerrados. Tiempo plomizo, cargado de nubarrones y de lluvias. Mas he aquí que esas nubes se desgarran y el sol surge victorioso de sus senos y renueva sus vigores. En nuestro interior nace también el Redentor, y una luz empieza a iluminarnos y a su contacto sentimos que se refrigera nuestro espíritu. No es un nacimiento de puro idilio o un recuerdo más o menos emocionante del que hace veinte siglos acaeció en Belén, sino realidad plena en nosotros, principio de nuestra transformación en ese mismo Redentor. Con su encarnación empieza el tiempo a despojarse de su temporalidad y a adquirir ser nuevo al ponerse en contacto con lo supratemporal. El Dios eterno se somete a las leyes del tiempo y del humano existir, y el tiempo pierde su carácter transitorio y efímero y el hombre adquiere vigor y nervio para superarlo.

El Salvador camina por la tierra y nosotros le acompañamos en sus andanzas, admiramos sus prodigios, escuchamos ávidamente su palabra de un decir desconocido y nos penetramos de su doctrina. Hasta que llegan las semanas cuaresmales con sus clamores de mortificación y ascesis, de despojo y lima de cuanto perdura en nosotros de terreno. La subida se hace más pronunciada; pero el espíritu, vigorizado ya al contacto con el Divino Maestro, nos empuja hasta que logramos escalar la cima de esa montaña redentora. La cima es Pascua, tránsito del Salvador por la muerte a la vida. Con ella, la Redención se ha consumado. Cristo resucita del sepulcro y la Humanidad entera se hace partícipe de su vivir resucitado. Pascua es, por ese hecho, el misterio que todo lo transforma. Con ella penetra definitivamente lo divino en lo humano, en el hombre, en el cosmos, en el acontecer histórico, y se inicia el "reino de Dios" sobre la tierra, incoación, aunque en velada forma, del vivir de los siglos eternos. "Cristo salió glorioso del sepulcro —se canta en las liturgias del Oriente—, y con El ha resucitado el orbe entero. El mundo recibió una vida nueva y toda la creación se ha iluminado, cobrando unidad lo terreno y lo celeste. ¡Pro-

digio insospechado! El Omnipotente y dador de la vida se somete a la muerte, mas sólo para otorgar al mundo luz y claridades". De este modo cambia de sentido la vida para el hombre y su entraña íntima estribará en ser tránsito, peregrinación entre esta Pascua y el final encuentro con Cristo. Su ser tanto será más pleno cuanto más tibia sea en ella la huella del tiempo y más vigorosa la eternidad incoada.

Por eso necesita Pascua un complemento, un nuevo misterio que convierta sus realidades en hecho perenne hasta la consumación de los tiempos. El Divino Maestro resucita y permanece al lado de su Iglesia en un lapso de tiempo dando los postreros toques a su obra. El Evangelista lo resume todo en una frase palpitante de sentido y que para nosotros abre insospechados horizontes: *loquens de regno Dei*, conversando con ellos sobre el reino de Dios, manifestándoles sus últimas voluntades, otorgándoles medios para que cuanto El ante sus ojos había hecho se tornase herencia de todas las criaturas. Pero esta presencia física no podía durar largo tiempo. Su ser entero estaba ya glorificado y era preciso que ascendiese hacia su Padre para que la misma naturaleza humana, quebrantada en otro tiempo y sometida al pecado, recibiese esa eterna transfiguración de lo divino. Así adquiriría el cristiano certidumbre plena de que no sólo su espíritu quedaba desprendido del marco temporal, sino su carne misma permanecería orientada hacia la eternidad y hasta transida y penetrada por ella.

Con la Ascensión iba ligada una promesa. No subía el Señor para permanecer desprendido de su Iglesia, sino para unirse más fuertemente a ella, para que su ser perdurase por modo invisible en todos sus miembros hasta que se quiebren la atmósfera y el tiempo y torne a unirse visiblemente a ellos. "Es menester que yo me vaya, porque si no me fuere no vendría sobre vosotros el Paráclito; mas si yo voy os lo enviaré" (Joan, 16, 7). Era esto, en realidad, el fruto más preciado de su Redención; que su Espíritu, el Consolador, siguiese palpitando eternamente en su Iglesia, penetrándola de su ser, transformándola incesantemente en sí. La misión de la Iglesia será ir desenvolviendo, guiada por El, la obra de Cristo a lo largo de los siglos, llenando el ámbito de las tierras de su esencia y dando a las gentes la gnosis del Verbo (Intr. de Pentec.). Pentecostés es, por ese hecho, el complemento natural y necesario de la Pascua. No es una fiesta independiente, sino su corolario; una de las dos perspectivas que la inte-

gran. Pascua es, en realidad, el paso de la muerte a la vida, tránsito del "siglo del pecado", de un existir sometido al tiempo, al "siglo de Cristo", a un vivir en su reino. Pentecostés significa esa vida en Cristo, el disfrute de su existencia glorificada en nosotros. El Espíritu desciende sobre la Iglesia y sobre cada uno de sus miembros para que la Pascua sea carne y consubstancia de cada uno de ellos y servir de lazo de unión entre ella y la final parusía del Señor, como juez del Universo, al consumarse la Redención y penetrar los elegidos con la envoltura corporal en su gloria. Hasta ese momento nuestro caminar no será más que un tránsito, un grito incesante por su venida, clamor sin tregua por ese nuevo Pentecostés. Cristo sigue con su Esposa, la hinchada de su ser, la compenetra con El. Y ella, saturada de su Espíritu, va esparciendo la Redención, formando una tierra nueva y un cielo nuevo que serán su herencia eterna.

Con Pentecostés se cierra el ciclo de los misterios de Cristo, y con él, recibiendo los siete dones del Paráclito, hemos alcanzado nosotros la plenitud de nuestro ser cristiano. El camino iniciado en el Adviento ha encontrado su meta. La peregrinación no ha sido larga y, con todo, nos ha otorgado cuanto podíamos anhelar. Día tras día se ha ido deslizándose por nosotros la Redención, cayendo gota a gota en nuestra alma, y todo nuestro ser se ha trocado en un ser más elevado. No han sido sólo fiestas lo que hemos presenciado, ni únicamente hechos de la vida de Cristo lo que ante nuestra vista ha desfilado, sino que su espíritu y su vida se han convertido en espíritu y vida nuestra. Un Dios tomó nuestro humano ser y caminó entre nosotros, sufrió muerte y resucitó, retornando nuevamente al Padre para enviarnos su Espíritu, y nosotros, por modo inefable y sin perder nada de nuestra propia esencia, hemos ido reviviendo todo eso y nos hemos transformado en El.—G. SANMIGUEL, O. S. B.

En esta sección de vida del espíritu nos cabe hoy la dicha grande de españoles falangistas de poder agregar un hecho que conmovió nuestros aires en este tiempo de Pentecostés, henchido por hálitos del Espíritu. El 7 de junio fué firmado por el ministro de Asuntos Exteriores y Presidente de la Junta Política y el Nuncio de S. S. en España el acuerdo entre nuestro Estado y la Santa Sede. Con ello ha empezado a ser realidad uno de los vehementes anhelos de la Falange, y nuestra Re-

volución nacional y católica consigue así su postrer sentido. La España del tiempo y de la Historia y la del espíritu se han encontrado definitivamente, y la trabazón consubstancial de ambas llenará todos los propósitos de nuestro Movimiento.

LABERINTO DE LA CARACTEROLOGIA

(Rudolf Thiele: "Person und Character". Leipzig: G. Thieme, 1940.)

DIRECTAMENTE vinculada a la herencia de Nietzsche, la filosofía de hoy se ha planteado de nuevo el problema de las relaciones entre el cuerpo y el espíritu, gracias a una especial atención al elemento somático. En Psicología esto se ha traducido en una literatura más que abundante acerca del tema "estructura corporal", donde han colaborado, naturalmente, los psicólogos que proceden, ante todo, del campo de la Medicina. Con este movimiento enlázase inmediatamente la obra de Freud. Este médico-filósofo (que se consideró a sí mismo como artista fracasado) inicia su obra en el motivo del desequilibrio psico-somático y llega a construir toda una psicología donde un "leit-motif", hilo conductor a la manera de los hegelianos, explica toda la psique. Sin entrar en consideraciones sobre este motivo central (pues los discípulos han aceptado una interpretación muy amplia de la libido), es notorio que esto supone un gran avance sobre la Psicología precedente. Aun más: el mérito enorme —puede afirmarse sin reparos ahora que las aguas serenáronse ya— que ha de atribuirse a Freud desde el punto de vista de la Psicología es sencillamente el haberla hecho viable.

El ha sido uno de los primeros en sospechar que la Psicología no podía ser "pesca de superficie": cazo aquí una sensación, añádole un afecto sensible, luego un recuerdo..., se agita mediante las leyes de la asociación..., total: un concepto, un sentimiento superior, etc. Esta típica Psicología asociacionista, psicologista, de la apercepción —de todos los modos ha sido llamada— no ha satisfecho a Freud. El ha querido ver una explicación de la vida anímica en su conjunto, y esta explicación no se le ofrecía ni podía en modo alguno ofrecérsele en los llamados "elementos simples", que nunca son dados, y quizás por eso

cargan con el calificativo de simpleza. Frente a esa pesca de superficie, Freud ha laborado por una Psicología de "profundidad". Y en esa profundidad él ha creído ver una explicación unitaria. Todo lo demás del método psicoanalítico no nos interesa como labor psicológica.

Estamos de acuerdo en que ha sido una teoría insuficiente, arbitraria, "explicativa" e incluso que no ha logrado libertarse del atonismo psicológico. Antes, bien —y esto lo ha repetido numerosas veces Ortega—, la psicología freudiana disuelve la psique en un grupo de átomos reprimidos y rebeldes que no obedecen a una superior jerarquía. Pero quede apuntado su propósito.

Lo que después se ha llamado Caracterología tiene aquí su origen. Por medio queda la llamada Psicología individual, intento de superación de la estrechez psicoanalista, con idéntica aspiración de hallar en la maraña de la psique un motivo central. Y lo que luego se ha llamado en Alemania "psicología científico-espiritual" (Dilthey, Spranger) ha acentuado aún más el concepto de todo, estructura total, sentido de lo psíquico; si bien para llegar a cumplir su propósito haya partido de supuestos propios. Mentemos de paso otras tendencias que ya en su título llevan el lema de unidad: la psicología de la forma (Wertheimer, Koehler, Koffka) y la psicología de la totalidad (F. Krueger, Sander, Ipsen).

Para orientarse, pues, en el torbellino de vías, contravías, tendencias y contratendencias de la Psicología de hoy hemos de tomar como punto de referencia el mismo que en realidad ha sido la "lex motus" de la Psicología actual. Es decir, la tendencia a una explicación unitaria de la vida psíquica como tal, esto es, como un todo que tiene un desarrollo propio. Esto excluye el punto de partida del atomismo: los elementos simples de la psique, sin posible sentido fuera de la superior totalidad integradora. Habría que buscar directamente en esta unidad su sentido. Ya el nombre de alguna de las tendencias apuntadas, la psicología individual, por ejemplo, prejuzgaba el problema en el sentido de considerar al individuo que reacciona y se comporta en un medio determinado, que inicia su vida rodeado de una familia, etcétera. Pero sin necesidad de concretarnos a una tendencia, podemos afirmar que todas ellas, en definitiva, tienen a la vista el hombre concreto que vive y reacciona de una u otra manera, según su situación vital. (El caso extremo urdido ya en cerrazón de horizonte sería el behaviorismo.)

Todo esto quiere decir que si un buen día Luis Klages escribe un libro titulado *Los fundamentos de la Caracterología* no habremos de mirar desorientados con el objeto de fijar la dirección de su tiro. No; estaba ya supuesto en el trabajo de ese comienzo de siglo un estudio del carácter que habría de polarizar una rama de la nueva Psicología. Estudio limitado, por otra parte, a un aspecto del gran problema que Ortega titulaba "el conocimiento del hombre", o Antropología filosófica, que decía Scheler, y que constituyó el objetivo de todo el afán filosófico de este malogrado pensador.

Es decir, la renovación del problema del hombre es lo que, a fin de cuentas, moviliza los círculos filosóficos lanzándolos a la busca de una metafísica de la persona, a los círculos psicológicos en busca de una tectónica de la personalidad. Pero hay todavía un círculo de investigadores que no se hallan a gusto en la ciencia de su especial cultivo porque la hallan desprovista de sentido, sin llegar a la filosofía por considerarla carente de lo que ellos llaman "experiencia". Esta clase de científicos han buscado siempre, si no un "medium quid", sí, desde luego, un mutuo acercamiento entre la ciencia que ellos cultivan y la filosofía a la que aspiran. Tal es el caso de numerosos médicos alemanes del siglo pasado y del actual, que hicieron surgir al fin la Psicología llamada experimental. En el caso de la Caracterología, ese puesto de arranque ha sido el de Freud.

Pero nombraba yo al principio a Nietzsche y existen sus motivos. Porque el fundador de la Caracterología, Klages, va esencialmente influido por el aria de Nietzsche que cantó sin desmayo la enemistad de la vida y el espíritu. Luis Klages ha concretado esa enemistad entre el alma y el espíritu. Espíritu contradictor, represor del alma.

Esto suponía, como es natural, un fino estudio de la arquitectura íntima del hombre para ver dónde comenzaba el campo de batalla y cómo era posible una vida armónica entre dos enemigos; enemistad que, por otra parte, cobraba un carácter de postulado. El resultado fué, como es sabido, que, en un principio, el ser vivo desdoblaba su vital unidad en un cuerpo, fenómeno y manifestación del alma, la cual, a su vez, como superior elemento, era el sentido del fenómeno orgánico.

Pero a esto, que le es común con el animal, añadía el hombre "por su parte" un "yo", autoconciencia o espíritu, enteiquia "general" que se unía al alma individual de modo parecido a una transformación

química. Seguía así la lucha entre lo desprovisto de caracterización y lo ricamente caracterizado. Pero, graciosamente, esta lucha había comenzado en el tiempo "después" de la aparición del hombre. Y ya de aquí podían incluso deducirse apoloías russonianas sobre el estado de prima naturaleza.

Así las cosas, cabía la pregunta de si no era posible aprovechar las intuiciones de Klages sobre la tectónica de la persona y formar una teoría más coherente y menos arbitraria sobre su estructura. Esto ha sido la obra de la Caracterología posterior, y aun no puede afirmarse que lo haya logrado.

Por de pronto, nos encontramos ante dos problemas: persona de un lado y carácter de otro. Y aun cabe distinguir entre persona y personalidad. Precisa delimitar todos estos términos para evitar malentendidos. Y con esta delimitación se habrá marcado al mismo tiempo el rumbo de la Caracterología.

En efecto, a la circulación más que excesiva de esas palabras se agrega el que no es común un concepto para cada una de ellas. Y esto es lo que debía haber sido la obra posterior a Klages, porque con ocasión feliz apareció inmediatamente a la Caracterología la *Ética de Scheler*, trayendo consigo un estudio sobre la persona que no ha sido rebasado aún.

Pero este era otro enfoque, mejor dicho, es una dimensión nueva del problema. Pues aparece aquí planteado desde arriba el problema del hombre. La persona es la categoría real del espíritu (forma única de manifestación de éste, según Scheler, o sólo parcial, como luego ha visto N. Hartmann al proponer el tema del espíritu objetivo y objetivado) que se torna centro de la actividad frente al yo y al mundo de la percepción, tanto externa como interna.

Tenemos con esto definido el ser-persona, centro espiritual de los actos, idéntico a través de toda la peripecia del humano vivir, muy al contrario de la subjetividad y la conciencia cambiante.

Frente a esta categoría de la persona podemos observar sencillamente una estructura de la persona. Es decir, si aquélla se inhibe ante lo psico-físico y como centro espiritual de los actos, es independiente del aspecto psico-físico e incluso se sitúa frente a él; sin embargo, es un hecho típicamente humano lo que se llama "la formación de la persona", hecho que no halla verificación si no media ese aspecto psico-físico, gracias al continuo hacer de lo vital, lo emotivo o lo es-

piritual. Pero en este caso no nos hallamos ante la categoría "persona", sino frente a la estructura de la personalidad. Y ésta indicaría—en términos escuetamente formalistas—un hecho humano de organización, en el sentido de arriba-abajo, de un individuo caracterizado como persona.

Así planteados los términos, el problema del ser-persona se reduciría al problema del espíritu en su forma concreta personal; por lo tanto, sería cometido de una Ontología o Metafísica del espíritu, problema límite en el estudio del hombre. Y este problema límite constituiría la metafísica del hombre, con los magnos temas que en toda la metafísica de Occidente se han adscrito bajo el título: libertad y destino.

En cambio, el problema de la personalidad quedaría circunscrito a una Psicología del hombre normal—con sus variaciones típicas—, que trataría, como en efecto ha ido poco a poco tratando, de descubrir con métodos puramente descriptivos la estructura de la personalidad, su formación y limitación, hasta llegar a la esfera del espíritu, pero sin tocar éste.

Consecuencia del estudio de la personalidad, el problema del carácter es una explicación a la inversa de la misma estructura de la persona, porque se reduce a los diversos modos que una persona tiene de manifestarse en el choque consigo misma o con su contorno. De estos dos problemas, personalidad y carácter, se ha ocupado la llamada Caracterología.

Thiele quiere hallar una salida en el laberinto, lo que quiere decir un común encuentro. Refiérese primeramente a la tectónica de la persona, donde los estudios de estos últimos años han coincidido en una teoría que llaman "de los estratos" por considerar la personalidad escindida en capas, estratos o esferas. Los estudios últimos son de F. Hoffmann—1935—, E. Rothacker—1938— y Ph. Lersch—1938.

Desde Platón para acá no han faltado estas divisiones del alma. Pero lo que andando el tiempo llamóse luego "teoría de las facultades" habiase desacreditado después de los psicólogos del siglo XVIII. Y a la vista de estas nuevas teorías de la psique no puede menos de pensarse en la vieja—y ya desacreditada—teoría de las facultades. Porque, en resumidas cuentas, abstracción hecha del intento de objetivizar los

centros de actividades y dotarles de subsistencia propia, que fué lo característico en algunas épocas del problema, no otra cosa sino clasificar las actividades y adscribirlas a centros específicos se proponen estas teorías de la estructura anímica.

En realidad, el resultado no difiere de lo que Ortega ya indicó en 1924 cuando escribió su ensayo *Vitalidad, alma, espíritu*. Ahora, con palabras un poco más enrevesadas, se nos viene a decir lo mismo. En todo caso, el avance, si lo hay, ha consistido en aplicar las enseñanzas de la Psicología en los últimos años, y de este modo el esquema ha podido llenarse algo.

Veamos, pues, cómo ha quedado estratificada la psique. La división fundamental viene a ser la de Klages: el autor llama al estrato inferior "patopsique" y al superior "poiopsique". El inferior queda escindido a su vez en "somatopsique", lo que Ortega llamaba "alma corporal o vitalidad", y "timopsique", que Ortega llamaba simplemente "alma". El primer escalón, el alma corporal, representa el elemento vital enraizado en lo más profundo del ser humano. En él se engloban las sensaciones y sentimientos orgánicos que tienden a fundirse en el "sentimiento vital". Las dos vivencias fundamentales son la euforia y la disforia, que de modo oscuro nos enteran del funcionamiento del proceso vegetativo. El llamado "biotonus" coincide con estas vivencias. Ahora bien: de este trasfondo afectivo vital surgen el "ímpetu" o impulso elemental y el instinto. El primero se caracteriza por su total falta de directividad y objetivo; es una tendencia a la descarga ciega sobre el objeto que se le ofrece. El instinto, en cambio, "busca" su objeto en virtud de una íntima dirección, objeto que el ímpetu ciego sólo encontrará fortuitamente. Pero téngase presente que el instinto tan sólo se refiere al de conservación propia y de la especie.

En el segundo substrato nos hallamos ante la vida superior del sentimiento.

La esfera vital es superada por la esfera del ánimo, el sentimiento y la tendencia. El dato fundamental es el temple de ánimo, y sus vivencias son la alegría y la tristeza. Los sentimientos—de valor y de estado—, con su inagotable policromía y riqueza, son el factor decisivo. De ellos brotan como factores dinámicos las tendencias, al igual que los instintos brotaban del momento afectivo vital. Ambos, tendencias—que Klages llamó resortes—e instintos, tienen en su dina-

micidad una fuente común: el “impulso”, que se hace sentir en todos los estratos de la personalidad.

Por fin, el estrato superior de la poiopsique, esfera activa, espontánea y noética, nos adentra en el reino de la voluntad y la reflexión, el obrar motivado y la libertad. Desde el vértice de la personalidad podemos ahora darnos cuenta de sus notas esenciales. En primer lugar, lo que diferencia al ser personal del individuo apersonal (animales) es su conciencia de “tener vivencias”, lo cual supone una conciencia de sí propio, centralizadora de todos los momentos vividos. Hasta las capas más profundas de la personalidad tienen una importancia excepcional por esta su referencia a la conciencia central.

Pero además el hombre se vive en comercio con otros que, frente a su yo, forman el reino del “tú”. Y he aquí cómo por sobre la conciencia de la personalidad se nos aparece la “conciencia del yo”, en contraposición a los “tú” del contorno.

Esta última conciencia es considerada como el elemento verdaderamente significativo e idéntico a lo largo de la vida íntima que es la historia de la persona.

No quiere decirse que subsista una dualidad en la conciencia de la persona, pues esta conciencia del yo representa únicamente un saber de sí mismo, formal y abstracto que ha de lograr su contenido en la riqueza vivencial de la autoconciencia: centro del acaecer de toda la vida psíquica.

De este modo nos aparece en función de unidad la espontaneidad personal, y el hombre como punto de inserción —o en su caso, manifestación única— del espíritu entra en la vida de éste y se inserta en un entresijo de instancias sobrepersonales e interpersonales: sociedad, Estado, lenguaje, derecho, moral, etc.

Por esta consideración de la unidad no ha perdido su importancia la teoría de los estratos. Parecería, en efecto, que, puesto que la persona puede únicamente actuar como tal habiendo sido comprendida como totalidad de sentido, las divisiones de capas, estratos y esferas que en ella se quieran distinguir tienen tan sólo un valor pedagógico. Sin embargo, una mirada a la Psicología diferencial nos convencería de que no es así realmente. La tipología de la psique obtiene una satisfactoria explicación sobre la base de la teoría de los estratos. Según que, en efecto, predominen uno u otro, tendríamos la variación del

tipo psíquico. El hombre normal sería un ejemplo de la armonía en la cooperación de los varios estratos.

A partir de esta teoría de los tipos, el laberinto se convierte en un callejón sin salida. Todo lo que no sea el esquema formal no halla un acuerdo por parte de dos autores. Y, aun aceptada la anterior teoría de la personalidad, al pasar ahora a la tipología del carácter, mera consecuencia de aquélla, no hallamos ya el punto de partida claro que obteníamos antes. El problema queda reducido a descubrir los llamados rasgos o señas del carácter, pues que la pregunta de la Caracterología es: “¿Cómo se comporta la persona —o, más exactamente, su principio espontáneo que efectúa la toma de posición— en el trato con el contorno o en el trato consigo misma, y en virtud de qué disposiciones y fuerzas en ella insitas verifica ese comportamiento?”

Una respuesta adecuada nos pondría en posesión de los momentos a que podrían reducirse las propiedades fundamentales del carácter. Y el intento de hallarlas ha llevado a la Caracterología a una especie de cálculo matemático, análogo al que hacía Herbart en su Psicología con los elementos psíquicos. El resultado son fórmulas. Nada más. Pero el autor quiere ver también en toda esta mecánica psíquica un esquema formal común y un fundamento concreto capaz de llenar, por otra parte, el esquema vacío. El esquema es: recepción-elaboración-reacción de la vivencia. El fundamento que nos llevaría a llenar ese esquema es la creencia de que hay unos momentos íntimos “de naturaleza dinámica”, manifestados incluso en la impresionabilidad, que en el proceso de la vivencia sirven de base a la elaboración de ésta. Así, el término del proceso, la reacción, nos sería conocida en virtud del análisis de esos “momentos dinámicos”. Pero al analizar estos momentos se vuelve a hablar de receptividad y retentividad de la psique.

¿No nos movemos en un círculo vicioso? A lo más que en todo caso puede llegarse es a encuadrar todas las actividades y disposiciones psíquicas en esos tres momentos apuntados y a encarecer la importancia del temple, del impulso, del amor o de la simpatía para la elaboración de la acción-réplica.

Aproximadamente es lo mismo que ya Goethe había indicado: “Inútilmente os esforzaréis por describir el carácter de un hombre; reunid, en cambio, sus hechos y actividades y obtendréis una idea de ese carácter”. — HILARIO RODRÍGUEZ SANZ.

DE LA COLECTIVIDAD EN EL ARTE DRAMATICO

SE trata de *San Francisco*, film americano cuyos protagonistas encarnan tres conocidos actores: Jeannete Macdonald, Clark Gable y Spencer Tracy.

Advierto previamente que este artículo no es una crítica cinematográfica. Yo no entiendo una palabra de cine. Para mí un film es bueno cuando me enajena, y no lo es cuando no logra hacerme olvidar de mí mismo. Este podrá ser criterio práctico para el espectador medio, pero no para el que ejerce la rigurosa actividad crítica. Los primores técnicos y las delicadezas poéticas del arte cinematográfico son para mí un misterio que no sé si algún día desentrañaré. Puedo, ante *San Francisco*, decir que me complace. Clark Gable, que la Macdonald me molesta y que Spencer Tracy, a pesar de la triple y cada vez más perfecta reincidencia, sigue chocándome como intérprete de tipos eclesiásticos. Su cara de gran actor tiene un lejano matiz sospechoso.

Pero no se trata de esto. *San Francisco* incorpora a una anécdota sentimental del tipo más corriente la gran catástrofe acontecida en 1906. Según he leído en alguna parte, un día de ese año se vino abajo estrepitosamente la horrorosa arquitectura urbana de San Francisco de California: sus duros cimientos no pudieron aguantar el terremoto que conmovió aquella hermosa tierra. Fué una catástrofe en toda regla, y el film que motiva mi comentario la reproduce con bastante acierto. Pasemos de largo sobre la oportunidad de resolver un conflicto dramático mezclándolo con el terremoto: no es un recurso de grandes posibilidades, porque, afortunadamente, los terremotos no son nada corrientes. Pero con el terremoto, el film en cuestión deja de ser relato de conflictos individuales para ampliar su escenario, dando cabida en él a un protagonista colectivo: toda la ciudad horrorizada, impotente ante el enojo telúrico, que traga y sepulta hombres y hombres, indistintamente, sin que a la ceguera elemental importen su edad, virtud o sexo.

Antes aludimos a Spencer Tracy como eclesiástico. Su presencia justifica determinadas escenas de matiz religioso, primer objeto de nuestra insistencia.

RELIGIOSIDAD.—Clark Gable es una suerte de ateo simpático, generoso y buena persona, aunque su moralidad fracase en el amor. Spen-

cer Tracy, cura católico, tiene especial interés en convertirlo. No lo consigue, y su caritativa testarudez le proporciona, en determinada ocasión, un buen puñetazo que soporta con evangélica paciencia. La intervención del terremoto, de cuyos efectos terribles se salva Jeannete, conduce a la creencia al impío Clark Gable. La conversión de un pecador, cuando en la vida real sucede, es siempre conmovedora si con la debida caridad se considera; pero cuando esta conversión acontece en el arte —en el cine, por ejemplo— y en medio precisamente de una humanidad dolorida, la peripecia espiritual apenas si consigue interesarnos. Este arrodillarse del pecador empedernido no llega a ser ni emocionante.

Porque no es sólo él quien se arrodilla. A su lado pasan frenéticas oraciones, gritos implorantes al poder divino, y muchas gentes renuncian a su salvación temporal para caer postradas ante Dios y sus misterios. Por debajo del terror, por debajo del dolor humano, una profunda ráfaga religiosa palpita, y es ella, no el dolor individual de Clark Gable, quien despierta nuestro interés. Es aquella mujer arrodillada en una esquina mientras se desploma sobre su cabeza un lienzo ingente de pared. Es esta otra, perdida en el tumulto, que clama perdón para sus pecados. Y estos hombres que, cada uno a su manera, oran o imploran ante el Poder inexplicable. El film se está acabando, y presentimos que, si es obra de un artista, su remate será una importante escena de religiosidad colectiva.

¿Por qué nuestra emoción es mayor ante la ululante muchedumbre que ante el atribulado y simpático Clark Gable? La respuesta es sencilla: nuestro tiempo pierde el gusto por las aventuras individuales cuando a su lado una colectividad padece o se alegra, teme o siente esperanza.

En el jardín florido de la religiosidad nos importa más la comunidad creyente que el problema individual, índice seguro de un cambio de los tiempos.

PRESENCIA HISTÓRICA DE LO COLECTIVO.—Hace varios años, en los ya lejanos de mi adolescencia, el mundo anunció que la época del individuo se terminaba para dejar paso a las multitudes como protagonista histórico. Fueron los tiempos del film ruso, de la novela rusa, del teatro de masas. Muchas gentes lo creyeron, yo entre ellas; pero la verdad es que se trataba de un error de perspectiva, porque duran-

te mucho tiempo el individuo siguió triunfando. Ahí están los veinte últimos años de arte en crisis que lo atestiguan.

Pero hoy la cosa ha cambiado. Basta con mirar, sin demasiada perspicacia, el gran teatro del mundo. Vivimos días amargos y trágicos de guerra. Antes combatían ejército contra ejército. Hoy son naciones contra naciones; grandes unidades históricas que se enzarzan en pavoroso conflicto. En este *totum revolutum*, el individuo no es nada, no representa nada. Su actividad personal no puede desenvolverse. Ahora sí que no es más que un número; ese número, inferior a un nombre, que, grabado en la chapa de una pulsera, servirá para una posible identificación futura.

No obstante, cada hombre tiene un destino individual e inalienable que ninguna circunstancia histórica puede arrebatarse, porque es don de Dios. La forma de ese destino no es la misma para cada tiempo. El siglo trae consigo un sello especial que imprime inexorablemente en los hombres que caben dentro de su paréntesis. No estará de más dibujar aquí la impronta de ese sello que nuestro siglo pone, candente, en nuestras vidas.

ESQUEMA DE NUESTRO DESTINO.—El hombre del siglo XIX, primoroso individualista, acuñó esta frase: “vivir su vida”. Un gran poeta tudesco, tras pasado de presentimientos, puso el anverso a la medalla haciéndola completa: “morir de su muerte”. Con Ibsen y Rainer María en la mano, podríamos formular toda una filosofía de la conducta individual ante el tiempo y el misterio. Pero Ibsen murió hace mucho, y el mismo Rilke agoniza, carente de ecos. Si alguna vez “vivir su vida” se desliza en nuestra expresión, es cargada de otro sentido, y en cuanto a “morir de su muerte”, las más cercanas experiencias la han dejado inválida y cercenada: cuando los hombres de mi generación digan su palabra sobre la muerte—yo me permito anunciar desde aquí las admirables intuiciones de un entrañable amigo que los lectores de ESCORIAL conocerán muy pronto—, el tema permanente de nuestra angustia añadirá precisiones nuevas a su perfil eterno. Y todo porque los vientos han cambiado los rumbos del destino.

Yo soy un español nacido en 1910, postrimerías históricas, si no cronológicas, del siglo XIX. Dos guerras universales y dos nacionales han aguzado mi conciencia. Me permito, querido lector, que si alguna vez se ha detenido tu espíritu perplejo y angustiado ante la suerte de tu propia vida, me acompañes en la siguiente meditación, porque es se-

guro que sus circunstancias se parecen a las tuyas tanto como entre sí los verdes y bellos ojos de Celia, pongo por caso.

Como es natural, yo tuve mis aspiraciones. Considerados un día todos mis posibles destinos, mi vocación se decidió por uno, aquel que más auténtico me parecía—después de sufrir, esta es la verdad, por repetidos titubeos—, y mi voluntad se puso enérgica al servicio de aquel proyecto biográfico de mi elección. De las cosas que quise ser, algunas, muy pocas, las he conseguido; no fueron las más importantes. Porque de éstas, precisamente, descubrí que no estaban en mi mano.

Hijo de un siglo individualista y pragmático, cuyas más altas voces me gritaban que el hombre es dueño de su destino, mi juventud conoció que aquellos amados guías habían mentido, y si no mintieran, sus consejos, por lo menos, perdieran de su vigencia, porque el hombre—cuando yo lo fui—no era ya dueño de su destino. Mi querer era impotente, y el de mis compañeros, nacidos por el mismo tiempo y remeros del mismo barco, impotente en igual medida. Por encima de nuestras voluntades, un destino colectivo, que incluía al nuestro en su contorno, jugaba con nosotros, agitando las vidas al mismo disparatado compás. La imagen del barco perdido en la tormenta, a pesar de su vejez, tiene completa en este aspecto su eficacia simbólica.

A la indignada sorpresa siguió un original descubrimiento, no sólo mío, sino de muchos: nuestro porvenir dependía precisamente del porvenir nacional. Si éste era afortunado, aquéllos serían posibles, y si adverso, nuestras esperanzas no pasarían jamás de frustradas ilusiones.

Considera, lector, que eres español, y que este ser español no puedes evitarlo. La vida de la Patria condiciona de tal manera tu propia vida, que si se salva te salvarás, y si perece perecerás necesariamente, aunque la muerte no quiera, piadosa, arrebatarte del dolor colectivo. Y no digas que esto pasó siempre, porque no es cierto. En otros tiempos el hombre albergaba cierta posibilidad de salvación individual aun ante el fracaso de la Patria. La aventura nacional no era nunca totalitaria. Las cosas transcurrían más lentamente. Un percance político dejaba sentir su influencia a lo largo de muchos años y la decadencia era proceso diluido y apenas perceptible. Era necesaria la mayor clarividencia para acusarlo. Ahora, sus síntomas, de haberlos, son tan claros, que el más lerdo los palpa y huele. Lo mismo sucede con la prosperidad y con la crisis. No hay español discreto que no

sepa que su vida, hoy por hoy, depende íntegramente de la vida de la Patria.

¿Puedes ahora entender en qué consiste lo específico de aquella impronta que el siglo marcaba, hecha un ascua, en nuestras vidas? Ni más ni menos que esto: como contadas veces en la Historia, no hay posible destino individual que no vaya encajado en otro comunal que lo determina y condiciona. La vida y la Historia manifiestan decidida preferencia por los protagonistas colectivos. No podemos decir que de un hombre dependa el mundo, porque esos nombres señeros que se nos vienen a las mientes no se representan a sí mismos, no obran en nombre de su querer ni de sus intereses; simbolizan una colectividad, son ellos mismos coreutas de inmensas muchedumbres cuya voluntad y apetencias conducen y a la vez expresan.

Si el arte ha de ser reflejo de su tiempo, importa que en el nuestro demos cabida a estas multitudes, en cuya masa nuestras vidas naufragan hasta perderse. O hasta salvarse.

Digamos de paso que de las artes sólo a dos cumple recoger esta nueva emoción, precisamente a aquellas de mayor amplitud social: el teatro, género antiguo y perdurable; el cine, novísimo instrumento.

EL ESTADIO ACTUAL EN LA APARICIÓN DE LO COLECTIVO.—Pero no hemos perdido el amor a lo estrictamente individual. Puede que en el caso concreto de los españoles sea cosa de estirpe e histórica fatalidad, puede también que sea nada más que esto —y ya no sólo en nuestro caso—: el hombre no puede dejar que le arranquen, en nombre de lo que sea, su elemental primitiva razón de existencia. El mayor de nuestros muertos tiene anunciado, y somos muchos a creerlo, desearlo y esperar ardientemente, que a España corresponde en esta hora, y como máximo histórico quehacer, armonizar con el destino de cada uno el colectivo de la Patria.

Pero sea cual fuere la suerte final de esta coyuntura admirable, una cosa está fuera de dudas: el drama que el hombre civilizado vive con precisión y angustia es el conflicto entre los dos destinos. De mí sé decir que por encima de todas mis convicciones—éstas que presiento no me abandonarán jamás—algo íntimo se me rebela cada día, exigiéndome un programa suspenso de creación y de vida; pero que al mismo tiempo y con idéntico imperativo de exigencia, el deber para con mi Patria, mi generación y mi tiempo, me retienen en la brega. Y cuántos de mis camaradas que dicen, fatigados de desaliento,

que se retiran a la vida privada y luego no lo hacen, pasan por semejante experiencia.

Los términos del drama se plantean entre lo nacional o lo social, de una parte, y lo individual de la otra. La constante, en cualquier caso, es un "yo" frente a un "nosotros". El "yo" se bate en retirada, pero se bate; el "nosotros" apunta la victoria. Cogido entre sus fuegos, ese "tú", penúltimo descubrimiento de la cultura, queda perplejo. Pero siempre hay una vida que se frustra o suspende su existir autónomo.

La etapa del "tú", por efímera, no llegó a alcanzar grandes expresiones en la poesía y en el arte. La otra espera el poeta que la formule en trazos indelebiles. Cuáles serán no puedo decirlo, porque mis facultades proféticas son absolutamente nulas. Hace años, en un ensayo prematuro, arriesgué posibles normas de una dramática futura en la que lo colectivo tenía cabida e importancia. Hoy tengo que suspender todo juicio sobre su validez, aun como normas personales. Y en cuanto a mi obra, mi propia actividad literaria se mueve, en parte, en torno a lo colectivo, esquivo Jericó de múltiples murallas resistentes a toda trompetería, cuanto más a mi pequeña murga; pero de su defensa inexpugnable he derribado sólo muy pequeños bastiones en los que se asienta mi actual asedio. Un libro mío, hoy en la estampa, muy pronto en los escaparates, junto a una tremenda individual agonía, pása de soslayo, como ave vespertina, sobre atribulada muchedumbre. Y nada más. Y no se trata tampoco de colectividad nacional o social, sino tan sólo de un pequeño grupo histórico sin importancia.

La relación entre lo nacional y el individuo, tal como se planteó, tiene hoy—nada más que hoy—una interesante vuelta por pasiva. Muchos hombres, por fas y por nefas, ven de qué manera los terribles acontecimientos que presenciamos los desgajan de sus comunidades nacionales. Constantemente Europa arroja fuera de sí hombres y más hombres, empujados por el destino a tierras inéditas. Entre los muchos "sin patria", alguno habrá que la tenga o la sienta, aunque de modo heterodoxo. ¡Cuántos de nuestra sangre, fugitivos de la justicia, ensayas picaresca en tierras tropicales o buscan acomodo jurídico agregándose a patrias extrañas! De éstos interesa la experiencia—¿quién será su poeta?—, porque en ella hallaremos la prueba irre-

futable de nuestra última razón: la irrevocable dimensión nacional, no por histórica y relativa menos cierta, del hombre de nuestro tiempo.

PARA TERMINAR.—Quiero resumir, con palabras estrictamente personales, esta revuelta nota sobre lo colectivo en el arte.

En la universitaria celda donde escribo, por la ventana abierta a la noche, un aire cargado de aromas viene a estremecerme, transiendo de rosas mi sensualidad.

Hace sólo un momento, descanso para mi fatiga, de bellos versos antiguos en exquisito, sencillo romance, hice momentáneo recreo. Y a mi alrededor, libros y papeles revueltos denuncian mi vocación y mi trabajo.

Frente a mí, enclavadas en un retrato, cuatro cabezas infantiles afirman la persistencia de mi sangre, y su vista me colma de orgullo, también de congoja, porque acongojado oficio es el de paternidad, y el mío me obliga a este quehacer agobiante; pero en sus horas, por el resquicio que las ideas dejan, una estampa de mujer, pintada en el aire que respiro, recuerda aquella presencia que a mi ser dilapidado cuajó en unidad por obra de amor.

Finalmente, en la blanca pared desnuda, los Brazos Abiertos sobre la Cruz franquean la puerta de mi última esperanza.

En estas cosas se resume mi vida individual, pero siento que yo soy más que esto. Yo soy algo más que amante, padre y hombre sensible. Más que escritor y más todavía que una vida perdida frente al Dios inmenso.

Por el nacimiento y por la sangre pertenezco a una comunidad nacional, a una Patria donde tengo cabida como ser político, y, quiéralo o no, a ella se refieren, en última instancia, mis libros y mis hijos.

Por el bautismo soy miembro de una "Ecclesia" que percribe cauce y compañía a mi diálogo con Dios, preformando el más hondo trascender de mi vida en el espíritu.

El tiempo que asistió a mi nacimiento me hace partícipe en las angustias e ilusiones de una generación a cuyas determinaciones históricas, a cuya suerte, en suma, no me puedo escapar.

Como cristiano, como español y como hombre, soy algo más que "yo"; soy parte de un "nosotros" que reza, piensa y combate en plural.

No son más mis oraciones, salvo las que acusan mis pecados; para la lucha áspera por la Patria necesito de mis camaradas, y, por fin, mis pensamientos fundamentales—los mismos que sostienen este en-

sayo—son de esos a quienes arrimo mi hombro compartiendo una común tarea.

Es verdad que mi ser quiere perpetuarse en la eternidad y en la Historia y que la vida y el arte me ofrecen sus caminos; pero es todo mi ser, sin alas recortadas ni porciones escindidas, quien reclama con hambre total de eternidad.

Por el “yo” me parezco a todos los hombres de todos los tiempos, y creyente, padre, amante o poeta, soy ni más ni menos que fueron muchos. Por el “nosotros” me parezco a todos los que participan en este presente humano anhelo; más que parecerme, soy en ellos, puesto que aislado pierdo irreparablemente esa tan querida parte de mí.

Quiso la suerte que mi colaboración en la Historia, por escasez individual, tenga que hacerse a través de una colectividad, de una generación que aspira a marcar su huella profundamente; pero también porque en mi tiempo no se puede compartir la empresa histórica si no es así: en apretada fila, en grupo nuemroso y ordenado.

¿Será mucho querer para nosotros que el arte nos incorpore con nuestro pensar y nuestro sentir totales, no referidos a un hombre sólo, sino a todos los que se comunican en el mismo quehacer y en el mismo anhelo? ¿Será querer demasiado que, en estos días en que la Historia vuelve a su estilo heroico, renazca el drama histórico que junto al héroe imponente, casi sobrehumano, coloca la multitud activa que el héroe simboliza? ¿Será pedir con exceso que, sobre los exhaustos y cotidianos tablados, reaparezca la tragedia? — GONZALO TORRENTE BALLESTER.

ACCION DE ESPAÑA EN AFRICA

LA extinguida Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos comenzó la publicación de una serie de libros sobre “Acción de España en Africa”, de la que no apareció más que un tomo—*Iberos y bereberes*—, y ahora el Servicio Histórico Militar del Ministerio del Ejército réanuda esta útil publicación con este segundo tomo (1), en

(1) «Acción de España en Africa», Tomo II. *Cristianos y Musulmanes de Occidente*. Madrid, 1941, 295 págs. y 30 láms.

que se nos cuenta, en líneas generales, la vida del Islam norteafricano en sus relaciones con Europa, y en particular con España, desde los tiempos emirales hasta el desembarco francés en Argel; un milenio largo en que tantas y tan interesantes cosas sucedieron.

La opinión del español no especializado sobre ciertas cosas fundamentales—así sobre este capital problema africano—suele adolecer de muchos defectos—tosquedad, ligereza, etc.—; pero así como a menudo las causas pequeñas producen grandes efectos (piénsese, por ejemplo, en la gripe del ejército prusiano antes de Valmy), así parece obvio que el cincuenta por ciento de esas faltas proceden de otra más elemental y nada misteriosa: la ignorancia. El día que al español le sea fácil informarse de lo que pasa, como lo es, por ejemplo, al alemán (si aquí llega a haber algo parecido a esas colecciones de manuales informativos del tipo *Sucesos del mundo*, etc.), la mitad de esas opiniones desaparecerían para ser sustituidas por otras más justas, y la mitad restante tendría tan evidente faz de necedad o traición que ya no haría daño.

Por eso—cualquiera que sea la objeción de detalle que se pueda presentar a una obra de este tipo—siempre quedará en pie el esfuerzo meritorio y, sobre todo, la utilidad de incalculables posibilidades de pertrechar al español con un conocimiento de sus propios problemas. Sería recomendable—así, sin más—que todo español que aspire a algo más que a callarse y no hacer nada se leyese este grueso y en verdad nada ameno volumen. Cuando el destino de nuestro pueblo suele tratarse en forma de retórica conviene evadirse de ella y darse cuenta, humilde y fecundamente, de que uno no sabía nada.

He aquí, por ejemplo, un tópico de toda la retórica al uso: nuestros misioneros. Y, sin embargo, uno piensa sólo en los de Indias, y al leer este libro se enterará uno de que, por gigantesca que esa obra misional de Indias haya sido, no la cede en mucho el ciclópeo y callado heroísmo de gigante humilde de nuestros frailes redentores y alentadores de africanos cautivos. Uno está—es la pura verdad—algo harto de oír hablar de Numancia—al fin y al cabo una defensa de un grupo bárbaro—, y se le ensancha a uno el alma al leer las defensas de Orán, sobre todo la última, al fin y al cabo una defensa contra bárbaros. Se suele saber el daño que nos ha hecho Francia en Marruecos; pero se suele ignorar que por poco no nos funda Inglaterra una segunda Aus-

tralia o Nueva Zelanda del lado sur del Estrecho, etc. (Y eso aparte de las anécdotas, que tienen mucho y grande interés.)

El libro, este es su valor mayor, tiene por objeto sólo informar. Pero es tal la virtud del conocimiento que, así, solo, nos hace entender la historia y el destino futuro de España más que cuanta teoría pudiese hacerse sobre nuestro "Imperio" y que cuanta literatura se haga y haya hecho sobre el testamento de Isabel, cuya grandeza reside, claro, en que no era retórico, sino atenido a la historia de entonces.

Bien está —mejor que cosa alguna— que nos preocupemos de nuestro destino africano. Pero ello es huero y sin sentido sin antes enterarnos de cuál es realmente, *históricamente* (¿se concibe una política ahistórica?), ese destino.

Por esto, un libro aparentemente tan inerte —datos, fechas— puede ser y ha de ser una palanca vigorosa para el mañana español. Y, frente a tanto gesto, bien está la virtud callada de quienes, a fuerza de estas menospreciadas calidades de paciencia y diligencia, nos ponen en las manos ese instrumento. — CARLOS ALONSO DEL REAL.

¿EL CRISTIANISMO, MORAL Y DOCTRINA, O VIDA?

ANDAR a caza de herejías, como si floreciesen en primavera, es ocupación grata a no pocos, y el reconocido ardor de que gozamos los españoles llega a explicarla, si es que no la justifica. Y acontece el hecho, por excesivo ya un tanto molesto, que cuanto en política o religión contradice a su modo de ser y de pensar, más en acuerdo con momificados tópicos que con vivientes realidades, se les antoja, ponemos por caso, "heterodoxia modernista" y "cosa indeseable". Y quien ante las graves cosas de la vida, tiene tarea más elevada en qué pensar, se ve obligado a una dolorosa elección: o acomodarse al sentir y obrar de quienes, sin conceder otro tanto a los demás, se atribuyen peregrinas infalibilidades, o resignarse a que sobre sus hombros cuelgue, incómodo y denigrante, herético sambenito.

En el primer número de ESCORIAL se publicó un artículo en que se decía que "el cristianismo no es una doctrina, ni una moral, sino que es vida". Esta es, a nuestro juicio, una verdad tan evidente y anti-

gua, que si no estuviera olvidada, no valdría la pena repetirla. Pues bien: su sola enunciación ha sido causa de inexplicables alarmas, Tan inexplicables y fuera de razón, que nos parece justo tomar sobre nosotros la defensa que el autor del artículo, por motivos que no nos incumben, se niega a hacer.

Con aquellas palabras —a nuestro juicio— se deseaba poner de relieve únicamente la diferencia infranqueable que media entre nuestra religión divina y cualquiera de las restantes religiones. Todas ellas, la de Buda o Mahoma, por ejemplo, poseen un manojo de principios doctrinales y un código más o menos acabado de preceptos morales; pero en esto estriba su postrer alcance. Con ello se toca la periferia y externa corteza del hombre, sin llegar al entresijo íntimo del vivir. Cristo, en cambio, no sólo otorga esas normas morales y una serie trabada de revelaciones que han de ser dogma indiscutible y eterno para sus adeptos, sino una vida, su propia persona, que será el nervio vivificador de la religión. Su discípulo poseerá esa vida, no por adaptar su existencia a un precepto, ni por someter su inteligencia al hecho revelado, sino participando de El hasta poseerle en su plenitud. El *vivo ego jam non ego, vivit vero in me Christus* del Apóstol sólo después de realizarse en nosotros esa transformación vital podremos repetirlo, cuando se haga realidad —aunque sea esto en forma incoada e imperfecta por el velo del tiempo y de la carne que aún pesa sobre nosotros— aquella *conformidad con su persona — conformes fieri imaginis Filii sui* (Rom., 8, 29)—, en que se cifra nuestra predestinación. Y esto es evidente que sólo por una participación de vida puede conseguirse, nunca con meros preceptos y doctrina. No quiere esto decir, ni mucho menos, que vayamos a negar el dogma y la moral en el cristianismo, pues ambas a dos son imprescindibles para que esa vida exista. Necio sería pretender vivir de Cristo y en Cristo sin creer en El y en su revelación o siguiendo rutas morales ajenas o contradictorias a su doctrina. El dogma y la moral son necesarios, insoslayables, para que el ser cristiano exista; pero no es esto suficiente, sino que todo tiene que transformarse en un práctico vivir. Este y no otro es el sentido de aquella frase de ESCORIAL que a tantas buenas gentes llenó de pavor y sonó a piedra de escándalo.

Uno de los asustados fué el autor de un artículo sobre “El Evangelio y la vida” (*Ecclesia*, 9, 17-18), escrito, por lo demás, con un espíritu fuertemente subjetivo. En él se tilda la frase de “heterodoxia moder-

nista”, habiéndola leído, a todas luces, con no pocos prejuicios y excesiva precipitación. Indicio claro de tales prejuicios es el que empiece metamorfoseando el texto, haciéndole decir que “el Evangelio no es una doctrina, ni siquiera una moral: es vida”, cuando allí se hablaba de Cristianismo, cosa harto diferente de Evangelio, a menos que se entienda en su original sentido de *Buena nueva*, lo que no acaece en el mencionado artículo. A nadie se le puede ocurrir que el Evangelio, como libro que nos consigna los relatos de la existencia del Salvador y sus enseñanzas, sea vida. El mencionado escritor, sin embargo, se empeña luego en defender que “no sólo es doctrina, ni sólo moral, sino también, y ante todo, vida”. El Evangelio no es, ni puede ser, otra cosa que una doctrina y una moral, henchidas después por Cristo como principio vital; y el cristianismo no es, en última instancia, más que un contacto, una participación de ese vivir. Sólo unos momentos llega a ser vida el Evangelio: al escucharlo la comunidad cristiana en la reunión litúrgica, transformado ya en culto, en *opus Dei*, homenaje suyo al Señor y obra de Dios en su alma.

En ese artículo se habla, además, de “cierta moda literaria y teológica”, refiriéndose, sin duda, al renacimiento litúrgico, que ha hecho suya esa frase y la ha puesto como consigna fundamental de sus anhelos. Esto ya reviste mayor gravedad, pues es claro indicio de que su autor ha visto muy de lejos este resurgimiento del vivir cristiano a base de un palpitar más íntimo y a tono con la vida de la Iglesia, pues un movimiento que asienta como puntales básicos de ese renacer lo objetivo y la comunidad—vida que se nos otorga, realizada en unión íntima con los demás miembros de un mismo cuerpo—no puede ser tildado de moda literaria ni de modernismo o caso semejante. Sabido es que el modernismo tiene por soporte cabalmente el mundo opuesto, el individualismo y el subjetivismo. Para él carece el dogma de objetividad y eterno e inmutable carácter, y evoluciona continuamente a merced del capricho y aires en que cada cual se mueve.

Pero no es esto, en realidad, lo que para el contradictor tiene sonos de heterodoxia, sino el ambiente general del artículo, y es que por todo él se deja ver que el espíritu subjetivo o individualista, lo apoloético y lo moral—cosas, por otra parte, integrantes y necesarias—, no pueden constituir la esencia íntima del cristianismo y, por ende, del práctico vivir para el cristiano. Ninguna religión juzgó que radi-

case su postrer valor en los preceptos y en los principios éticos que debían enderezar la vida de sus hijos, sino en esa vida misma, en la entrega total de la criatura a la divinidad y en el comercio que esa *devotio* le otorgaba con ella. Ciertamente que para que esas relaciones pudiesen mediar tenía que someterse el hombre a un guión doctrinal y plegar su existencia a ciertas normas morales. Idéntico fenómeno acaece, si bien en esfera sobrenatural y divina, en el cristianismo, cuya entraña y esencia no pueden ser ni la moral, ni siquiera el dogma (si bien ambos órdenes son, como queda dicho, imprescindibles), sino la vida en Cristo, vida que no recibimos nosotros inicialmente sometiéndonos a su doctrina o acomodando nuestras costumbres a sus preceptos, sino en un rito, que nos vincula a El haciéndonos miembros de su propio cuerpo. A ese rito inicial siguen otros muchos que nos la van robusteciendo y ensanchando hasta que logramos poseerla en plenitud. Si por un tropiezo nos cabe la desdicha de perderla, un nuevo rito nos la otorgará, no una mera aquiescencia a las verdades doctrinales. Pero de nada servirían todos esos actos litúrgicos si a ellos no se siguen la creencia y el vivir moral en conformidad con la existencia recibida en el primero. En la catequesis que le precede se nos indica esto con meridiana claridad—¡la citamos juzgándola exenta de “heterodoxia modernista”!—. “¿Qué anhelas tú de la Iglesia de Dios?, pregunta el sacerdote al catecúmeno. —La fe. —Y la fe, ¿qué te otorga? —La vida eterna. —Si deseas llegar a esa vida guarda los mandamientos”. Tres cosas se ventilan ante el que intenta penetrar en el seno del cristianismo: la fe (dogma), los mandamientos (moral, ascética) y la vida eterna. Para poseerla se abraza él a esa fe, se somete a una doctrina y tiene que observar una norma moral de conducta. Dogma y moral son, por consiguiente, fundamentales, *conditio sine qua non*—que se decía en la Escuela—, pero nunca pueden constituir el último sustrato del cristianismo.

De esto nos habla con frecuencia el Salvador, siempre que intenta indicarnos la razón postrera de su encarnación. *Ego veni ut vitam habeant et abundantius habeant*, nos dice en aquella admirable y consoladora parábola del Buen Pastor (Joan., 10, 10). Y en la charla íntima de la última Cena, en que su corazón se volcó en las frases más sentidas y penetradas de amor, nos indica qué relaciones mediarán entre El y nosotros y en qué consiste esa vida y cómo se desarrolla. “Yo soy la vida verdadera. Permaneced en mí y yo en vosotros. Al igual que el

sarmiento no reportará fruto si en la vid no permaneciere, así tampoco vosotros si en mí no permanecéis, porque sin mí nada podéis hacer”, etc. (Joan, 15, 1-7). Las frases no pueden ser más expresivas. La vida estriba para el cristiano en que permanezca adherido a Cristo como sarmiento a la vid y que su savia circule por sus venas. Poco antes había pronunciado aquellas palabras, cifra suprema de cuanto El es y significa para nosotros: *Ego sum via, veritas et vita*: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Ib., 14, 6). Cristo no sólo es el indicador de la ruta que tenemos que seguir, el Dios humanado que nos reveló la totalidad de los dogmas, sino que El mismo es la senda por donde tenemos que caminar para llegar al Padre, a la perfección. Es camino y meta al propio tiempo: *via qua imus et patria quo imus*, en frase profunda de San Agustín (Serm. 92, 3). El cristiano tendrá vida vinculado a Cristo, transformado en El.

La brevedad de una nota no nos permite penetrar en el mundo sobrenatural de San Pablo, cimentado sobre el mismo fundamento de la vida, vida de los miembros por quienes fluyen las esencias de un cuerpo cuya cabeza es Cristo. El orden moral es algo que fluye de esa orgánica existencia con el Salvador. Por ella, por formar parte de ese cuerpo, se nos exige cabalmente llevar un vivir en conformidad con el organismo a que pertenecemos.

A nadie se le ocurrió dudar de esto en toda la antigüedad, cuando el cristianismo poseía unidad de vida y su postura ante el orden sobrenatural era total y armónica. Pero llega un momento en que esa armonía se quiebra y el vivir del hombre en el pensamiento y en la acción se parte. Y nacen el voluntarismo y el probabilismo, y llega a discutirse si la esencia tiene prioridad a la existencia, y si en el acto sobrenatural la obra del hombre es antes que la gracia. Los mismos sacramentos pierden en la apreciación de las gentes —y de los teólogos— su carácter objetivo, y más bien se les considera como canales de la gracia, armas que nos defienden del enemigo, ayuda en nuestros menesteres. Todo esto son en verdad; pero, ante todo, son cauce objetivo por donde nos llega la redención, medio legado por el mismo Cristo para plasmar en nosotros su persona. En este momento, en que nace la casuística y la moderna apologética, y la moral se desgaja del dogma y ambas de la vida, es cuando empieza a discutirse si el principio doctrinal y el precepto ético exceden en categoría a la misma vida. Esto no es más que uno de tantos síntomas de que el subjetivismo fe-

roz del Renacimiento se iba trocando en racionalismo, en un terreno ortodoxo —Dios nos libre de pensar lo contrario—, pero racionalismo, al cabo, en el enfoque de los problemas del orden sobrenatural. Por dicha, aires nuevos y confortadores, que luengos años hace ya que soplan en otros países, empiezan a airear nuestra atmósfera sobrenatural, y presto llegará el momento en que abandonemos algún tanto la geometría y el álgebra del espíritu y nos aproximemos en actitud más franca, directa y radical ante Cristo y ante la vida y antepongamos el *logos* al *ethos*, la esencia a la existencia. — ESCORIAL.

VIDA CULTURAL

UNA pérdida en extremo dolorosa para la antigüedad pagano-cristiana la constituye la muerte del profesor de Bonn Francisco J. Dölger († 17-X-1940), en años de plena producción, sin saborear aún los días claros y serenos de la senectud. Era Dölger un verdadero coloso de la investigación y del método, sabedor como pocos de los hondos problemas de la filología, de la arqueología y de la historia de las antiguas religiones. Y, a más de esto, un ser que dejaba huella imborrable en quien con él tomaba contacto: dulce, afable, anhelante de que sus discípulos le acompañasen por las rutas siempre nuevas del mundo religioso de la antigüedad. Su seminario de historia de la Iglesia primitiva rompió desde los primeros años el marco de un corriente seminario histórico, convirtiéndose en punto inicial del método comparativo en el estudio del cristianismo antiguo, y, como consecuencia lógica, de una visión más amplia y clara de sus esencias y de su entronque con el mundo que había preparado su venida. La magna labor comparativa que otro profesor de Bonn, A. Baumstark, trata de realizar en el terreno más concreto de la liturgia, intentó llevarlo a cabo Dölger a lo largo de su vida en todas las manifestaciones culturales de la antigüedad. Las conclusiones del nuevo método no dejaron de alarmar en un principio a las gentes cautas, pero muy pronto se trocaron en luz y valoración más cabal de nuestras cosas. El cristianismo, en efecto, no vino a destruir lo existente, sino a henchirlo de nuevo espíritu y esencias nuevas. El marco externo, los postulados circunstan-

ciales perduraban idénticos. Lo que manifiesta que ni los ritos litúrgicos, ni la filosofía y la teología son comprensibles ignorando su enlace con el mundo precedente.

Esta tendencia y este anhelo se exteriorizan en todas sus publicaciones, desde la tesis doctoral *Das Sakrament der Firmung* hasta el postrer fascículo de su revista *Antike u. Christentum*, que entregó a la imprenta días antes de su muerte. Siempre la misma escrupulosidad en el detalle y la abundancia increíble de material, que a las veces llega a perjudicarle, convirtiendo sus páginas en un fárrago de erudición y citas capaces de acobardar al más valiente, y el deseo de aclarar el gesto y el hecho cristianos a la luz del mundo religioso precedente. Además de la obra mencionada, escribió: IXΘYC. *Das Fischsymbol in frühchristlicher Zeit, Der Exorzismus im altchristlichen Taufritual, Spragis, Die Sonne der Gerechtigkeit u. der Schwarze, Sol salutis, Gebet u. Gesang im christlichen Altertum*, y, sobre todo, la revista *Antike u. Christentum*, escrita exclusivamente por él, de la que llegó a publicar 26 cuadernos. Es de esperar que sus dos discípulos, profesores Klauser y Quasten, fieles secuaces del maestro y más teólogos que él, no sólo prolonguen su labor, sino que le otorguen su perfección última, uniendo a la arqueología y filología la doctrina y el espíritu teológicos.

HAY que señalar la solemne inauguración del Instituto Alemán de Cultura, con discursos oficiales de las personalidades alemanas y españolas y concierto de la Agrupación de Cámara de la Orquesta Nacional. A continuación el Dr. Theodor Heinermann disertó sobre el Santo Grial; el Prof. von Jan, sobre el Romanticismo español y el alemán; el Dr. Niessen, sobre las relaciones hispanoalemanas en el campo del teatro, o sea tres siglos del teatro español en la escena alemana.

En el Instituto Italiano de Cultura, conferencias del general Giuseppe Amico y de la escritora Anna Maria Speckel y de Alfonso García Valdecasas.

En la Residencia Teresa de Cepeda, conferencias de A. M. Speckel, Lafuente, López Ibor; en el curso "Valores Centrales del Imperio Español", de Magariños, y en el del Magisterio, Sr. Ximénez de Sandoval.

En el ciclo de Estudios Políticos, el Sr. Suess, y en la Movilización Cultural Médico-Práctica, los doctores Vallejo Nájera, Laín, Blanco Soler, Jiménez Díaz, Oliver, López Ibor, etc.

En San Fermín de los Navarros, el P. Domenzain, hablando de los misioneros navarros. Antonio Luna, en la Asociación Cardenal Albornoz. En la Exposición Nacional de Arte de Educación y Descanso, el Sr. Francés.

En la Redacción de ESCORIAL, lecturas de Carlos Alonso del Real, Antonio Tovar y otras de Azorín y de Gerardo Diego (presididas por el Ministro Presidente de la Junta Política); concierto del cuarteto nacional y del maestro Rodrigo y una Exposición de obras de Zuloaga.

Se ha vuelto a abrir la Casa de Lope de Vega.

Han ingresado en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas los Sres. Minguijón y Jordana de Pozas, y en la Real de San Fernando, D. Julio Cavestany, marqués de Moret.

LIBROS

UN LIBRO Y UNA VIDA

COMPUESTO de artículos que D. Ramiro de Maeztu publicó en *La Epoca* en el primer semestre de 1936, y con el propósito de que se divulguen de algún modo sus doctrinas, aparece ahora este libro que edita Cultura Española y que lleva el título que tal vez hubiese puesto su autor y que, en todo caso, dice a las mil maravillas lo que era preocupación de aquellos días y lo que había en el alma de don Ramiro desde los primeros lances de esa larga batalla que cobró carne y aliento en su vida y no acabó hasta la hora de su muerte.

En medio de este torbellino de anhelos y esperanzas que hoy bulle en el corazón del hombre europeo, hemos aprendido estas sencillas verdades: la obra más honda e inmortal que puede dejarnos un hombre como huella de su paso por el mundo es su propia vida; cuando encontramos que sus creaciones artísticas, por ejemplo, nos importan más que la vida en que brotaron, es porque no acertamos a vislumbrar la manera en que son expresión de una actitud ante el mundo que en lo demás permanece muda. La otra sencilla verdad que hemos aprendido es que no ha de estimarse sobre todas las cosas la manera personal de vivir, la que en todo nos deja su huella original e intransferible; hay hombres que sienten su vocación y su destino como una entrega inefable a cosas que no se agotan en el logro de miras personales. Todos hemos encontrado en nuestro camino hombres que andan desasosegados porque no pueden emplear su ímpetu en el servicio de una idea o una creencia que les dé alientos para combatir; son soldados que apenas sienten la plenitud de su vigor cuando se les niega la batalla.

Ya puedo atreverme a decir que he leído este libro de D. Ramiro con algún trabajo y que no he visto nada interesante en sus páginas. Ya puedo atreverme a decir que ha llegado la hora de hablar con sinceridad y que alguien se decida a decir en voz alta lo que muchos piensan sin decirlo. La verdad es que las obras que nos deja D. Ramiro tienen pocas cosas originales; la verdad es que el hondísimo valor

que tiene su figura y su recuerdo no hay que buscarlo en sus escritos si no intentamos primero deslindar las cosas que nos dijo con expresiones bien concretas de las que ahora, al cabo del tiempo y a la luz indecible de su muerte, vemos en su obra como algo inaprehensible que jamás quiso expresar, tal vez porque prestara sentido y devoción a los trances más recios de la lucha desde el primer día en que don Ramiro de Maeztu empuñó la pluma.

No es azar que su obra esté desparramada en muchedumbre de artículos periodísticos; no es azar que todos sus escritos, aun los que se propusieron otra cosa, fueran animados de un afán polémico. Todas las cosas nos hablan en la vida de D. Ramiro de improvisación y de polémica; él se lamentaba con frecuencia de no haber gozado de tiempo ni sosiego para estudiar, ni siquiera para haber dado expresión a lo que sentía de manera vaga, y después de un trabajo penosísimo en su despacho, aparecía a veces convertido en artículo de periódico que reflejaba la actualidad o polemizaba con ella, no siempre con fortuna. Este libro es buena prueba de esa polémica arrebatada con lo que nos llenaba de sobresalto en los comienzos de 1936, y si no pueden estimarse muchas cosas como aparecen pintadas por D. Ramiro, su libro tiene al menos el valor inestimable, ya que no de documento, de hecho histórico. Nos dice la angustia de aquellas horas, la amargura de la contienda que se había encendido en los corazones y los presentimientos aciagos de esa otra contienda que había de sobrevenir sin remedio en los pueblos de España.

Parece que la vida inquieta de D. Ramiro de Maeztu tenía fatalmente que transcurrir como una polémica en que no queda lugar de comprender al adversario y como un enjambre infinito de desazones que no permitían a su espíritu gozo ni sosiego más que cuando veía a lo lejos una idea o una fe capaces de aniquilar la que antes poseía su devoción o sentía desde su nueva conquista el deleite de haber abandonado algo íntimo. De pocos españoles de su tiempo hubiera podido decirse con más justicia lo que Goethe creía condición inalienable de lo humano al decir que con nada somos tan implacables como con nuestros viejos errores. Don Ramiro necesitaba la polémica para poder vivir; unas veces polemizaba con sus enemigos y otras polemizaba consigo mismo, tomando causa en sus propias convicciones. Claro es que no sabría mucho de estas cosas quien pensara en D. Miguel de Unamuno y en su guerra entrañable para entender la manera de vida

y de polémica de D. Ramiro. La obra de Unamuno es una de las más altas cumbres de nuestro espíritu, y su íntimo desasosiego nos habla de cosas que son tan eternas como el corazón humano y que llenarán siempre de piedad y de estremecimiento a los que no hayan nacido con el alma aterida. Por el contrario, los términos de la polémica de D. Ramiro ya no nos interesan; si desaparecieron la democracia, el liberalismo, la intuición burguesa de la vida y tantos y tantos hombres como cita en sus escritos, ¿qué interés tienen ya las cosas que incitaban al combate y al menosprecio en medio de un mundo que ha fenecido por ventura?

Y, sin embargo, la obra de D. Ramiro tiene un valor doble: de una parte, nos pinta un mundo que aún está muy cerca de nosotros; de otra parte, nos insinúa una inefable inquietud anímica y cordial que el ritmo vertiginoso de los acontecimientos y la desazón de un destino de soldado no permitieron sacar a luz de manera apropiada y entrañable. Aquella devoción desmesurada por Nietzsche nos aclara muchas cosas. Bien sabido es que el ímpetu ardoroso y el ensueño de Zaratustra ha dado pábulo a las más hondas intuiciones de que nace la política contemporánea. Nietzsche ha alumbrado con su lirismo demasiado humano un mundo de anhelos que, sin percatarse de ello, llevaba en su corazón el hombre europeo de las postrimerías del siglo pasado. Era preciso combatir porque el deleite de la victoria, además de proporcionarnos una vida más pura y más ancha, nos colma de fuerza y confianza en los quehaceres cotidianos y en los propósitos que va destacando el alma a la manera de avanzadillas. Había que consagrar la aspiración señera del hombre que quiere tender el vuelo en mares infinitos y cielos luminosos; como si de pronto se hubiera revelado una empresa titánica inaplazable en que la conquista de un mundo de encantos y esperanzas se lograra al mismo tiempo que la conquista de los más íntimos resortes del querer y del poder humanos, Nietzsche predicaba una cruzada de salvación que ha sido emprendida algunos decenios más tarde.

Es natural que D. Ramiro de Maeztu se apasionara por estos ensueños marciales que presuponían una polémica acerada contra todo lo que estaba alrededor; el contenido era lo menos importante; lo decisivo era el ímpetu en que hallaba paz esa íntima desazón que había nacido con su alma. Y precisamente no es aventurado suponer que conoce poco de achaques humanos el que ve contradicción en las ideas

opuestas que se mantienen, porque las ideas no se oponen más que para el lógico que las comprende, y es bien claro que para hombres como D. Ramiro lo importante es el ímpetu, como para el hombre romántico lo fué la pasión, que le permitía defender hoy con su propia vida cosas que mañana combatía a vida o muerte. Don Ramiro buscó en la obra de Nietzsche modos de expresión que, andando el tiempo, encontró en otras obras y otras creencias. Lo grave es que el arrebato, el ímpetu, la ansiedad y el ensueño que mana del lirismo encendido de Zarathustra no tienen nada dentro; como bríos de un héroe que luchara en medio del desierto, las virtudes que cantó Nietzsche, cuando pasa el estridor que nos conturba, aparecen como formas que vagan por el mundo sin encontrar carne y alma en que llenarse.

Cuando quedamos a solas con nuestro destino preguntamos llenos de incertidumbre: Impetu, ensueños de un porvenir remoto... ¿para qué están ahí todas esas cosas? Porque muy bien pudiera ocurrir que brotan de una contemplación callada del mundo y que no tuvieran más misión que ahondarla y hacerla más entrañable y deleitosa, sin que en el ajetreo del vivir cotidiano y de las aspiraciones encontradas de los hombres tuvieran nada que decirnos.

Las preferencias que luego sintió D. Ramiro de Maeztu por la filosofía kantiana, como su alejamiento y su repulsa enconada años después, no tienen sentido más que comprendiendo su vida como una polémica que siempre necesita fuego de entrega o de hostilidad. Y como si el destino propiciara ese ardor y le hubiese proporcionado en los distintos momentos de su existencia azarosa medios de lucha y de certidumbre, he aquí que D. Ramiro se convirtió *demasiado pronto*. Si alguien no entiende esto con suficiente claridad, le diré que hay dos momentos en las conversiones y que en muchos casos no coinciden: hay una madurez del alma personal que gana de pronto una intuición del mundo y de la vida, aunque, claro es, no quiere esto decir que la madurez sea cosa brusca; lo que a veces se encuentra por manera brusca es la revelación de ese nuevo sentido del mundo y de la vida, que tal vez hemos buscado en silencio y en íntima tragedia a lo largo de años y de angustias. El otro momento de la conversión es el de la plenitud o adolescencia del mundo en torno. Hay ocasiones en que parece que todas las cosas piden esa conversión; si no se confundieran las palabras diría que parece que en esas ocasiones se convierte el

mundo, y así como el sol sale para justos y pecadores, todos los seres humanos encuentran esa revelación como algo inmediato que se ofrece al que se toma el trabajo de mirar. Pues en este sentido digo que D. Ramiro se convirtió demasiado pronto, tal vez cumpliendo una secreta orden de su vida en polémica y en esperanza de una paz que a los soldados como D. Ramiro no se concede más que en la otra orilla de la muerte.

No hay que pedir a D. Ramiro comprensión para sus enemigos; la comprensión es virtud del que no lucha, como el combate es quehacer de los que esperan. Si al cabo de cinco años miramos el campo de batalla que dió aliento y enconó al libro que ahora se publica, veremos que D. Ramiro es un combatiente más entre los muchos que había entonces, si bien ocupa un lugar eminente por otras calidades, que, como si todos nos hubiéramos empeñado en no ver las cosas, silenciamos para hablar de doctrinas y vislumbres personales que en verdad no existen.

Cuando conocí a D. Ramiro padecía yo esa creencia que nos le pinta como intelectual de grandes secretos y profundísimas adivinaciones. Mi desilusión fué grande al repasar algunas de las figuras más egregias de aquel entonces—Ortega, Unamuno, Miró— y encontrar a D. Ramiro tan despreocupado por entenderlas; metido en unas pocas ideas, que repetía casi siempre con voz de apostolado, no había modo de ponerse de acuerdo con él. Luego, a lo largo de los tres años que le veía casi diariamente en Acción Española, me hice el propósito de emplear con su vida y con su obra ese fino y humanísimo cariño que se llama comprensión, que Dios niega al que manda combatir sin tregua ni descanso a lo largo de su vida y otorga miserecordioso a quien no encuentra nada más sagrado que contemplar este mundo bueno que nos ha dado como creación y como promesa y buscar siempre la manera de dejar un poco de amor y de estremecimiento en la vida de los hombres.

Ahora es tiempo de que abramos el corazón para ver envuelta en su luz la tragedia que llevó en su entraña aquel mundo ya perdido para siempre y aquel hombre que jamás tuvo tiempo ni sosiego para cultivar su alma ni siquiera para expresar de modo apropiado las cosas que le ardían en los silencios de la lucha y en los desalientos que trae siempre consigo. Cuando no se dice la verdad, además de empañar la sagrada pureza del mundo, se dice con harta franqueza que

no hay fe ni esperanza que nos animen en medio de la fealdad de las vicisitudes. Bien está el tópico elogioso para el que no siente la necesidad de discrepar; pero lo mejor, lo más sagrado que podemos hacer con nuestros muertos, es desnudar el pensamiento y decir en alta voz lo que pensamos de ellos. Lo contrario sería suponer que, aun no libres de la vanidad con que nos vestimos los mortales, permanecen en perpetuo combate de elogios y alabanzas. Ya que goza de la paz de Dios, hagámonos el propósito de no empañar con nuestras mentiras la pureza de este mundo bueno que ha salido de sus manos, en que unos hombres tienen la misión sagrada de comprender y otros se hallan de continuo desazonados por el ardor de la polémica y las peripecias encontradas de la batalla. — EMILIANO AGUADO.

Romances de Cruzada, por Rafael de Balbín Lucas. Librería Santarén. Valladolid, 1941. 127 págs. en 8.º.

De poesía épico-narrativa debemos calificar la que alienta sobriamente en estos veintiocho romances. Poesía dispersa, quebrada en varios fragmentos de distinto mérito, sin la unidad interna y trascendente del poema. Aunque a todos ellos los presida una unidad exterior, de orden más bien vital o histórico que estético. Este poeta, de voz e imaginación nobles y mesuradas, deja transcurrir objetivamente por sus versos la acción heroica, ejemplar, de cada uno de los temas elegidos. Desfilan así los hechos de la Cruzada—desde los que ya son más universalmente famosos, hasta los de perfume más secreto y humilde ante los hombres, que no ante Dios—y dicen los mártires y los guerreros sus palabras, siempre contadas, que la presencia de la muerte hará aún más verdaderas. Y la emoción poética queda alojada dentro de la emoción humana, dándole mayores precisión y finura. Pero en algunos momentos—y creemos que son los mejores para la poesía—apunta ese feliz estremecimiento de la expresión puramente lírica, de la intuición verdaderamente creadora de belleza en el lenguaje.

Hoy día, en que la *poesía pura* ya no es cuestión para los poetas más jóvenes, entre los que cuenta Balbín, sí debe serlo siempre la *conversión lírica*. Bien está que haya otras sustancias anteriores al poema; no tiene más remedio que haberlas, pero todas ellas, sean de

la índole que sean, tienen que ser convertidas en sustancia poética. Así, por la conversión, queda resuelto el famoso problema insoluble de las relaciones entre fondo y forma, entre contenido vital y expresión artística. Y claro es que esta conversión es, siempre, una reducción, y que unas sustancias son más irreducibles que otras, y que las hay casi por completo irreducibles a la poesía. Por otra parte, toda sustancia poética es, en última instancia, equivalente a la lírica.

Por eso, nosotros preferimos, de entre todos los del libro de Balbín, los romances más poemáticos; por ejemplo, el titulado *Del primer héroe muerto*, o el *De la nevada*, o el *Romancillo* final, que es el más tiernamente comunicativo de todos.

Elogio y nostalgia de Toledo, por Gregorio Marañón, de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia. Madrid. Espasa-Calpe, 1941. 166 págs. en 4.º.

Lo mejor de este nuevo libro de Marañón es la fina calidad literaria de su prosa, libre de todo énfasis, y unida, en los más bellos momentos, a una serena poesía del corazón. Con esto, por nuestra parte, ya queda hecho el elogio del libro. Pero conviene, por lo mismo que es tan digno de elogio literariamente, precisar más y hasta ponerle algunos peros. Lo componen hasta nueve capítulos sobre temas dispares, aunque relacionados todos con la historia, al par que con la presencia, de la ciudad. Toledo, para Marañón, como para Barrés, como para tantos otros, tiene un secreto. Y este secreto está para él, si hemos comprendido bien el último sentido de las páginas de su nuevo libro, en su complejidad, que es la causa de su desdoblamiento. Toledo no es una ciudad castellana, sino "mediterránea". Lo que esta palabra quiere decir, aplicada a Toledo, nos lo sugiere el autor en el primer capítulo, en el que Toledo como ciudad mediterránea se contrapone, poéticamente, a la otra gran ciudad del Tajo, Lisboa, como ciudad atlántica. Pero el secreto mismo de Toledo nos lo revela poco después, en las páginas primorosas que describen los cigarrales en el espacio y en el tiempo, por *el amargor del hueso de sus albaricoques*, injertados en almendros o "damasquinos". Así, el secreto de Toledo, desde Barrés, ha ganado mucho en belleza poética. Todo lo que es *natural* de Toledo posee ese amargor oculto e inesperado, ese desdoblamiento en dulzura y amargura. Así sus pai-

sajes; así sus mujeres, a las que los expertos llaman “las del hueso amargo”; así también su máximo poeta, Garcilaso de la Vega. Porque Garcilaso es, sobre todo, *natural de Toledo*, nos dice Marañón haciendo suyo el título de Tamayo de Vargas, el biógrafo toledano del poeta. Por lo tanto, habrá que buscar en Garcilaso ese desdoblamiento toledano en todo: en el amor —doña Isabel y doña Elena—; en la poesía —Salicio y Nemoroso—; en la política —Carlos V y los Comuneros; Garcilaso combatió con los imperiales, pero sentía también, en el fondo, la causa de los otros —y hasta se atreve a insinuar el autor que en la fe religiosa. Suposiciones todas ellas muy inteligentes y tentadoras, pero...

¿Merece siquiera la pena que intentemos defender al poeta de estas *originalísimas* imputaciones, a las que aun debemos añadir la verdaderamente estupenda de *liberal*? Por lo menos no sería esta breve nota el lugar para hacerlo. Pero sí para decir que no estamos de acuerdo con ellas, ni con la afirmación inadmisible respecto a la postura *comprensiva* que debe adoptar el que no sea *de una pieza*, frente a la guerra civil de su propia patria, ya que en cada uno de los dos bandos se encuentra una parte de la verdad y, por lo tanto, en ninguno de los dos la verdad entera. Se trata, en el libro de Marañón, de la guerra de las Comunidades de Castilla, y de que Garcilaso era a un tiempo, como vimos antes —y por aquello del amárgor del hueso de los albaricoques “damasquinos”—, imperial y comunero (!). Pero, bajo esta referencia inmediata está la clara alusión a otra guerra civil española más reciente... Y aquí dejamos consignada nuestra refutación de ese pasaje desgraciado, por demasiado explícito, del libro.

Es interesante, por la cantidad y la calidad humana de los datos de primera mano que contiene, el capítulo que trata de las estancias en Toledo del gran novelista Galdós —aquí sí que está un auténtico liberal de cuerpo entero, y muy respetable, por cierto—. El libro termina con un cuento o miscelánea de la historia de España, al hilo de de la de unas esmeraldas de las “Mil y una noches”, que no añade ningún merecimiento a los muchos adquiridos, a pesar de todos los *peros*, en los capítulos anteriores.

Porque, donde está todo su valor es, como dijimos al principio, en su literatura, principalmente en aquellos pasajes, más abundantes en las primeras páginas, en que el autor deja hablar sencillamente a su corazón de las cosas que le son queridas.